

¡Hasta
luego,
cocodrilo!



Soledad
Mora



ePUB

¡Hasta luego, cocodrilo!

Soledad Mora

A mis padres

PRIMERA PARTE

ESPERAR LO INESPERADO

I

El Birkin

-Gracias, Lito —digo, rebuscando nerviosa las gafas de sol en el bolso—. Estaré de vuelta en media hora.

Me encanta ese momento, lo disfruto al máximo. Es de lo mejorcito que me da la vida... Y eso que no es que la vida me trate mal precisamente. Durante esos segundos en los que espero sentada, impasible y muy digna, a que el chófer me abra la puerta para poder salir, me siento como si fuera la protagonista de *Sexo en Nueva York*. La gente que pasa por la acera me mira descaradamente y sin ningún tipo de disimulo se detienen dándose codazos, me señalan y comentan entre ellos quién puede ser «la famosa» que va a salir del espectacular Mercedes negro. A veces he oído los comentarios que hacen y no sólo no me molestan en absoluto, sino que, muy al contrario, disfruto con ellos; digan lo que digan, sé que son pura envidia... ¡Anda y que los zurzan! Qué más quisieran ellos que estar en mi lugar. Matarían.

Cuando pongo un pie en la calle y empiezo a salir del coche, oigo bocinazos e insultos por parte de los que van detrás y a los que parece que hemos cortado sin miramientos al parar, pero yo, continuando en mi rol de diva, los miro con desprecio y cruzo la calle fingiendo ignorarlos.

Sin embargo, no siempre ha sido así. Recuerdo sin ninguna nostalgia mis años de recién casada. Entonces yo no tenía ninguna experiencia en el mundo en el que ahora me desenvuelvo como pez en el agua y odiaba con todas mis fuerzas algunas situaciones estresantes, en las que me sentía insegura, estúpida e inútil. Y la salida del coche era una de ellas. Allí sentada, esperando sin poder hacer nada, siempre intentaba abrir la puerta del coche por mí misma, algo que rara vez conseguía, porque el chófer, siguiendo órdenes estrictas de mi marido, siempre era más rápido que yo, con lo cual todo quedaba en un absurdo forcejeo. Una lucha

contra la puerta: yo, desde dentro, empujaba con todas mis fuerzas para salir lo antes posible y acabar con el numerito y él, desde fuera, hacía presión hacia mí, para que no me atropellara nadie, supongo, y la soltaba de repente, cuando veía que yo ya podía salir sin arriesgarme a un accidente. Lo cual era mucho peor, por el *show* que acabábamos por montar... Alguna vez, incluso había estado a punto de caerme, al abrirse más rápido de lo que yo esperaba y quedarme medio colgada y haciendo equilibrios y aspavientos para evitar aterrizar en plena calzada, ante las risas y burlas de los que nos miraban; y eso era exactamente a lo que yo tenía pánico y lo que en aquellos momentos quería evitar a toda costa. No deseaba llamar la atención. Qué vergüenza pasaba... Además, mi marido odiaba que me precipitase de esta manera al exterior y, cuando lo hacía, me solía reñir: «Se nota que no has tenido demasiada educación, cariño», me decía con bastante mala uva, a lo que yo solía contestarle con frases como «Sí, es verdad que en casa nunca hemos tenido chófer, pero ya te estás encargando tú de educarme a toda velocidad, ¿no crees?». Ante esa reacción mía, él solía añadir, mirándome despectivamente mientras negaba con la cabeza: «Es que no te esfuerzas, Gloria, no te esfuerzas...».

Sin embargo, ahora ya he aprendido, soy una buena alumna y la verdad es que no he tenido que esforzarme demasiado...

¿Queda aún algo de la antigua Gloria? Por suerte poca cosa —ya casi ni me acuerdo—. No quiero recordar aquella adolescencia cutre en Andorra, creo que la he borrado de mi mente. Antes de conocer a Javier, todo era trabajo, privaciones y malos rollos, siempre ayudando a mis padres en el hotelito que teníamos arrendado como negocio. Lo llamábamos «hotelito» entre nosotros, con aires de grandeza, pero aquello era a todas luces una pensión pura y dura; a lo sumo, se la hubiera podido calificar de residencia. Hotelito, jamás. Nuestra clientela solían ser estudiantes durante la temporada de esquí y los viajes de fin de curso. Fue así como conocí al que hoy es mi marido.

Allí trabajábamos toda la familia; no nos quedaba otro remedio, eso nos daba de comer y era impensable rebelarse o plantear otra opción. Mis padres no se andaban con monsergas, ya nos iban bastante mal las cosas como para que las hijas les saliéramos respondonas. «A callar y a fregar», nos decía mi madre cuando le pedíamos un poco de tiempo libre. Siempre había trabajo, no se acababa nunca, pero no porque estuviéramos desbordados por los muchos clientes, qué más habríamos querido: el problema era que entre cuatro lo hacíamos todo. No había dinero para emplear a nadie que nos ayudara. Mis padres en la recepción y en la cocina, y mi hermana Meritxell y yo haciendo camas, limpiando, ayudando a servir

comidas... Lo que hiciera falta. La verdad es que lo recuerdo como una auténtica pesadilla, horrible y frustrante. Yo veía con envidia y rabia a aquellas pijas que venían a esquiar, casi todas rubias y con largas y lisas melenas, que me miraban por encima del hombro, a las que tenía que servir. Se pasaban el día esquiando y las noches de juerga, mientras yo estaba esclavizada sin poder salir. Las odiaba con todas mis fuerzas, pero al final la que se llevó el premio fui yo. Conseguí a Javier, el más solicitado, el partidazo, y encima guapísimo.

Ahora soy la señora Arnau y pertenezco por matrimonio a una de las familias más poderosas de Barcelona, una de las familias «de toda la vida», como le gusta decir a mi marido, que ha triplicado el fortunón heredado de sus padres. Unos padres que, por suerte para mí, ya están muertos, pues nos odiábamos mutuamente, ya que jamás aceptaron que su niño se casara con una «cenicienta», lo más *light* que me llamaron. Y lo sé porque el mismo Javier me lo contaba, con bastante mala baba, por cierto. No sé si se casó conmigo porque estaba enamorado de mí o para fastidiar a sus padres, para darles en las narices con «la trepa», otro de los cariñosos apelativos con que mis suegros me obsequiaban. Murieron a los dos años de estar nosotros casados, en un accidente de coche, precisamente en Andorra, casualidades de la vida, y fueron mis padres, a los que siempre habían despreciado, los que tuvieron que encargarse de los primeros trámites hasta que llegamos nosotros. Cosas de la vida.

Javier hizo muchísimo dinero invirtiendo en electrónica —¡más de cien tiendas en toda España!—. Macroespacios donde encontrabas de todo: las últimas novedades, lo más sofisticado, en fin, cualquier cosa que buscases, un nuevo concepto que resultó revolucionario. Un éxito en ventas, y las abrió en un momento inmejorable. Ese patrimonio, unido a los millones que heredó de sus padres, pues encima es hijo único, lo convirtieron en uno de los hombres más ricos de Barcelona. Y es que las cosas son como son y hay que llamarlas por su nombre: gracias a eso, yo puedo llevar la vida que llevo y él, hay que reconocerlo, me consiente todos los caprichos. «Cuestión de estatus», me dice siempre y yo lo aprovecho a tope. Nada más faltaría que no lo hiciera. Sería de tontos... Ésa es la vida con la que siempre había soñado y que no dejaré escapar por nada del mundo. Me ha costado demasiado llegar hasta aquí.

Decidida como siempre, con la cabeza alta y andando muy segura de mí misma, entro en la *boutique* Hermès, donde el portero, cuando me ve, se apresura a abrirme la puerta y a saludarme respetuosamente.

—Señora Arnau, creo que la directora ya la está esperando, lo que no sé es si ha bajado un momento al almacén. Hoy ha llegado un pedido y ya sabe que aquí, cuando llega algún bolso, es como si pasaran los Reyes Magos...

Yo le devuelvo el saludo mientras me dirijo al interior de la tienda. Enseguida veo a Yolanda, la directora, subir por las escaleras, charlando con, presupongo yo, lo que debe de ser una clienta, una mujer baja y gorda, de mediana edad, que se mueve con torpeza, habla muy alto, casi a gritos, y gesticula exageradamente. Es muy vulgar y yo no la había visto en la vida; sin embargo, ella parece alegrarse de verme, incluso me saluda agitando la mano. No tengo ni idea de quién es. Intento bucear en mi memoria rápidamente, pero nada. Ni idea. La observo y la ignoro. Va vestida de forma estrafalaria. Lleva un jersey azul claro cuya parte delantera está ocupada por una enorme G de Gucci, un bolso que parece de plástico, lleno de logos de distintos colores y que no consigo identificar con ninguna colección de esta temporada, y unas botas *cuissardes* blancas de charol brillantes, eso sí, que llevan el nombre completo de Chanel escrito en las punteras y que le llegan a la mitad de los muslos, marcándole una celulitis que le rebosa a través de las medias. Me entran ganas de vomitar. «Es repugnante», pienso, no soporto a la gente fea, me molestan...

Su indumentaria contrasta exageradamente con la austeridad y la clase que siempre caracteriza a Yolanda, la sofisticación en persona, alta, delgada y con esa manera de moverse que sólo tienen las más elegantes.

A veces me pregunto cómo debe de estar recién levantada de la cama; seguro que lleva un sencillo pijama de seda crudo, con el cuello levantado por la parte de la nuca y sin ninguna arruga, como si estuviera recién planchado. Hoy, para hacer honor a su estilo, viste un pantalón negro muy clásico, camisa también negra ligeramente entallada y uno de esos preciosos *carrés* que suele llevar siempre anudados al cuello, como hoy, o a la cintura, e incluso a veces en la muñeca. Me siento tentada de pedirle el mismo para mí, pero ya sé, porque me ha pasado en otras ocasiones, que cuando me lo pongo yo no me queda nunca igual que a ella. No tengo ninguna gracia con los pañuelos. Noto que la hortera me repasa de arriba abajo y le susurra algo a la directora, a lo que ella le contesta afirmando con la cabeza.

—Yolanda —la llamo muy discretamente—, ya me tienes aquí. No he podido esperarme ni un segundo después de tu llamada —le digo fingiendo no haberme dado cuenta de que ella estaba hablando con la otra. Me molesta sobremanera que cuchichee sobre mí con esa especie de *friki* que además de gorda y mal vestida lleva el pelo estropajoso y teñido de un rubio amarillento. «Se lo debe de teñir en casa», pienso. «Ésas no saben ni que existen las peluquerías». Y es que antes no solías ver por aquí a este tipo de gente, nuevos ricos que a buen seguro han hecho fortuna con la construcción.

—¡Gloria! —contesta efusiva, un poco demasiado efusiva quizás—. Estás fantástica... ¡Pero qué morena...! Ya me dijo Javier que os había hecho un tiempo excelente en Maldivas.

—Sí, ha habido suerte, más o menos como cada año por estas fechas... —le contesto, apartando la mirada de la gorda teñida de rubio, que no sé por qué me mira con una amplia sonrisa y sigue saludándome con la mano, mientras caigo en que Javier ya ha hablado con Yolanda después de nuestro regreso del viaje—. Pero cómo... ¿Javier ya ha pasado por aquí? Si sólo hace dos días que hemos llegado... ¿No será que ha venido a buscar alguna cosita para mí? Ya sabes a qué me refiero. Mi cumpleaños es el mes que viene y... ¿A lo mejor me cae lo que yo creo que es?

Yolanda sabe perfectamente a qué me refiero: hace años que estoy intentando conseguir que Javier me regale un Birkin de cocodrilo; con el dinero que tiene bien que podría, aunque parece que no hay manera de conseguirlo. Se ha cerrado en banda y cada vez que se lo comento me da largas, me dice que vale, que más adelante, que ya veremos... Pero sé que además no es tarea fácil, porque los fabrican con cuentagotas y los entregan dando preferencia a la importancia de la *boutique*; y sé perfectamente que Barcelona queda muy por debajo de París, Londres o incluso Madrid. Por eso no me canso de insistirle a Yolanda para que se lo insinúe a mi marido, a ver si así se decide de una vez por todas. Es la ilusión de mi vida, lo único que no tengo y que no puedo comprarme yo sola, porque vale demasiado dinero, ¡veinticuatro mil euros! No está mal sólo por un bolso...

—Qué va, qué va... Además, no ha entrado ningún bolso de cocodrilo desde hace meses... —dice la directora ante mi expresión escéptica.

—Entonces, ¿qué ha venido a hacer aquí mi marido? Aparte de verte a ti, que por cierto estás guapísima, incluso te veo más delgada —digo en parte porque es verdad y en parte para fastidiar a la gorda.

—Quita, quita... —me contesta ella, ajustándose al cuello con un gesto muy elegante el magnífico *carré*—. A mi edad ya no viene nadie por aquí sólo para verme, aunque me halaga que me lo digas. La verdad es que no me puedo quejar, yo siempre digo que el que tuvo retuvo. Tu marido vino ayer con Alfonsito Grau, estos dos últimamente son inseparables. Nada... A mirarse unas corbatas, creo. En realidad, sólo charlamos un momento. No los atendí yo. Estaba ocupada y...

—Bueno, la próxima vez vuelve a insistirle. Aunque parezca que eres pesada, no te preocupes... Sería una buena «sorpresa» para mi cumple. ¡Cincuenta tacos! —exclamo horrorizada—. Y casi veinticinco a su lado... Creo que ya me va tocando, ¿no? Y no me digas que en un mes no me puedes conseguir uno, ya sé que para ti no hay imposibles...

—¡Y menuda sorpresa! —nos interrumpe sin miramientos y con muy poca educación la clienta hortera, que al parecer no ha perdido detalle de toda nuestra conversación—. ¡Jolines, una sorpresa de veinticuatro mil euros! A eso sí que lo llamo yo una buena sorpresa —insiste, hablando muy alto y recalcando la palabra «sorpresa».

—Perdona, Gloria —murmura Yolanda, muy violenta por los comentarios indiscretos de la otra e intentando quitarle importancia a la situación—. No os he presentado. Es la señora Fernández. Señora Fernández —le dice ahora a ella, señalándome a mí con un ademán—, le presento a la señora Arnau.

—Fernández-Jaumá —me especifica, antes de que pueda saludarla—. Yo era Jaumá de soltera —insiste, como si a mí ese apellido tuviera que sonarme de algo.

—Ah... Muy bien —le contesto, mientras le tiendo mi mano para estrechar la suya—. Encantada de conocerla, señora Fernández-Jaumá.

—Por favor, llámame Pili, faltaría más... —Y en lugar de darme la mano, que me queda flotando en el aire, me agarra por los hombros y me estampa dos besos, uno en cada mejilla. Dos besos de verdad, de los que dejan babas.

—Sí, claro. Encantada, Pili —le digo, de nuevo bastante abochornada por aquella inesperada demostración de cariño—. A mí puedes llamarme Gloria, naturalmente.

—No, si ya sé quién eres tú, ya... —me aclara con mirada cómplice—. Precisamente cuando has llegado, Yolanda iba a enseñarme tu Birkin; ya íbamos a

abrir la caja, pero he tenido la mala pata de que has aparecido de repente y, al verte entrar, ella no me lo ha querido enseñar de ninguna manera sin tu permiso, claro. Jolines, ¡me he quedado con las ganas! ¡Y sólo por cinco minutos! Ahora, que si fuera mío, vamos, ni en sueños se lo dejaría ver ni tocar a nadie.

—Bueno, bueno... —interviene la directora, alzando las cejas y clavándome esa mirada fría que siempre la hace parecer distante mientras intenta disimular la poca educación de la otra—. ¿Impaciente por verlo? Porque es una maravilla. Yo nunca había visto nada igual, y además serás la única. Pensaba que era el primero que llegaba a Barcelona, pero tengo otra sorpresa para ti... ¡Imagínate! ¡Es el primero que entra en España!

—¿De verdad? Por favor, no me estreses más. ¡Quiero verlo ya! Estoy histérica desde que me lo has dicho esta mañana —le aseguro, contagiada por su euforia—. Por eso he venido corriendo y sin pensármelo dos veces cuando he recibido tu llamada. Fíjate qué pelo llevo —le indico, señalándole mi melena recogida de cualquier manera con una pinza—. Justamente iba a ir a la pelu, pero no he podido resistirme a pasar por aquí para verlo.

—¡Si el pelo recogido te queda divino! —me contesta Yolanda, muy halagadora cuando le conviene—. ¡Ah! Y por cierto... Si el bolso no te gusta cuando lo veas —añade en broma—, la señora Fernández estará encantada de...

—¡Ah, no! —le suelto, indignada por el solo hecho de pensar que aquel vulgar adefesio pueda poseer mi preciado bolso—. Estoy completamente segura de que me encantará. Lo siento por la señora Fernández-Jaumá —digo recalcando el segundo apellido—, pero me temo que tendrá que esperar a que llegue otro.

—¡No hay derecho! —salta la Fernández-Jaumá—. Me ha dicho Yolanda que la espera es de dos años por lo menos. Justo ahora que había convencido a mi marido para que me lo comprara, que no te creas que ha sido moco de pavo conseguir que se pusiera las pilas —dice mirándome a mí, como si yo fuera la culpable—. Le he contado cada bola que no veas. Si llega a saber que vale el doble de lo que le he dicho me mata, porque le dije que valía tres mil, y me soltó: «¿Tres mil euros? ¿Pero qué cojones te crees? Me cago en la... Vamos, ni que el dinero nos cayera de los árboles. ¡Ni hablar! ¿Te has vuelto majara o qué?». Y es que yo sé que últimamente nos han ido muy bien las cosas, porque mi marido es constructor, ¿sabes? —explica dirigiéndose a mí, a lo que yo no contesto nada porque en realidad me importa un pimiento que el marido sea constructor o astronauta. Pero

por educación le sonrío, y ella, creyendo ver en mí a una aliada, continúa con su perorata.

»Le he insistido, insistido hasta el agotamiento, no sabes todo lo que he tenido que hacer, desde ponerle cachondo hasta... Bueno, tampoco hace falta que entre en detalles, ¿no? —Comentario que yo le agradezco de todo corazón, pues lo último que quiero es conocer detalles de la vida sexual de la gorda con el constructor... ¡Por Dios, lo que me faltaba!—. Y al final —continúa— lo he conseguido, me ha dicho que sí. Que vaya a la tienda y que me lo compre. Si algún día llega a saber que vale casi seis mil euros en lugar de tres, porque evidentemente, yo quiero uno normal, ya no aspiro, ¡ni borracha!, a uno de cocodrilo, me deja tirada para siempre y no le vuelvo a sacar un euro en la vida. Aunque eso no lo sabrá nunca, ya me encargaré yo de ello... La diferencia la pagaré yo con unos «ahorrillos» que tengo, ya sabes, ¿eh? —me vuelve a decir con mirada cómplice y dándome un codazo—. Todas las mujeres ahorramos un poco en casa, ¿verdad? —reitera riendo y repitiendo el codazo.

—Sí, claro —le contesto yo, también riendo mientras pienso en cómo quitármela de encima.

—«Anda, vete a la tienda y cómpratelo, y no me agobies más, que ya estoy hasta los mismísimos cojones de oír hablar del puto bolso todo el santo día», me ha dicho —prosigue obsesivamente con su monotema la mujer del constructor sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Cómo iba a saber que tendría que esperar tanto? ¿No puede encargar alguno que llegue más rápido, como hacen en todas partes? Si quiere lo pago ahora —le sugiere desesperada a Yolanda mientras saca del bolso un billetero dorado muy abultado.

—No, no... Por Dios, señora Fernández, guarde eso —le dice Yolanda nerviosa, apartando el dinero que la otra se empeña en darle—, no se trata de que usted lo pague ahora ni mucho menos, nosotros somos una marca *top* y funcionamos de otra manera. Quizás usted no sabía que todos nuestros bolsos se fabrican a mano en Francia uno a uno, por eso no podemos tener todos los que quisiéramos. La casa Hermès es muy estricta en el control de calidad —le explica como aquel que está dando una clase magistral—, piense que los artesanos también hacen sillas de montar a medida, pues así justamente empezó la marca, y muchísimos pequeños accesorios de piel, por eso no pueden ir más rápido...

—Bueno, bueno... —le corta la otra—, ya será menos... A lo mejor si alguien

anula alguno...

—Es difícil —le contesta la directora—. No que alguien anule alguno (eso puede pasar, poco pero pasa), lo verdaderamente difícil es que si hay alguna anulación, a usted la tendríamos en una larga lista de espera y, naturalmente, antes pasarían las señoras que ya están apuntadas en esta lista con anterioridad a usted.

«O las superclientas, como yo, a las que nos cuelan cuando llega uno», pienso, aunque no se lo digo para no frustrarla más. Me da pena la cara de desesperación que pone ante las explicaciones de la directora.

—Bien... Creo que ya no debemos esperar más —prosigue Yolanda—. El gran momento ha llegado. Ahora mismo te lo traen, Gloria —anuncia teatralmente. Le encanta hacer este numerito, pero yo estoy tan impaciente por ver el bolso que me da igual y me limito a asentir con la cabeza—. María —llama a una joven dependienta, que está de pie al lado del mostrador central, observando la escena con cara de despiste—, por favor, ¿podrías subirme el bolso de la señora Arnau? Es un Birkin Gold, cuarenta y cinco en Swift. Está en el pedido que ha llegado esta mañana, pero de todos modos tiene su nombre en la caja. Lo encontrarás fácilmente.

—Ahora mismo voy, Yolanda. Señora Arnau, ¿verdad? —me pregunta, poniéndose muy colorada—. Es que soy nueva, ¿sabe? He empezado a trabajar hoy mismo y claro... Ahora mismo se lo traigo. Perdona, Yolanda —dice dirigiéndose de nuevo a la directora—, pero es que no quisiera equivocarme... Es ese enorme con piel blanda y de color beis, ¿verdad?

A lo que la directora, suspirando para disimular su enfado y fingiendo una paciencia que está a punto de perder, contesta:

—Limítate a buscar lo que te he pedido y ya hablaremos después.

La chica se da cuenta de que ha hecho algo mal, aunque no tiene muy claro qué es; sin embargo, se apresura en dirección a las grandes escaleras que hay en medio de la tienda para intentar cumplir bien su encargo.

—¿Te importa que me quede? —me pregunta nerviosa la Fernández-Jaumá—. Estoy loca por verlo. Aunque no sé si será peor, jolines, porque si luego me tengo que esperar dos años... Claro que a lo mejor alguien anula uno y...

La melodía de mi móvil interrumpe de golpe la conversación. Después de rebuscar en el bolso, lo encuentro y, antes de cortar la llamada automáticamente, como hago siempre que estoy ocupada en algo importante —como por ejemplo ahora—, cometo la imprudencia de mirar el nombre que aparece en la pantalla. Es Nuria. No me atrevo a colgarle, porque sé que el *catering* de mi fiesta de cumpleaños le está costando muchos esfuerzos y yo soy la primera interesada en que quede bien.

—Nuria, ¿qué tal? —respondo rápidamente y bajando la voz—. Perdona, ahora estoy un poco liada y no puedo hablar...

—¿Gloria? —Su voz suena nerviosa a través del auricular—. Perdona que te moleste, pero ya estoy en tu casa desde hace unos veinte minutos y también acaba de llegar Paco. Sólo quería saber si vas a retrasarte mucho. Hemos empezado a mirar las vajillas, pero, claro, si no estás tú, poca cosa adelantaremos...

—¡Ostras! ¿Estáis en mi casa? Lo siento, lo siento... Se me ha pasado completamente que habíamos quedado hoy... Menudo despiste llevo encima. Pues yo no puedo llegar antes de media hora —le digo consultando mi reloj—. Sobre la una, más o menos.

—¡Ah, bueno...! Tranquila, no te preocupes. Empezamos a estudiarlo nosotros dos. Con lo grande que es esta casa tenemos para rato... y cuando llegues decidimos. Ahora estábamos mirando esa vajilla tan preciosa de Bernardaud, la que tiene los medallones dorados. A Paco le entusiasma, claro. Habría que ver con qué manteles la ponemos...

—Me sabe fatal no estar ahí, de verdad —le contesto sinceramente y añadido para ver si aún a distancia les puedo servir de alguna ayuda—: ¿Estáis en el *office* de las vajillas? Mira, en el otro extremo, yendo hacia el planchador, están los armarios con la ropa blanca. Allí guardamos los manteles. Hay unos...

—No, no... Ahora estamos en el salón —me dice ella—, delante de las puertas correderas que dan al jardín. Hemos traído aquí los platos, para ver cómo resultan con luz natural, ya sabes lo puntilloso que es Paco con su trabajo.

—Claro que lo sé —replico halagadora—. Sé perfectamente lo perfeccionistas que sois los dos. Por eso, contigo en el *catering* y él encargándose del atrezo no hay fiasco posible. Éxito total asegurado —añado convencida—. Por cierto, ya que estáis en el salón, aprovechad para mirar el sitio donde yo había pensado poner la barra

con el champán y las copas. ¿Ves dónde está el sofá? El de terciopelo burdeos...

—¿Quieres decir a la derecha del piano? —me interrumpe Nuria—. ¿Y qué hacemos con ese *bureau* Luis XV?... Lo retiramos un poco hacia atrás, claro... Ya te sigo —se dice más a sí misma que a mí—. Pues tienes razón —me contesta, creo que ya visualizándolo—, quedaría espectacular... Se vería desde el jardín y desde el interior. Y si hacemos un montaje con los manteles y las copas de Baccarat, impactará nada más entrar en el salón. Qué buena idea. Te paso a Paco, que está como loco y quiere hablar contigo, no sé qué me está diciendo de unos candelabros de plata y...

—No, no, espera... No me lo pases —le digo interrumpiendo de golpe la conversación, pues acabo de ver a la dependienta cargada con dos enormes cajas naranjas dirigiéndose hacia mí—. Ahora no puedo hablar... Luego te cuento. Un beso. En media hora os veo. *Ciao*.

—¡Uf! —exclama la chica depositando las cajas en el mostrador en el que estaba yo apoyada hablando por teléfono—. ¡Madre mía, cómo pesan!

—¿Dos? —pregunta esperanzada la Fernández-Jaumá—. ¿Hay dos bolsos?

—¿Dos? —digo yo también, sorprendida.

—Bueno... Es que como no sabía exactamente cuál era el suyo —revela nerviosa la chica mientras va abriendo con sumo cuidado una de las cajas— he subido los dos y así salimos de dudas.

—¡¡No!! ¡¡Ya la abro yo!! —grita Yolanda, que se precipita, demasiado tarde, encima de la caja que acaba de ser abierta. Y de pronto, como si de un sueño se tratara, aparece ante mis ojos en todo su esplendor entre papel de seda blanco un reluciente Birkin negro de cocodrilo.

Siento como si el corazón se me fuera a salir del pecho, me tiemblan las manos y la boca se me ha quedado seca. Aun así, en un acto casi reflejo acaricio suavemente el bolso, sin atreverme a cogerlo. Hago un esfuerzo sobrehumano para apartar la vista del objeto de mis sueños y dirigirle a Yolanda una mirada interrogante, al mismo tiempo que consigo articular unas palabras:

—¿Javier? —pregunto—, ¿de veras me lo ha comprado?

Intento sacarlo de la caja para tenerlo en mis manos cuando Yolanda me aparta bruscamente, casi de un empujón, e intenta quitármelo. Pero yo, que he conseguido cogerlo, no estoy dispuesta a soltarlo tan fácilmente. Sin embargo, veo a Yolanda muy pálida y muy alterada y presiento el porqué. Se supone, deduzco, que esto era una sorpresa para mi cumpleaños y la dependienta nueva ha dado al traste con todo. Comprendo el nerviosismo de la directora, porque, conociendo a Javier, sé que si se entera se pondrá furioso con ella. Trato de tranquilizarla con buenas palabras.

—Yolanda, déjame cogerlo, mujer... Ahora ya lo he visto. Te juro que mi marido no lo sabrá nunca antes de que él me lo regale. Fingiré tal sorpresa que...

—¡Que no, Gloria! Que no es para ti... Esto... Esto es un encargo —me dice y aprovechando mi sorpresa me lo arrebató de las manos, mientras lanza una mirada asesina a la joven empleada—. Y tú, María. ¿No te he dicho que ponía señora Arnau en la caja? Menudo lío me has organizado...

—Perdona, Yolanda —le contesta la chica a punto de llorar—, pero es que en los dos pone Arnau. Mira, mira —recalca, mostrando una etiqueta marrón en la que pone claramente «Señor Arnau»—. ¿Lo ves?, ¿lo ven todas? —insiste sin darse aún cuenta de su error—, y en la otra también, «Señora Arnau». ¡Ay, Dios mío! En una pone señor... Ahora me doy cuenta de que he metido la pata. Yo...

—¿Señor Arnau? Vale... No hace falta que nadie continúe disimulando —les digo mirando el bolso—. Ahora ya hemos estropeado la sorpresa, pero te juro que seré una tumba —le aseguro a Yolanda—. Javier nunca sabrá nada. Venga... Ya que lo he visto, déjame cogerlo un momento. Mujer... No hace falta que lo agarres de esta manera, no me lo voy a llevar —le digo al verla aferrarse al bolso mientras yo intento arrancárselo de las manos.

—Te pido que lo sueltes, por favor... —me dice con voz pausada, ya un poco más tranquila—. Es un encargo de otra persona.

—Bueno, vamos a ver —le contesto bastante mosqueada por el numerito que estamos montando—, me parecen muy bien tu discreción y tu celo en el trabajo. Pero esto ahora ya está empezando a ser ridículo. No me digas más que no es para mí, porque acabo de ver con mis propios ojos el nombre de mi marido escrito en esa tarjeta. Y ahora, ¿por qué no te dejas de tonterías y me lo das de una puñetera vez? —le exijo yo, muy alterada después de tanto ajetreo.

—Déselo, mujer. Gloria tiene razón. Todos hemos visto el nombre de su marido. ¿Qué importancia puede tener que lo coja o no? Al final el mal ya está hecho, ya lo ha visto, ¿no? —sale en mi defensa la Fernández-Jaumá, poniéndose automáticamente de mi parte.

—De verdad que no se trata de su marido —le contesta ahora ya muy tranquila la directora—. Todo esto es una confusión, Gloria. Te prometo que no es tu marido —me repite a mí—. Que es otro señor Arnau...

La verdad es que no sé qué pensar, parece que me está diciendo la verdad, ahora se la ve muy segura de sí misma, pero ese arrebató que ha tenido al principio, cuando no me dejaba ni tocarlo, y lo nerviosa que se ha puesto me ha hecho sospechar que quizás Javier había tenido el detalle... O no, a lo mejor son las ganas que tengo de poseer uno las que me hacen imaginar cosas.

—Gloria, te comprendo perfectamente, sé la ilusión que te hace este bolso y no estoy intentando ocultarte nada. Te aseguro que ese señor Arnau no es Javier. Es de... Valencia... De hecho, Arnau no es ni su apellido, se llama Arnau de nombre, por eso no sabes quién es y...

—¡Un momento! —dice saliendo en defensa de la directora la chica nueva y blandiendo en la mano un albarán—. Yolanda tiene razón, señora Arnau. El bolso no es para usted. Mire lo que he encontrado dentro de la caja. Es un albarán de entrega. Pone: entregar a Beatriz Suárez. Joyería Bulgari. Paseo de Gracia, número 74.

—¿Beatriz qué? —pregunto sin entender absolutamente nada—. ¿No me has dicho que era un señor de Valencia? —le reprocho a la directora—. A ver si nos aclaramos, porque yo...

—Calma, calma, Gloria. Entiendo tu nerviosismo —me dice muy comprensiva—. Todo tiene su explicación, verás... El señor Arnau, comprenderás que no te diga su apellido, no sería ético por mi parte, sin embargo, ya te he dicho antes que no es de aquí, me encargó hace meses este bolso para regalárselo a su mujer por su aniversario de boda. Su idea, su idea... era... ponerle en el interior una pulsera, una *riviere* de brillantes, y que ella, al abrirlo, tuviera doble sorpresa: por un lado el bolso, por otro la pulsera... Esa chica, Beatriz, trabaja en la joyería de dependienta y... y es por eso por lo que el bolso se le debe entregar a ella, porque nosotros, evidentemente, no quisimos de ninguna manera aceptar la

responsabilidad de guardar una pulsera tan valiosa. La señorita Suárez se encargará de prepararlo todo y de entregárselo al señor. Lo siento, pero no hay más misterio que ése...

—No sé qué decirte, Yolanda —contesto totalmente desconcertada—. Hay cosas que no me encajan... ¿Por qué me habías dicho entonces que hacía meses que no te entraba un Birkin de cocodrilo? Al final, si no era para mí, me podías haber hecho perfectamente el comentario. No es que esto sirva de disculpa a mi comportamiento, porque me he puesto furiosa sin ninguna razón, claro... pero...

—Tienes razón, Gloria —interrumpe ella, aparentando una tranquilidad que no me convence—, es una casualidad que él tenga el mismo nombre que el apellido de tu marido. Y es verdad, te he dicho que no me entraba ninguno desde hacía meses porque, si te soy sincera, no sabía ni que había llegado éste en el pedido. De hecho, lo esperábamos para dentro de un mes... No sé cómo me ha podido pasar algo así. Es un fallo imperdonable por mi parte y me sabe muy mal que justamente me haya pasado contigo. Te pido disculpas de todo corazón.

—Qué va... Soy yo la que tengo que pedir disculpas a todos, y principalmente a ti, Yolanda. Estoy muy avergonzada por el numerito que he montado. Pero, claro, al ver esta maravilla —señalo con la mirada la caja abierta que exhibe lo que por un instante he pensado que era mío— y el nombre de mi marido... También es casualidad, ¿no? —interrogo sin dirigirme a nadie en concreto—. Pues eso... que me he montado una película que no era. Que no es, claro. Lo siento. Siento haberme puesto en evidencia de esta forma. Yo...

—Que no, que no, Gloria —me tranquiliza ella cogiéndome por el hombro—, que tienes toda la razón. Ha sido un cúmulo de casualidades. Venga, no hablemos más de eso y vayamos a lo nuestro. Ese maravilloso Birkin Gold enorme y espectacular es el tuyo.

«Y una mierda», pienso yo, puesto que, después de haber tenido en mis manos el otro, éste me parece una porquería. No me hace ninguna ilusión y además estoy a punto de echarme a llorar. Sin embargo, sonrío y le digo que me lo cobren, que estoy encantada con mi Gold. ¡Faltaría más! No les voy a dar el gustazo de que disfruten con mi humillación.

II

En casa

-Por favor, basta, Luis. No puedo más, estoy a punto de asfixiarme —le digo casi sin aliento a mi entrenador personal, que por lo visto ha decidido matarme a fuerza de abdominales sin ningún miramiento. Hoy tiene uno de esos días en los que parece que haya venido con la clara intención de asesinarme. Es un tío encantador, pero duro a más no poder. No me perdona ni una y está al día de todas las novedades en gimnasia. Es el mejor. Licenciado en INEF, por descontado, y con no sé cuántos másters, es además selectivo, entrena a quien él elige, y si no le gusta el rendimiento de la alumna, porque sólo trabaja con mujeres, la deja plantada sin pensárselo dos veces.

Acabo de bajar de la cinta, donde he corrido más de cuarenta minutos, estoy sudando a chorros y, sin darme tiempo ni siquiera a respirar, me ha puesto a hacer miles de abdominales. Estoy destrozada. Hay que añadir además que hoy no he dormido en toda la noche, pues esa extraña historia del bolso me ha estado rondando por la cabeza sin parar.

—Venga, Gloria, una serie más y dejamos el suelo. Y no te quejes, que luego me lo agradecerás... Mira qué trabajados están esos brazos, delgados y con la musculatura alargada, como las bailarinas —me dice apretándome con manos expertas el tríceps y mirándome con esos ojos dulces que pone siempre que quiere exigirme un esfuerzo sobrehumano.

—¡Uf! Lo sé, lo sé, Luis, si tienes toda la razón —suspiro mientras me pongo de pie para coger una toalla y secarme el sudor de la cara—, pero es que hoy no he pegado ojo. Luego te cuento...

—Más tarde me cuentas lo que quieras, pero cuando acabemos el entrenamiento. Ya sabes que yo no vengo aquí ni a charlar ni a perder el tiempo —

me dice apartando dos grandes pelotas de plástico de *fitball* que invaden nuestro espacio.

—Parece que necesitamos un gimnasio más grande —bromeo, porque estoy superorgullosa del mío.

Y digo mío porque aquí no entra nadie más, ni Javier, ni mis hijos. Mi marido se pasa el día metido en el Arsenal, el único gimnasio exclusivamente masculino de la ciudad, haciendo más que nada relaciones sociales, que es a lo que van todos los tíos allí, además de a comer, a charlar entre ellos y a hacerse algún masaje o tratamiento de estética. Deporte bien poco, aunque seguro que arreglan el mundo, eso sí. Seguro. Y los niños no meterían un pie en uno ni amenazados de muerte. Cuando eran pequeños les encantaba venir a jugar aquí, aunque lo tenían prohibidísimo, pero ahora tienen otras actividades que les ocupan el tiempo... Cosas de la edad, claro. Salidas, fiestas. Normal, a los veinte años no piensas en la salud, ni en la del cuerpo, ni en la del alma. Más bien te encargas de destruirlo. Éste es mi espacio, mi santuario, el único lugar donde consigo relajarme, ya que además de tener una vista espectacular sobre Barcelona está situado en una zona muy especial para mí, en la parte más alta del dúplex, justo al lado del jardín, donde tengo el huerto y los árboles frutales. Me encanta comer sano y disfruto de poder tener a mano estos lujos en plena ciudad.

—Sí, ¿y qué más? —me contesta con ironía Luis—. Ya quisieran muchos gimnasios públicos tener lo que tenemos aquí. Estás estupenda, Gloria —prosigue cuando me ve mirándome en el espejo. No hay ninguna intención sexual en esas palabras, ya que a Luis no le gustan las mujeres: es gay. Sin embargo, es un tío cachas, con aspecto superviril, muy atractivo y que no tiene ni un solo ademán afeminado. Más de una se lo ha querido ligar, pero él sabe cómo quitárselas de encima sin confesar su homosexualidad. No quiere hablar de él ni de su vida. Nadie sabe nada. Es hermético. Sin embargo, conmigo, no sé por qué, es distinto; poco a poco hemos ido intimando y, sin habernos dado siquiera cuenta, nos hemos hecho muy amigos. Yo le cuento mis cosas y él me cuenta las suyas. En el fondo, siempre he pensado que un entrenador sustituye muchas veces al psicólogo, porque llegas a un grado de intimidad tan alto con él como no lo tendrías nunca con otra persona.

—¿Tú has visto qué culo se me ha puesto? —Se lo muestro dándome la vuelta mientras me lo aprieto orgullosa—. Estoy encantada, nunca lo había tenido así, y eso es desde que trabajamos con la Power. ¡Qué pasada! —digo señalándola

—. No entiendo cómo antes podíamos vivir sin ella. Es... es... adictiva. Cuando nos la vinieron a instalar y aquel comercial dijo que diez minutos en la plataforma equivalían a una hora de trabajo muscular, yo no me lo creí ni de coña, pero ahora a la vista están los resultados —exclamo dándome unas palmaditas.

«La máquina milagrosa», la Power Píate, a la que estoy totalmente enganchada y que defendería con mi vida si alguien me la intentase quitar, ocupa, cómo no, un lugar de honor en el centro del gimnasio. Es blanca, bastante pequeña, y consta de un manillar unido por una columna a una plataforma vibratoria. A pesar de su tamaño destaca sobre las otras máquinas, todas de un aburrido gris claro.

Es el juguete de moda desde que salieron unas fotografías en la revista *Vogue* con unas declaraciones de Madonna subida encima de una, luciendo músculo y con un chándal rojo, por cierto, monísimo, ensalzando las miles de virtudes de las que se beneficiaba desde que la tenía. Llegó incluso a decir que le había cambiado la vida, que había abandonado definitivamente el yoga y el Pilates, en los que en su momento tanto confió y que tantas horas le ocupaban, para dedicarse solamente a hacer sus ejercicios de Power Píate.

Esas declaraciones provocaron tal *boom* mediático. A a la semana siguiente algunas famosas nacionales que jamás habían oído hablar del invento ya se disputaban el haber sido ellas las primeras en tenerlo en España. Al parecer en Hollywood ya la tenía todo el mundo y, naturalmente, *la jet set* española no tardó en unirse a esta nueva tendencia. Reconozco que yo fui una de ellas, no paré hasta conseguir la mía; en realidad fui una de las pioneras en tenerla... Eso sí, Javier tuvo que utilizar todas sus influencias.

—¿Sabes qué me ha dicho Mario? —me comenta Luis en plan cotilleo.

—¿Quién es Mario? —le contesto, porque no tengo ni idea de quién me está hablando y pienso que igual es un nuevo ligue.

—El comercial que nos la vendió —me dice él pacientemente—. ¿No te acuerdas? Un tío muy charlatán que no paraba de contarnos todas las que tenía pedidas y a quiénes se las había entregado ya.

—Ah, sí, ya... Uno muy pesado que hablaba sin parar. Ahora me acuerdo. ¿Qué te ha dicho?

—Pues me ha dicho que esta semana le sirven una al rey Juan Carlos, se ve que la Power es fantástica para recuperar musculatura y ahora, después de las operaciones de cadera, le irá ideal. Bueno, en realidad serán dos. Una para él y otra para el príncipe, perdón quería decir su hijo, el rey Felipe VI, aún no me acabo de acostumbrar.

—¡Caray! Pues también van atrasados en Zarzuela... —le digo riéndome a carcajadas—. ¡Si los de la plebe ya la tenemos todos! Y desde hace meses...

—Todos, todos, no... ¡Ahí va otra información que no controlas! Te voy a contar quién me ha llamado para decirme que hoy le traían una y que si, por favor, podía pasar por su casa para enseñármela y para hablar...

—¿Quién?

—Tu amiga Cuchi...

—¿Cuchi se ha comprado una? Y la muy retrasada no me ha dicho nada. Si ayer estuvimos comiendo juntas. Joder, ni que fuera un secreto de Estado. Ya me dirás a qué viene tanto misterio. Esta tía es imbécil, y además... ¿Para qué la quiere? Si ésa considera que hacerse un masaje ya es hacer ejercicio. ¡En la vida ha movido un dedo para estar en forma! Es patético lo esnobs que pueden llegar a ser algunas.

—Es verdad, tienes razón, Gloria: la ha comprado para poder decir que ya tiene una y nada más. Todos la tenéis, ella no podía ser menos. Me ha pedido que la entrene, pero le diré que no. Esta mujer no es constante y me hará perder el tiempo. Ya sabes que yo sólo trabajo para obtener resultados. Lo demás no me interesa.

—Yo... Es que sigo alucinada de cómo alguien puede gastarse doce mil euros en algo que no sabe ni para qué sirve y que tiene clarísimo que no utilizará jamás... Que se compre un bolso si no sabe qué hacer con el dinero y tiene ganas de gastar; le sacaré más provecho.

—Trece mil quinientos —me interrumpe mi entrenador—. Es un modelo nuevo, un poco mejorado respecto al anterior, pero, vamos, creo que es prácticamente igual. Por eso quería pasarme un momento ahora para verla. Ya te contaré.

—¿Un modelo nuevo? ¿Mejor que la nuestra? —pregunto nerviosa.

Sólo de pensar que esa imbécil de Cuchi, que está como una foca, pueda tener una plataforma mejor que la mía se me revuelve el estómago. Ahora entiendo el porqué de tanto secretismo y tanta tontería. La suya será una pasada y no dejará de restregármelo por las narices cada vez que me ponga a tiro. Ya me lo veo venir. ¡Por eso no me ha dicho nada! Claro, como no tiene ni idea, está esperando que Luis le diga en todo lo que nos aventaja. ¡Asquerosa! Eso no lo puedo consentir de ninguna manera. Ya me la imagino en una cenita, dándose aires y diciéndome a mí con esa vocecita de niña tonta que no ha roto nunca un plato que pone: «Ah, pero, Gloria, es que tu aún tienes la antigua..., ¿verdad? Claro, es que no tienen nada que ver...». Me pongo enferma sólo de pensarlo, no soporto a esas tías prepotentes que siempre se creen que lo tienen todo antes que los demás y que, por descontado, consideran que todo lo suyo es lo mejor.

—De verdad, Luis —le digo intentando ser convincente—, si tú crees que vale la pena, cambiamos la nuestra por el nuevo modelo; a lo mejor nos estamos quedando desfasados, estas cosas evolucionan tan rápido... —Y añado sin poderme aguantar—: ¿Los reyes también tienen la nueva, como la de Cuchi?

—Y yo qué sé... Supongo que sí —me contesta—, si la acaban de comprar ahora imagino que será el modelo nuevo. No creo que a la Casa Real le endosen uno antiguo. Anda... relájate un poco, mujer, que vamos a empezar a estirar y si estás tensa no conseguiremos nada. Además, ya te he dicho que es prácticamente igual que la anterior, espera a que la vea... Y no creo que sea necesario cambiarla, si no es por esnobismo, claro. ¡Venga! Cinco minutos de estiramientos y acabamos, que ya son las diez y media. Hoy has trabajado muy bien, como siempre, y eso que al principio estabas cansada.

—Cuando estoy cansada es cuando rindo más —le respondo mientras cruzo la sala para tenderme boca arriba sobre una colchoneta que ya está preparada en el suelo. Y por unos instantes aparece de nuevo en mi cabeza la extraña historia del Birkin, que durante esa hora y media de entrenamiento había conseguido olvidar por completo.

—Sí, eso es verdad —me dice él—. No hay que hacerte caso nunca cuando dices que tienes mal día. Venga, empecemos. —Y arrodillándose a mi lado me levanta la pierna haciendo fuerza hacia arriba como si me la quisiera arrancar. Primero una, luego la otra. Después los brazos, el cuello, las cervicales. «Qué agradables son los estiramientos», pienso. Molestan, pero notas cómo la musculatura cansada lo agradece, a pesar del dolor...

Hoy hemos estirado poquísimo, a mi parecer, porque hemos perdido tiempo charlando, aparte de que yo sé que él tiene prisa por largarse, porque está muerto de ganas de ver la Power nueva de Cuchi. Así que me levanto y me despido de él con dos besos.

—Hasta mañana, y ya me contarás. Hasta el mínimo detalle, quiero el parte completo. ¡Ah! Y dime si esa tonta también se ha comprado el chándal rojo de Madonna.

—Hasta mañana, guapa. Te lo contaré todo. No te preocupes. Por cierto, tú también tenías algo que explicarme, ¿verdad? —comenta, mirando descaradamente el reloj—. Si quieres...

—Nada, nada... Hablamos mañana más relajadamente. Ya veo que hoy llevas prisa —le replico irónica, aunque sin mala leche.

—Mujer... No te lo tomes a mal. De verdad, mañana charlamos de todo y de paso despedazamos a la pobre Cuchi.

Una hora más tarde salgo de mi habitación ya duchada. Se me ha mojado un poco el pelo, pero no me importa; lo llevo recogido con una pinza y luego voy a ir a la pelu. Tenía que haber ido ayer, pero entre la historia del bolso y el despiste del *catering* lo tuve que anular. Por las mañanas no me gusta maquillarme mucho, lo encuentro poco adecuado: rímel en las pestañas y polvos compactos bastante oscuros en la cara. Hoy ni tan siquiera he usado base de maquillaje, no me hace ninguna falta porque estoy morena. Todo muy natural, es el truco para parecer más joven. No exagerar con el maquillaje. Nunca. Ni por la noche.

Entro en la cocina para organizar la comida, con ganas de acabar rápido y poder marcharme a la peluquería, algo que preveo muy difícil, por no decir imposible, ya que Imelda, la chica filipina, muy menudita y vestida de blanco impoluto, como siempre, entiende muy mal el idioma, a pesar de que lleva años en casa e incluso tiene nacionalidad española. Eso sí, lo habla mucho mejor, y esto da lugar a terribles confusiones, porque me dice que sí a todo, cuando en realidad la mayoría de las veces no tiene ni idea de lo que estamos hablando. Su marido, Lito, bastante alto para su raza y muy oscuro de piel, en contraste con su mujer, muy

blanca y con unos ojos rasgados que la hacen parecer más bien japonesa, siempre pone cara de asustado; en ese sentido es mucho peor que ella. No entiende absolutamente nada, pero toma ejemplo de su mujer y a todo contesta que sí.

—Vamos a ver —digo al entrar mientras abro la enorme nevera de acero inoxidable siempre meticulosamente ordenada, pues el orden es una de las obsesiones de Imelda.

Acabas de sacar algo de un armario y en un abrir y cerrar de ojos ya ha desaparecido de tu vista; lo guarda todo al instante, pero nunca sabe dónde lo ha metido, o no se acuerda, o no me entiende cuando se lo pido. Y mientras observo los *tuppers* perfectamente apilados, las botellas y los refrescos, colocados de mayor a menor para poder encontrarlo todo fácilmente, pregunto:

—A ver, ¿quién come hoy en casa? —La pregunta la dirijo a la chica, que supuestamente es la que tiene que estar al corriente de este tema.

—Pablo vas a llegar un poco tarde, pero sí —contesta—. Mi parece que Carla también sí y el señor también sí no vas a comer.

—¿El señor come en casa? —le pregunto extrañada—. ¿No come fuera?

—Sí. Sí, señora —insiste ella.

—A ver —le digo empezando a perder la paciencia—. ¿Qué te ha dicho exactamente el señor?

—Vas a comer con despacho también, me has dicho conmigo —me responde ella, orgullosa de estar tan bien informada.

—¡Ah! Ya me extrañaba —le contesto yo—. Es que no te había entendido. Hoy han traído el rape de la pescadería, ¿verdad? —pregunto mientras saco una bandeja llena de pescado tapada por un film transparente.

—Sí, y también has traído las... ¿Cómo se llama...? Las éstas que trae el chico de las verduras...

—¿Las qué? —le pregunto empezando a ponerme nerviosa y mirando con insistencia en la nevera.

—¡Éstas! Como ispinacas... —exclama satisfecha, al mismo tiempo que abre un cajón de la parte baja de la nevera y señala una bandeja con acelgas—. ¡Las éstas! —vuelve a repetir—. ¿Cómo se llama?

—¡Por el amor de Dios, Imelda!, llevas más de diez años trabajando en casa y aún no sabes cómo se llaman las acelgas... Yo creo que tu marido y tú cada día habláis peor el español. —Aprovecho para lanzar una rápida mirada a Lito, que está de pie al lado de su mujer con cara de no enterarse de nada, pero que al darse también por aludido contesta rápidamente y muy nervioso.

—Sí, señora. Sí, señora. —Y vuelve de nuevo a su silencio anterior.

—El problema que tenéis —les explico— es que sólo habláis en tagalo entre vosotros, y como al final acabamos por entendernos, aunque sea por signos, no hacéis ningún esfuerzo. Quizás no os iría mal un curso de español —me digo, más a mí misma que a ellos—. Bueno, bueno... Eso ya lo hablaremos. Ahora sigamos con la comida, que a este paso hoy no salgo de casa.

—Entonces de primer plato yo vas a hacer las acelgas al vapor para ti como siempre y para los restos, también como siempre con chorizo. ¿No? Y la rape. ¿Cómo la haces? —vuelve a preguntar.

—A ver —le contesto hablando despacio y gesticulando mucho para que me entienda—, primero lo pasas por harina blanca y lo fríes en una sartén. Lo guardas aparte en otro plato y en el mismo aceite que te ha quedado vas a hacer un sofrito, con muy poca cebolla y muy picada —le insisto en lo de muy picada—, porque ya sabes que a Carla no le gusta encontrar trozos grandes. ¿Me entiendes? —le pregunto.

—Claro que sí, señora —me contesta Imelda un poco ofendida—, me entiendes perfectamente.

—Bueno, bueno... Si acaso luego me lo repites. Continúo —digo ahora, mirando nerviosa el reloj—. Para el sofrito, ¿tienes tomate maduro?

—Sí, señora —responde mientras saca de otro cajón de la nevera un cuenco lleno a rebosar de tomates completamente verdes—, has comprado Lito esta mañana.

—Pero este tomate está verde —exclamo angustiada—. Vamos a ver, Imelda

—le explico intentando que mi voz sea pausada y tranquila—, para el sofrito, ya sabes que siempre quiero el tomate maduro...

—¡Pero éste es el más duro, señora! No hay más duro en las verduras, señora —interrumpe la chica sin dejarme terminar—. Yo has hablado con la chico para que tenga preparado cuando vas a coger Lito, porque Lito a veces no entiendes y más mejor yo hablas primero siempre con ellos...

—MADURO. No es el MÁS DURO —le digo gritando. Y al instante siento de verdad haber perdido la paciencia. No puedo más. Esta discusión ya la hemos tenido no sé cuántas veces—. Es exactamente lo contrario —le aclaro—. Envía a Lito otra vez a la frutería y que te traiga tomate MADURO. Por favor, ¿me habéis entendido bien? ¿Los dos? —He conseguido decir la última frase más sosegadamente.

—Sí, señora —me contestan los dos precipitadamente y casi al mismo tiempo.

—Bien, Imelda, menos mal que eres una magnífica cocinera y el resto de la receta es fácil para ti. Acabaremos rápido —digo mirando el reloj por tercera vez—. En la misma sartén donde has frito el pescado haces el sofrito. Preparas un majado como siempre, con piñones, almendras, dos dientes de ajo y un poco de pan frito. ¡Ah! Recuerda probar las almendras, porque si están rancias quedará rancia toda la salsa.

—Sí, señora —vuelve a contestarme la chica, al mismo tiempo que va sacando todos los ingredientes de la despensa—. Yo ya tienes todo aquí. —Me lo enseña.

—Vale... Añades el rape al sofrito, le pones un chorrito de vino blanco y diluyes el majado en un poco de caldo de pescado, como siempre. Prefiero que lo hagas en el mortero. Me gusta más porque queda más consistente... Al final, añádele unas patatas cortadas en dados. Dados es así —le digo indicándole con los dedos la forma—. ¿Me has entendido todo?

—Sí —contesta convencida y asintiendo con la cabeza—, me has entendido todo —repite.

—Bueno, pues me voy... ¡Ah! Y sobre todo el fuego muy bajito y las patatas al final, que si no se deshacen...

—Sí, señora. No te preocupes. Yo sabes cocinar este plato muy bueno. Puedes ir tranquila a la piluquiría. ¿Tienes que acompañar a ti Lito para los ricados? Porque entonces yo vas a llamar a la prutería para que el chico vuelva a traer tomates MADUROS. —Esta vez lo dice alto y claro.

—¿Lito? ¿Por qué? ¿Dónde está Vicente? —le pregunto sorprendida—. Habíamos quedado que hoy iba a bajarme él.

—Vicente estás con el señor desde muchos ratos. Parece que el señor también necesitas con él todo el día. Mi has dicho conmigo que tú vas a ir con mi marido para tus ricados.

—¿Vicente te ha dicho eso? Pero quién se ha creído que es éste para organizarme a mí la...

—No —me contesta Imelda rápidamente—. Mi has dicho conmigo el señor... También que has cogido el Mirsides nuevo y que tú con Lito cojas la otra.

—Ah... Bueno... Si lo ha dicho el señor, está bien —respondo sin extrañarme de esa actitud dominante por parte de mi marido, a la que ya estoy acostumbrada—. Venga, vamos, Lito —le apremio, porque creo que no ha entendido nada de la conversación que he tenido hasta ahora con su mujer—. Saca el coche del garaje, que ahora mismo salimos.

III

Jugosos cotilleos de peluquería

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me he dado ni cuenta de que el coche no sólo ya está aparcado delante de la peluquería, sino que además el filipino, el pobre, parece ser que lleva no sé cuánto tiempo de pie en la acera, esperando a que yo salga, con la puerta abierta, mirándome con los ojos como platos y totalmente desconcertado, sin entender muy bien por qué sigo sentada y sin moverme.

—Señora, ya estás en la piluquiría —se atreve a decirme al final—. ¿Vas a bajar? —pregunta, pensando que no ha entendido bien adónde íbamos, cosa que suele pasar a menudo, pues nunca suele entender nada a la primera.

—Perdona, Lito —le contesto volviendo de golpe al mundo real—, estaba distraída, ahora mismo salgo. Tú vuelves a casa y te llamo cuando acabe. No te esperes —le digo ya totalmente recuperada—. ¿Me has entendido? No hace falta que me esperes —le repito, gesticulando con las manos.

—No —me contesta él afirmando con la cabeza y sonriendo—, no me esperes —me confirma convencido.

—A ver, Lito, tú te vas a casa. ¿Vale? —insisto exasperada—. A casa —repito por enésima vez, señalando a lo lejos con la mano.

—Sí, señora —dice él—. Tú te vas a casa.

«Bueno, que sea lo que Dios quiera», pienso. Al final lo peor que puede pasar es que dentro de dos horas aún esté aquí plantado.

La peluquería es completamente blanca, paredes y tocadores de un blanco immaculado; en contraste, los estilistas van vestidos de negro y se mueven obsequiosos entre sus clientes. En las paredes, fotos de modelos, siempre en blanco y negro, muestran chicos y chicas, muy jóvenes y muy guapos, que exhiben en sus peinados las últimas tendencias, ampliadas a tamaño gigantesco. La única nota de color son las clientas, o mejor dicho sus bolsos y sus joyas, porque todas visten un simple kimono blanco, que cambian por su ropa nada más llegar en un cubículo que hace de vestuario y que está justo en la entrada, a la derecha de la recepción. En este momento está casi vacía. Es la mejor de la ciudad, por lo cual los precios son exageradamente caros, y pocas pueden permitírselos. Entro segura de mí misma, esperando encontrarme a alguien conocido, como siempre, con quien charlar un rato para distraerme mientras me peinan.

Estoy sentada en un tocador, hojeando una revista. La estilista está desenredándome el cabello cuando, de repente, a través del espejo, veo en la recepción, disponiéndose a pagar, a una chica joven, muy llamativa, alta y delgada, rodeada de tres o cuatro empleados que se deshacen en sonrisas y parabienes. Mientras uno la ayuda a ponerse un espectacular abrigo de visón blanco, largo hasta los pies, otro le arregla la sedosa melena oscura que le llega casi hasta la cintura y que se le ha despeinado un poco al ponerse el abrigo.

—Estás guapísima, Beatriz —le dice con mucha familiaridad la cajera—. ¡Y qué abrigo tan precioso! —añade acariciándolo.

—Gracias, Sonia —le contesta ella sonriendo—. Es un regalo —agrega pícaramente.

—¡Pues ya quisiera yo estos regalos! No debo de portarme tan bien como tú...

—Bueno... Ya sabes que yo soy una buena chica... —le susurra Beatriz guiñándole el ojo con una sonrisa.

¡No puedo dar crédito a lo que estoy viendo y al nombre que acabo de escuchar! ¿Son imaginaciones mías o han dicho Beatriz? Parece que últimamente este nombre me persigue por todas partes. Decido salir de dudas y preguntar a la peluquera.

—Judith, oye... ¿Quién es esa chica que está pagando? No la había visto nunca por aquí y parece que la conoce todo el mundo.

—¡Ah! Ésa... —me contesta, dándose la vuelta y mirando sin ningún disimulo a recepción—. Es una tal Beatriz, trabaja de dependienta en la joyería Bulgari; hace poco que viene por aquí, un mes o dos como mucho. Acostumbra a venir siempre al mediodía, más bien a la hora de comer... Por eso no han coincidido nunca, usted normalmente suele venir más pronto. Es muy simpática, aunque...

—¿Esa chica es una dependienta? ¿Pero tú has visto qué abrigo lleva? —exclamo indignada—. Cuesta más de lo que ella podría ganar en un año, por no decirte los precios que tenéis aquí, que eso tampoco lo paga cualquiera.

—Ya... Está clarísimo que eso no lo puede pagar con el sueldo de la joyería, así que parece que tiene otros ingresos extras.

—Ah... Quieres decir que seguramente viene de una familia adinerada... —afirmo yo, convencida.

—No, no... ¡Qué va! —me contesta la peluquera riendo a carcajadas—. Es... otro tipo de trabajo el que hace para poder tener esos extras. No es que sea una prostituta... Ya me entiende... Pero parece ser que tiene un lío con alguien. Alguien muy importante de Barcelona y que le concede todos los caprichos, al menos eso es lo que cuenta Sonia, la recepcionista, que es muy amiga suya.

—Eso seguro —le respondo, molesta por la metedura de pata que acabo de cometer y además por haber parecido idiota—. Es muy mona, pero tiene un aire de puta cara que no puede disimular —añado como si yo fuera experta en putas—. ¿Sabes quién es el tío que la mantiene?

—No. No sé cómo se llama, pero me han dicho que está forrado y que tiene negocios con cosas de electrónica o algo así, supongo que los fabrica, eso no lo sé seguro, pero se ve que él está casado y con hijos. Naturalmente, la mujer, como siempre, será la última en enterarse. Seguro. A mí me daría una rabia... —añade la peluquera.

Siento que me quedo blanca de golpe. Sé perfectamente que Javier me la ha jugado más de una vez con alguna que otra pendona, pero me parece impensable la sola idea de que le pueda comprar un Birkin de cocodrilo a una de sus conquistas, tal como ya empecé a sospechar ayer. «No, no puede ser, todo esto es

pura coincidencia», pienso. Pero la opresión que noto en la boca del estómago me hace creer lo contrario.

—Señora Arnau, mire, acaba de entrar su amiga, la señora Capdevila —me indica la peluquera señalando hacia la puerta—. Fíjese —me insiste—, acaba de cruzarse con la clienta de la que estábamos hablando. Pregúntele a ella, seguro que la puede informar mejor, justamente el otro día la oí charlar sobre esta chica con...

La conversación se interrumpe de pronto, porque Marta Capdevila me acaba de descubrir sentada y se acerca a saludarme muy efusivamente, tal y como es ella, levantando la mano y llamándome de lejos.

—¡Gloria! Qué ilusión verte... ¿Cómo no me has dicho que venías a esta hora? ¿Y tú qué tal, Judith? —Ahora se dirige a la peluquera—. ¿Quieres que me laven ahora o me espero un rato charlando con la señora Arnau? —pregunta, sentándose en una butaca vacía a mi lado.

—Quédese un ratito aquí si quiere, señora Capdevila, yo voy bastante retrasada y precisamente ahora le estaba comentando a la señora Arnau que usted sí sabe quién es el señor ese que dicen que se entiende con la dependienta de la joyería, la que se acaba de cruzar al entrar.

—¿Yo? Judith, no sé de qué me estás hablando —le replica muy sofocada Marta, que aparte de ser mi mejor amiga es pésima disimulando.

—Sí. ¿No se acuerda? —insiste la otra de nuevo—. Lo estaba comentando el otro día con su amiga, la señora Palau.

—Venga, Marta —le digo mosqueada—. Sabes perfectamente de quién te está hablando. Casi has chocado con ella al entrar. ¿Hay algo que yo no pueda saber?

—No... No, qué va, Gloria. Son cotilleos que corren por ahí. Pero te advierto que sin ningún fundamento. Por favor, Judith, ¿puedes traernos un café? —le pide quitándose un magnífico y suave abrigo de cuero negro y tirándolo de cualquier manera en la butaca de al lado, donde aterriza casi rozando el suelo.

—Sí. Claro que sí. Ahora mismo vuelvo. Disculpe, señora Arnau —me dice dejando el secador un momento—, en un segundo estoy de vuelta.

—No te preocupes —le contesto, fingiendo una tranquilidad que estoy muy lejos de sentir—, tómate tu tiempo. Yo estoy aquí muy entretenida con mi amiga. Ya sabes... Poniéndome al día de los jugosos cotilleos de la ciudad —le digo pretendiendo parecer irónica.

—Lo siento, Gloria... Esta chica habla demasiado. Yo... Tampoco sé gran cosa...

—Javier... ¿no? —le grito ahora furiosa—. ¡Es Javier! Seguro. Hostia, qué hijoputa es —le suelto muy acalorada—. Me la está jugando otra vez. ¿Y ahora qué hago? ¿Qué hago?

—Gloria, cálmate y no hagas nada. —Marta se levanta, preocupada por mi reacción, y se acerca para intentar que me calme, mientras continúa con voz vacilante—: Vamos a ver... Vamos a ver, de verdad te digo que no sé nada, no te estoy engañando, no sé nada seguro, pero sí que hay rumores, en fin... Que a mí me han dicho que tonteaba con ella, pero vete tú a saber lo que hay de verdad en todo eso. De ahí a que tengan un lío ya es mucho suponer... No sé. Ya sabes cómo es Javier, que coquetea con todas. También comentan que ella se entiende con Alfonsito Grau. Ya sabes... Él y tu marido son íntimos. A veces... se confunden las personas, o los nombres.

—¿Pero es con Javier o con Alfonsito? ¿O con los dos a la vez? Por favor, dime todo lo que sepas, porque no sabes lo que me pasó ayer... No me lo puedo quitar de la cabeza, y ahora esto... Demasiadas coincidencias. —Y la pongo al corriente, furiosa, de la historia del Birkin.

—Mujer... —me dice ella calmándome—. Eso es imposible. Esa chica lleva cuatro días en Barcelona, aunque tu marido tonteara con ella no le va a regalar un bolso de ese precio. Es absurdo. Él tampoco es idiota. Vamos... ni de coña. Tiene que ser una coincidencia. Seguro. Aunque también es mala pata que te la hayas encontrado hoy aquí. La verdad es que entiendo que te haga sospechar... Pero bueno, un bolso así tampoco se consigue en poco tiempo. Yo no creo ni que se hayan acostado, mira qué te digo. Nada... A lo mejor algún tonto como mucho.

—No sé. Yo ya no sé qué pensar —le susurro muy alterada—. Aunque por otro lado tienes razón, una cosa es un polvo y un regalito y otra es el tren de vida alucinante que parece que lleva esa chica. Javier nunca sería tan espléndido con uno de sus líos —insisto, más que nada para convencerme a mí misma—. ¿Cuánto

hace que esa chica ha empezado a trabajar en la joyería? —le pregunto a Marta.

—Que yo sepa muy poco, un par de meses como mucho.

—¿Y antes qué hacía? ¿Estaba en Barcelona? —la interrumpo intentando atar cabos.

—Nadie sabe nada de ella. Dicen que es de Madrid y que trabajaba en la misma joyería allí. No sé por qué motivo ha venido.

—Ahora no sé qué tengo que hacer... Si se lo insinuó y no es verdad, me la cargo y adiós fiesta de cumpleaños, ya lo conoces cuando se pone furioso. Si no le digo nada y está liado con ella, no me hace maldita gracia. ¿Qué hago? ¿Esperar a que se le pase el capricho como con las otras o...? Aunque si es verdad lo del bolso, los mato. ¡Eso sí que no! ¡Por ahí no paso! —exclamo en un ataque de rabia.

—Oye, tú no le digas nada. A ver, de momento todo eso son especulaciones, y del bolso olvídate. Eso seguro que es otra historia. Aquí sí que pondría yo la mano en el fuego. Conozco muy bien a tu marido y eso no se lo regala ni de coña a un rollito. Por ese lado, yo de ti estaría muy tranquila. En tu lugar, haría como si no supiera nada, y mientras tanto tú y yo procuramos averiguar qué hay de verdad en toda esta historia.

—¿Me ayudarás a investigarlo? Estoy tan nerviosa, Marta... Todo esto me parece muy extraño. No sé, hay algo que no me encaja... Tengo como un presentimiento que no me gusta nada.

—Relájate, Gloria, y déjate de malos presentimientos. Todo esto se quedará en nada, segurísimo. Habladurías, ya lo verás. ¡Pues claro que te ayudaré! Somos amigas, ¿no? Lo haré encantada, y, además, ya sabes que a mí se me da bien eso de hacer de detective; puedes estar segura de que nos enteraremos de todo lo que está pasando. Y ahora tranquilízate, que llega la cotilla esa de la peluquera y si te ve así empezará a hacer comentarios.

Se levanta y se sienta de nuevo en su butaca, eso sí, encima del abrigo, sin darle ninguna importancia al hecho de que está arrugando la finísima piel. Marta es así, dispone de lo suyo como quiere. Está separada desde hace bastantes años de un monstruo machista que la maltrataba y encima se le pulía su dinero. Ahora, a pesar de que fue él quien la dejó, el muy imbécil, para irse con una putilla de veintipocos, ella está recuperada y feliz y cada vez más atractiva. Me lanza una

mirada cómplice y yo le digo que sí, respiro profundamente varias veces y le confirmo que confío en ella y que sí, que voy a tranquilizarme y a hacer las cosas fríamente. Con mucha tranquilidad. Y con su ayuda, por descontado.

IV

París

—*Du Dom Perignon, comme d'habitude, je suppose, madame Arnau* —me dice sonriendo el *maître* del Plaza mientras me indica dónde sentarme con una afectada reverencia.

—*Comme d'habitude, Charles. Du Dom Perignon, s'il vous plaît* —le contesto acomodándome en un sofá de terciopelo verde oscuro y echando una mirada a mi alrededor, dispuesta a arrasar. Por fin vuelvo a estar en París. Esta ciudad me enloquece, es lo más. Voy a disfrutar, encantada de la vida, mis supercalculados diez minutos de espera formando parte yo misma de todo este mundo, como una más, eso por descontado. «Soy una de ellos», pienso mientras observo discretamente a toda la gente guapa que me rodea, creo que parezco italiana. Nadie me tomaría por española, eso seguro.

Estoy esperando a esa estúpida de Inés, mal vestida y vulgar que por imposición de Javier tengo que pasear por París mientras él se reúne para no sé qué con su marido Alfonsito, son íntimos amigos. Cuando me la impuso, no pude decirle que no, porque a Javier nadie le lleva la contraria y menos yo —se pone hecho una furia—, pero me fastidia horrores tener que arrastrar a la amargada de Inés.

L'Arcade, el bar del Plaza Athénée, está lleno a rebosar. Son las doce del mediodía y casi todo el mundo tiene una copa de champán en la mano. A mi lado, cuatro mujeres de unos treinta años charlan, mezclando con toda naturalidad el francés y el inglés; saltan de un idioma al otro con la facilidad del que ha tenido

una educación exquisita y como mínimo bilingüe desde el día en que nació. Niñeras, colegios en Suiza, en Inglaterra... ¡Cómo las envidio! Yo me lo he tenido que hacer todo sola, pero creo que con mucho éxito. No lo creo, lo sé. Nadie notaría la diferencia. Indudablemente, soy una gran actriz; las observo y pienso que deben de ser iraníes; sólo la que está en la esquina, justo delante de mí, parece americana, y curiosamente es la única que bebe agua mineral Évian. A su alrededor, en el suelo, acumulan bolsas de todos los tamaños, casi todas de Chanel y Prada. Deduzco que han hecho un alto en su ruta de compras para reponer fuerzas, comer algo y seguir arrasando como locas por la tarde. El hotel está en plena avenue Montaigne. Veo que acaban de empezar, aún les faltan Valentino, Dior, Vuitton... Lo clásico, vaya.

Casi todas las mesas están ocupadas por sofisticadas mujeres vestidas con carísimas prendas de marca y, eso sí, todas de riguroso negro. Como yo, por supuesto, que sé perfectamente cómo tengo que vestirme para no hacer nunca el ridículo; es una técnica que domino a la perfección, no como muchas de esas pueblerinas de Barcelona que se creen *unas fashions* y que cuando salen de casa no tienen ni idea de lo que hay que hacer y se les nota de lejos lo provincianas que son. ¡París es París! Suspiro. El bar está situado justo después del vestíbulo y en realidad es un ancho pasillo que conduce a las habitaciones, ocupado por mesas a ambos lados. Sus Birkins, tirados de cualquier manera por el suelo o desperdigados encima de los sofás, me hacen sonreír satisfecha y observar el mío, cuando de pronto, ¡oh, horror!, me quedo paralizada por el pánico... ¡¡Me acabo de dar cuenta!! Mi última adquisición, en tamaño extra grande, único, no sólo en Barcelona sino en toda España, que descansa apoyado en una magnífica butaca justo al lado del pasillo y bien a la vista de todo el mundo, ¡¡es beis!! ¡¡Y los suyos son oscuros!! Echo un rápido y nervioso vistazo por toda la sala y sí, efectivamente, negros, marrones, burdeos. Todos son oscuros, es como una pesadilla. ¿Cómo he podido cometer este fallo? Parece ser que en París, aparte de mí, evidentemente, en invierno nadie lleva un Birkin de color claro y en Barcelona lo llevamos todo el año como si nada y encima nos creemos la mar *de fashions*. Estaba tan contenta y tan ilusionada por estrenarlo que ni se me ha pasado por la cabeza que pudiera ocurrirme una cosa así. ¡Qué manera de hacer el ridículo! Nerviosa, decido actuar rápido y, en un intento de ocultarlo, lanzo veloz mi abrigo de martas cibelinas, que hasta ahora llevaba puesto encima de los hombros para que todo el mundo me lo viera, a la butaca donde está el bolso, con tanta mala suerte que el abrigo resbala y aterriza en medio del pasillo, provocando que paren en seco dos camareros cargados de fuentes de plata repletas de salmón para evitar pisarlo y que la encargada del guardarropa y el *maître* se abalancen sobre él para recogerlo.

Evidentemente, todas las miradas convergen primero en mi abrigo, después en mí y luego, ¡oh, no!, ¡horror!, ¡en mi inadecuado Birkin beis! Veo desprecio en los ojos de la americana de la mesa de al lado y burla en los de las iraníes, oigo risas en una mesa al fondo y a mi derecha una pareja, él un cincuentón gordo y ella a todas luces una putita rusa que no debe de tener más de veinte, con un enorme brillante solitario en el dedo, cuchichear mientras me miran.

Me cuesta recobrar, pero hago un esfuerzo e intento ignorarlos a todos. Sonrío al *maître* y asiento con la cabeza a la encargada del guardarropa, que me está preguntando si se lleva mi abrigo para guardarlo. Cojo el bolso con decisión y hago como si buscara algo en el interior; lo primero que encuentro es un Kleenex arrugado y usado, lo saco como si fuera mi objetivo y, cuando lo tengo en la mano, me doy cuenta de que o me sueño, cosa que empeoraría mi situación y aún me haría parecer más ridícula a los ojos de los demás, o hago ver que me he confundido y que lo que en realidad buscaba era el móvil. Cuando lo encuentro, después de mucho rebuscar, fingiendo naturalidad intento esconder el bolso detrás de mi espalda, apoyándome en él como si fuera una almohada, tarea imposible por su tamaño, pues al haber tenido la suerte de conseguir el primero de España de ese tamaño, sólo logro ocultarlo a medias, ya que sobresale completamente por ambos lados de mi espalda y además el cierre se me clava justo en medio de la columna vertebral. Duele, pero estoy dispuesta a soportarlo para evitar que, al menos, al no tenerlo delante de sus narices, los que ya lo han visto se olviden y los que lleguen ahora no se enteren. El problema es que en esa postura no puedo coger mi copa de champán, pues tendría que inclinarme hacia delante y dejarlo de nuevo al descubierto. Mientras estoy pensando cómo solucionar el problema, aparece la imbécil de Inés, dispuesta a acompañarme a Chanel a la prueba de mi vestido de alta costura para mi fiesta de cumpleaños. «¡La que me faltaba!», pienso sonriendo hipócritamente y sin levantarme para besarla.

—¿Qué haces sentada encima del bolso? —me dice mientras se agacha para darme dos besos—. ¿No ves que lo estás aplastando? —insiste y con una mano lo arranca de mi espalda y lo sacude para que vuelva a su forma original, para depositarlo después encima de la mesa, aún más expuesto al público que antes.

—Nada... nada... Es que me dolía la espalda y...

—Pues ponte un cojín, ¡por Dios! —me dice al mismo tiempo que me pasa uno de la butaca de al lado—. ¡No será porque no haya! —exclama señalando el montón de cojines de terciopelo esparcidos por todo el sofá.

—Ya... ya lo veo —murmuro mientras aprovecho para coger el bolso de encima de la mesa y colocarlo en el sofá entre ella y yo, intentando taparlo de un modo muy natural con uno de los múltiples cojines—, es que no me había fijado, acabo de llegar y... ¡Ah, perdona! Qué poca educación tengo... ¿Te apetece una copa de champán? —le pregunto, más que nada para desviar la conversación, puesto que sé que se muere por una.

—Sí. Claro —me contesta echando una rápida mirada a su alrededor—. Es lo que toca aquí, ¿no? Sois como un rebaño: todas de uniforme —comenta intentando ocultar^{su} rabia—. Todas con la copa en la mano, vestidas de negro y, ¡ah!, lo peor, todas con el mismo bolso. Te juro que no os entiendo, Gloria. ¡Qué ridículas sois! Mira —dice señalando el suyo, un gastado bolso de Prada negro de tejido brillante que lleva en bandolera—. Yo, cuando viajo, siempre llevo éste; no pesa y me va perfecto. ¡Es tan práctico...!

—¿Pero tú tienes algún Birkin? —le suelto yo con toda la mala leche posible—. Porque yo nunca te he visto ninguno. De hecho siempre te veo con ese «práctico» Prada.

—Bueno —me contesta rápidamente—, eso es porque siempre nos vemos cuando estamos de viaje, y por descontado que hace muchísimos años que tengo Birkins. Vamos, de toda la vida... Lo que pasa es que no me los ves, porque he dejado de usarlos hace tiempo. Primero porque los lleva todo el mundo —dice dirigiendo una mirada codiciosa al mío— y después porque pesan mucho y me duele la espalda.

—Vaya, te pasa como a Jane Birkin —añado con sorna.

—¿Qué le pasa a Jane Birkin?

—¡No me digas que no sabes la historia! Pero si lo sabe todo el mundo... — ¡Oh! ¡Cómo disfruto humillándola!—. El bolso se llama así porque una vez que la famosa actriz iba de viaje coincidió en el avión con el propietario de la casa Hermès, Frédéric Hermès —puntualizo, aunque no tengo ni idea de cómo se llama el propietario y me acabo de inventar su nombre, pero como ella tampoco lo sabe me da igual, y aunque la historia que le estoy contando es real, o como mínimo una leyenda urbana, siempre me gusta adornarla con detalles como éste, que aún la hacen más jugosa—. Pues sí, Frédéric mismo me lo contó: Jane iba muy cargada y llevaba todas sus cosas en una gran cesta de paja, de esos capazos que llevaban los

hippies en Ibiza, ¿sabes? Frédéric se extrañó y le preguntó por qué llevaba aquel inadecuado bolso, a lo que ella le contestó que le encantaría tener un gran bolso para viajar en el que le cupiera todo, pero que desgraciadamente no existía, o al menos ella no había sido capaz de encontrar ninguno, ya que en aquel momento la moda imponía unos bolsos muy pequeños. Este tomó nota rápidamente de la idea y al cabo de dos semanas le envió a Jane un gran bolso con dos asas, que había diseñado y después ordenado que fabricaran única y exclusivamente para ella, al cual le puso su nombre y que más adelante comercializó. Ahora Jane no lo lleva, porque dice que, al ser tan grande, lo cargaba mucho y le dolía la espalda, como a ti. Ya ves... Pero, como puedes comprender, Frédéric está encantado, aunque ella ya no lo lleve, porque, mira —le digo señalando alrededor—, ha conseguido ponerlo en el listón más alto de la moda.

—Pues no tenía ni idea, la verdad, y tampoco sabía que conocieras al dueño de Hermès, pero... ¿no es una sociedad o algo así? Nunca había oído hablar de ese tal Philippe...

—Frédéric —la corrijo—. Y sí, es una sociedad, pero, naturalmente, él es el presidente. Por cierto, son las doce y media, tendríamos que irnos ya, ¿no? —digo cambiando de tema—. Tenemos que estar en la rue Cambon a la una, y si llegamos un poco pronto, podemos entrar en la *boutique* y mirar qué hay antes de subir a probarme al *atelier*. He echado el ojo a un bolso de serie limitada que no conseguía encontrar en ningún sitio y me han dicho en Barcelona que sólo queda uno en París, pero que está reservado y que si no lo venían a recoger hoy, me lo daban a mí. ¿Sabes...? —siento que me derrito al decirlo—, es el típico Chanel clásico, *matelassé*, pero la cadena en vez de ser dorada es azul clarito igual que el bolso; además es grande. Un jumbo. ¿Te lo puedes creer? ¡Una pasada! Ya sabes que a esta marca le cuesta salir del blanco y negro, por eso estoy loca por conseguirlo. No tengo ninguno así, ni siquiera parecido... ¡Mataría por que fuera mío!

—Otra tontería —me dice con mirada agria Inés.

—¿El qué? ¿El bolso?

—Sí, el bolso y el vestido. Encuentro ridículo que tengas que hacerte un vestido de alta costura en París y encima de Chanel, que te debe de costar una auténtica fortuna... ¡Como mínimo setenta mil euros! Menudo despilfarro.

«Un poco más, me cuesta un poco más... Si supieras lo que vale...», pienso

yo, pero no se lo digo y la dejo continuar. ¡Que descargue su rabia esa envidiosa! Lejos de molestarme, sus comentarios de bruja hacen que sienta aún más el poder que ejerzo sobre la gente como ella.

—Yo me he comprado el mío en Barcelona —prosigue intentando parecer convincente— y te aseguro que es una monada, y con una clase... que no tiene nada que envidiar a los de aquí. Ya lo verás el día de la fiesta y me darás tu sincera opinión; y que conste que no te lo digo por el precio, porque evidentemente también me lo puedo pagar. Pero... ¡tantas pruebas!, ¡tantos viajes a París! Y todo por un vestido. No sé cómo lo aguantas...

La rue Cambon es estrecha. El chófer de la limusina que Javier ha dispuesto que nos acompañara a duras penas puede detenerse delante de la *boutique* para que podamos bajar. Pero nosotras, sin inmutarnos, esperamos tranquilamente a que corra a abrirnos las dos puertas.

La *boutique* Chanel es luminosa y sus escaparates siguen reflejando el personal estilo de su creadora, Coco Chanel, una mujer de aspecto andrógino que acabó sus días sola en su *suite* del hotel Ritz, donde había vivido siempre.

Karl Lagerfeld, el actual diseñador, ha sabido reinventar el estilo de *madame*. Sus clásicos *tailleurs*, los trabajados tejidos y los bolsos *matelassés* siguen conservando un aire actual, a pesar de los años y gracias a él.

El hotel Ritz tiene su salida trasera justo delante de la *boutique*. De hecho, antes con Javier acostumbrábamos a venir aquí; era comodísimo, porque cuando llegabas a la recepción sólo tenías que atravesar un pasillo con espejos y vitrinas y ya estabas casi dentro de la tienda. Esta puerta la cerraron definitivamente cuando murió lady Di, que tuvo que escapar de la persecución de los *paparazzi* precisamente por allí. Aunque, sinceramente, me pregunto por qué sigue cerrada, ya que si ella está muerta, qué más da ya por dónde entrara o saliera. Claro que como el hotel es propiedad del padre del que entonces era su novio, Dodi Al Fayed, que también murió con ella en el famoso accidente del pont de l'Alma, será por respeto hacia ellos, o algo así. Vaya tontería...

—¡Qué maravilla! —le digo a Inés, deseando poder compartir ese momento

con Marta y no con esa paleta, mientras señalo nerviosa un traje de chaqueta en tonos azules y blancos expuesto en el escaparate—. Entremos un momento para preguntar lo del bolso y de paso me lo pruebo. Piensa que este *tailleur*, en esos tonos, es exactamente la pieza que más deseaba del mundo, además del bolso, claro. Suponía que era de alta costura, porque se lo he visto llevar a Carolina de Mónaco, por eso no había preguntado por él en ninguna *boutique*. ¡Qué suerte la mía encontrármelo hoy aquí!

—¡Ah! Sí... —me contesta Inés haciéndose la desganada—, yo también se lo he visto. En el *Hola*, lo llevaba para no sé qué inauguración.

—¿En el *Hola*? —replico desdeñosa echándome a reír a carcajadas y haciéndome la sorprendida—. No, mujer, yo se lo vi a ella personalmente en una cena en Mónaco, cuando estuvimos el mes pasado con Javier. ¿Te acuerdas?

—Ah... No me digas que también conoces a Carolina de Mónaco, no tenía ni idea.

—Hace años que la conocemos, ya sabes la afición que tiene Javier por la Fórmula 1, no fallamos nunca para el Gran Premio de Mónaco, ¡es tan divertido...! Y qué ambiente... Tú no te lo puedes ni imaginar, es imposible que sepas lo que es aquello, como no has ido nunca... Y luego, claro, hemos coincidido tantísimas veces en tantísimas cenas. —Invento descaradamente sobre la marcha. Noto que la estoy impresionando—. Es que al final hemos pasado de saludarnos a ser íntimas amigas. —Ahí creo que quizás me he pasado, pero me divierte tanto la cara de alucinada que está poniendo Inés que no lo puedo evitar. Es más fuerte que yo.

—Pues si tan amigas sois, ¿por qué no le has preguntado si era alta costura o *prêt-à-porter*? Así habrías salido de dudas.

—¡Por Dios, Inés! Estas cosas no se preguntan jamás. Una tiene que saberlo de antemano. Parece mentira que digas esas tonterías tú, que eres una mujer de mundo. —Esto último se lo comento con sorna, para fastidiarla aún más.

—Venga, venga, qué poco sentido del humor tienes, Gloria, no se te puede hacer una broma. Entremos de una vez y a ver si yo encuentro algo que me guste, que hoy tengo ganas de gastar. ¡Quiero comprarme algo divertido!

—*Madame Arnau, désolée pour le sac* —me dice nada más verme Melanie, la directora, con cara de culpabilidad—. No he podido hacer nada para retenerlo, la

cliente que lo tenía encargado acaba de pasar y se lo ha llevado, y lo lamento mucho por usted, *madame*, pero es una señora que ha venido muy recomendada y... se lo he tenido que entregar. *C'est comme ça!* He intentado enseñarle otras cosas, pero no ha habido manera de hacerla cambiar de opinión. Sabía muy bien lo que quería.

—*Dommage, Melanie...* Me da muchísima rabia, pero qué le vamos a hacer, sabía que estaba reservado. *Pas de chance!* Esta vez he llegado tarde o alguien ha sido más rápido que yo. Hay que saber perder. Las francesas están más al día que las españolas. Aquí, hoy ha quedado clarísimo. ¡Me falta aún mucho por aprender!

—Me alegro de que se lo tome así, *madame*, con tanta clase como siempre — me musita, aduladora—, pero la señorita que se lo ha llevado no es francesa, fíjese qué casualidad... ¡Es española como usted! *Mon Dieu!* Qué pequeño es el mundo. *N'est ce pas?* —me dice sonriendo.

—¿Qué? —le grito fuera de mí—. ¿Una española? Porque una cosa es que se me haya adelantado una parisina, pero una vulgar española no. ¡Por ahí no paso! ¿Y quién es esa tía? Porque seguro que la conozco...

Melanie da un paso atrás, asustada. Igual piensa que le voy a pegar, pero es que ni por un instante pensé que si ese bolso no era mío podría ser para alguien conocido. Estoy rabiosa. Tengo que saber quién es, porque seguro que sabe que yo también lo quería y que me ha ganado. Tengo que estar preparada para cuando me la encuentre y...

—Cálmate, mujer. —Es Inés, que me está agarrando del brazo—. Gloria, por Dios, es sólo un bolso. Estás montando un numerito —me advierte señalando a Melanie, que está apoyada en la pared como si quisiera desaparecer, y a una cliente que se está probando unos zapatos y que me mira horrorizada.

—¡Oh! Perdona, Melanie —me disculpo reaccionando a tiempo de mi ataque de histeria y sonriendo a la señora de los zapatos—. Es que he tenido un mal día —miento para justificarme—. Problemas con mi hija, ya sabe... Las madres, siempre preocupadas. Venga... Sólo por curiosidad, dígame, ¿quién es la cliente que se lo ha quedado? Seguro que es amiga mía y quiero ser la primera en felicitarla.

—*Ah! Madame...* Me ha asustado... La he visto tan nerviosa... Claro, ahora lo entiendo, problemas con los hijos. ¡Eso sí que es grave! Espero que lo pueda solucionar enseguida cuando usted regrese a Barcelona. —Suspira con cara de

preocupación y yo noto que se lo ha creído todo mientras vuelve a asumir la actitud tranquila y segura que corresponde a una persona en su cargo—. Le diría encantada quién es la *dame* que se ha quedado el bolso, pero no sé su nombre. La reserva estaba hecha por una muy buena clienta nuestra francesa y no hemos sabido que no era para ella hasta hoy, cuando han venido juntas y lo ha pagado la señorita española.

—Pero... Lo habrá pagado con tarjeta de crédito, ¿no? Sólo tienes que mirar el nombre y ya está.

—No, no, qué va, *madame* Arnau. Si he de serle sincera, a mí también me ha extrañado. Ha pagado en efectivo. ¡Tanto dinero...! Y en efectivo. No es normal, no. *Pas du tout*.

—Tanto dinero tampoco —le comento yo sorprendida—, no es para tanto, ese bolso no valía más de tres mil euros...

—*Non, non...* —me interrumpe—. El bolso no es tanto dinero, *vraiment*, pero la señorita también se ha quedado el *tailleur*, el que está en el escaparate, el mismo que lleva la *princesse*. Acababan de llegar hoy y sólo uno por talla. Se lo ha probado y le quedaba espectacular. Es una joven guapísima y muy agradable. La talla treinta y ocho. ¡Fíjese qué casualidad! La misma que usted. ¡Menos mal que usted no lo quería! Porque si no a lo mejor se hubiera vuelto a enfadar conmigo —me dice, no sé si en broma o en serio.

—¿Cómo? ¿El traje chaqueta del escaparate? ¿El de mi talla? —consigo articular.

—Sí. Sólo lo hemos tenido en Cambón. Ninguno más en el mundo. ¡Y uno por talla! Al llevarlo la *princesse*, *monsieur* Lagerfeld lo ha querido así. La *demoiselle* ha tenido mucha suerte de encontrarlo, y como nadie sabía que lo íbamos a tener no lo tenía reservado. ¡Fíjese usted que todo el mundo pensaba que era de alta costura! Además es una joven muy guapa. Lo lucirá mucho. Claro que una pieza así es de colección. Pero... usted no lo quería, ¿verdad? —me pregunta de nuevo.

—No, no... ¡Qué va! —le contesto muy digna, como si la sola pregunta ya me ofendiera. Y al mismo tiempo echo una mala mirada a Inés, que está a punto de decir algo, para que se calle—. Justamente le estaba comentando a *madame* Grau cuando lo hemos visto en el escaparate que es precioso, pero como lo tiene mi amiga la *princesse* Caroline no me lo podría quedar aunque me apeteciera

muchísimo, porque imagínese qué chasco coincidir las dos con el mismo vestido. Sé que ella no me lo perdonaría jamás.

Inés está callada, pero veo en su cara una sonrisa de satisfacción. Sé que está disfrutando con mi humillación y la odio más que nunca. Lloraría de rabia. Pero me aguanto. Sonrío a las dos y le digo a Inés con toda la falsa dulzura del mundo:

—Nosotras deberíamos marcharnos ya. Se nos está haciendo un poco tarde. —Y mirando a Melanie añado—: Tenemos una cita en el *atelier* y *monsieur* Lagerfeld se pondrá nervioso si llegamos tarde.

—Ah, por eso no sufra, *madame*. *Monsieur* Lagerfeld no está. Justo acababa de salir con la *princesse* de Mónaco. Cuando ustedes han entrado hacía apenas unos minutos que los dos habían dejado la *boutique*. La *princesse* ha venido a recoger un bolso exactamente como el que a usted le gustaba para su hija Charlotte. Lástima, porque casi se han cruzado y usted habría podido saludar a su amiga y a *monsieur*.

«Lo que me habría faltado», pienso. Jamás he hablado con Karl Lagerfeld, sólo lo he visto de lejos en algún desfile, y Carolina no sabe ni remotamente quién soy yo, pero no puedo evitar añadir:

—Me habría encantado saludarles. Además, Carlota es íntima amiga de mi hija Carla. Precisamente, no os lo había comentado, el bolso no era para mí. Yo también lo quería para mi hija.

—Tu móvil. Está sonando —me avisa Inés cuando de nuevo en la limusina nos dirigimos al restaurante del hotel Costes, donde hemos quedado con Javier y Alfonsito para comer.

—Es Javier —le digo a Inés antes de contestar—. Cariño, ya sé que llegamos tarde —me disculpo sin darle tiempo a que me hable él primero—, pero las pruebas del vestido se han alargado y...

—No, no... Al contrario —me interrumpe él a su vez—. Tendréis que comer solas. Nosotros aún estamos fuera de París.

—¿Fuera de París? ¿Y qué hacéis fuera de París? —le pregunto sorprendida.

—Nada... Una reunión que se ha alargado. Bueno... da igual —contesta cortante, como siempre—. Comes con Inés y la invitas tú. Nos veremos sobre las

siete en el hotel. ¡Ah! Tengo aquí al lado a Alfonsito que me está haciendo señas. Que se lo digas tú misma a Inés, ¿ok?

—Ok. Ok a todo —le contesto hablando sola, puesto que él ya me ha colgado.

Me pregunto qué tipo de reunión fuera de París o en París, me da igual, pueden tener esos dos. Alfonsito es cirujano plástico. No sé qué tipo de negocios pueden hacer juntos. De todos modos tampoco me lo explicará y dudo que la atontada de Inés sepa más que yo. Pero aun así se lo pregunto:

—¿Tú sabes qué hacen esos dos reunidos?

—¿Yo? Gloria, yo no sabía que veníamos a París hasta ayer. O sea que te puedes hacer a la idea de lo que sé.

—Bueno, da igual, vamos a comer juntas y luego nos damos una vuelta por el Faubourg. Invito yo. Órdenes de Javier —le digo mientras compruebo en mi billetero si llevo la tarjeta de crédito—. ¡Mierda, me la he olvidado!

—¿Qué te has olvidado? —pregunta Inés, que parece estar en otro mundo con sus pensamientos.

—La tarjeta, mujer. ¿Qué va a ser si no? Mira, yo sin tarjeta no voy a ningún sitio, que luego no puedo comprarme nada. Pasamos un momento por el hotel y la recogemos.

—Como quieras —me contesta Inés—, si no te importa yo también subiré contigo, así aprovecho y voy al baño. No soporto los lavabos públicos.

El bar del Plaza sigue lleno. Hay gente de pie que hace cola, esperando a que el *maître* les acompañe a sus mesas. Es la hora de comer. Adelantamos con dificultad a los que están obstaculizándonos el paso para ir al fondo del pasillo a buscar el ascensor, cuando de repente veo a Javier sentado exactamente en la misma mesa en que estábamos nosotras esta mañana. A su lado, Alfonsito Grau.

—Mira —le indico a Inés con un gesto—. ¿Qué hacen éstos aquí? ¿No estaban fuera de París hace cinco minutos? Vamos a averiguarlo. —Y, decidida, agarro a Inés del brazo y la arrastro hacia la mesa de Javier.

—¿Qué hacéis aquí? —suelto incluso antes de llegar a la mesa—. ¿No estabais...? —Me callo de golpe. Oculto hasta aquel momento por una columna y ahora completamente a la vista, aparece el bolso que yo quería comprar esta mañana. Y al lado del bolso, sentada, riéndose con una copa de champán en la mano y vestida con MI *tailleur* azul, descubro a la feliz propietaria. Está inclinada hacia delante, susurrando algo entre carcajadas al oído de mi marido, que la escucha embelesado. Alfonsito también se ríe feliz, al parecer por algo que acaba de comentar ella, ahora en voz alta. Están tan absortos en lo que parece ser una conversación de lo más interesante y divertida que ni siquiera se dan cuenta de nuestra presencia. Con un estudiado gesto, echando la cabeza hacia atrás, ella aparta con la mano la larga melena oscura que le tapaba parte de la cara. Veo que es muy joven. Muy joven y muy guapa. Morena, el pelo largo... Acuden a mi mente imágenes del otro día en la peluquería. Entonces la veo bien y me percato de quién es. Siento como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago. ¡No podía ser otra! Es Beatriz, la dependienta de la joyería Bulgari de Barcelona. Tengo que llamar a Marta urgentemente para contárselo, a ver qué explicación le encontramos a esto. Aturdida por el impacto que acabo de recibir, y antes de haber sido capaz de reaccionar, Javier, como si fuera lo más natural del mundo, se ha levantado tranquilamente de la mesa con una gran sonrisa y, después de besarnos en la mejilla a Inés y a mí, nos presenta con indiferencia a su acompañante. Bueno, a la suya y de Alfonsito, en realidad.

—Gloria, qué bien que estéis aquí, al final podremos comer juntos. Aquella reunión no ha sido tan larga y en nada nos hemos vuelto de nuevo a París. Justo ahora os íbamos a llamar —me dice sin inmutarse después de soltar tal mentira—. Precisamente acabamos de encontrarnos a la señorita Suárez, de Barcelona, que casualmente también está en París, ¡y en nuestro hotel! Y nada... Cuando hemos visto que llegábamos a tiempo de comer con vosotras en el Costes hemos pasado un momento por aquí a dejar unos papeles y nos la hemos encontrado. Nos habíamos sentado un momento a saludarla. Ella trabaja en la joyería Bulgari. No sé si lo sabías. No... claro, por qué ibas a saberlo; bien... Presupongo que no os conocíais de nada, claro, pero, mira —me dice como si fuera a darme una gran noticia—, aprovechando el momento te puedo adelantar que ella es la «culpable» de tu regalo de cumpleaños —añade con toda tranquilidad. ¡Qué cara tiene el tío! Incluso parece divertirse con la situación.

—Así es —contesta ella mientras veo cómo le sonrío a él con descarada coquetería—. Yo soy la culpable de su regalo de cumpleaños, señora Arnau, y espero que definitivamente hayamos acertado, ¿verdad? —comenta lanzando una mirada irónica a mi marido—. Por cierto, encantada de conocerla, no nos habíamos cruzado nunca por Barcelona y ya ve... ¡Qué pequeño es el mundo! Nunca habría pensado que hoy estaría hablando con usted en París, y con el señor Arnau, claro... Pero es que el Plaza me apasiona, siempre que vengo a París me alojo aquí. Es tan... tan sofisticado... Vengo tan a menudo... por trabajo, naturalmente... que ya lo considero como mi segunda casa.

A mi lado, Inés está tan blanca que por un segundo pienso que se desmayará. Ella, que de por sí tiene un tono de piel oscuro, parece un fantasma. Con su marido no ha cruzado palabra, pero veo que lo mira con odio y con miedo. Sin embargo, reacciona más rápido que yo y agarrándome del brazo me lleva casi a rastras al ascensor, sin apenas dejar que me despida.

—¿Quién es esa tía? —le pregunto nada más cruzar la puerta de la habitación—. ¿Por qué te has quedado tan pálida? —le grito, cada vez más nerviosa. En el ascensor hemos coincidido con una pareja que conversaba muy animadamente en español. A duras penas he conseguido articular unas palabras de saludo y me he quedado muda, hasta que los hemos perdido de vista. Por eso he tenido que aguantarme hasta estar las dos solas y estoy a punto de explotar, estoy que no puedo más. Tengo que saber la verdad, y si ella la sabe, pienso arrancársela como sea.

—Bueno... —empieza vacilante—. Supongo que es la nueva adquisición de mi marido...

—¡No digas sandeces! —la corto gritando—. ¿Cómo quieres que sea la fulana de Alfonsito? Ese tacaño jamás le pagaría un vestido y un bolso así a nadie, y este hotel... ¿Tú sabes lo que cuesta una noche aquí? Sólo hay que verte a ti —añado cruelmente—. ¡Vamos, todo esto es de locos!

—¡Pues ahí sí que llevas razón! —me dice suspirando aliviada—. ¡No se me había ocurrido! Ese tacaño jamás gastaría eso en nadie que no fuera él mismo... ¡No sabes qué peso me has quitado de encima! Por un momento he pensado que...

—¡Ah!... Por eso te has quedado tan pálida. Ahora lo entiendo, tú pensabas que esa puta estaba liada con tu marido. Esta vez creo que puedes estar tranquila,

Inés. Estoy segura de que se la está tirando Javier. Demasiadas casualidades.

Y le cuento lo que me pasó en Barcelona con el Birkin de cocodrilo y la conversación con Marta en la peluquería.

—Al principio, tuve dudas... Incluso llegué a pensar que a lo mejor no era con mi marido con quien estaba liada, pensé que igual era con Alfonsito, pero en el fondo creo que lo que quería era engañarme a mí misma. Aunque ahora lo tengo claro. Es el nuevo lío de Javier. ¿Y ahora qué hago? —le pregunto histérica—. Tendría que hablar con él, ¿no? Decirle que lo sé todo, no sé... Que la deje, que si la deja lo perdono... ¡Es que esta vez los he pescado, Inés! Se supone que tendría que hacer algo...

—¡No! —me interrumpe gritando Inés—. ¿Cómo puedes ser tan tonta, Gloria? Tú no le digas nada. Haz como hago yo siempre: callar y disimular. ¿No ves que saldrás perdiendo? ¡Qué más te da! Al menos Javier es generoso contigo, no como ese cabrón de Alfonsito, que es un rata de cuidado. Les da más a sus putas que a su propia mujer. Eso sí que duele, Gloria... Cuando me entero de lo que les ha comprado y que a mí no me da ni un duro... ¡No hay derecho! Y yo trago, trago y aguanto. ¿Qué quieres que haga? ¿Que lo deje? ¡Ni hablar! Ya estoy muy mayor para cambiar de vida... Al final, sólo tienes que hacer como has hecho las otras veces: disimular. ¡Y encima aún te caerá alguna joya espectacular para callarte la boca! Como siempre, Gloria, que yo veo lo que él te regala para tenerte contenta y que no te metas en su vida. ¡Si todos hacen lo mismo! ¡Qué más da! Te tomas un Valium, un vodka o todo a la vez, ¡yo qué sé! Piensa en tu fiesta de cumpleaños. ¿Quieres echarlo todo por la borda por un calentón de tu marido? Tienes tanto que perder...

—Sí... Inés, tienes razón. La cabeza fría, como siempre —añado recuperando poco a poco la calma—. Ya se le pasará... como las otras veces, claro... Sólo conseguiría mandarlo todo a la mierda. Porque a mis cincuenta años poca cosa puedo hacer... ¡Es que encima cada vez se las busca más jóvenes! Joder... Pero... ¿tú has visto a la asquerosa esa? ¿Cuántos años debe de tener? ¿Veinte? ¿Veintitrés? Da igual... que se desfogue con ella. Así no me molestará más a mí en la cama. Al final, la señora Arnau sigo siendo yo y sólo yo, por muchas putillas que se nos metan por en medio. Claro... como tiene tanto dinero... Esas lagartas lo huelen rápido. Y él creyéndose que las tiene enamoradas. ¡Cretino prepotente! Y sí, tienes razón. No voy a decirle nada. Hago ver que me he creído el rollo del encuentro casual con esa dependienta y al final yo tengo una vida feliz, hago lo que quiero, gasto lo que

quiero y, evidentemente, no estoy dispuesta a perder nada de esto.

—¿Bajamos?

—Sí, Inés, bajamos... Y aquí no ha pasado nada... ¿verdad? Pero espera, antes voy a llamar a Marta para contarle «la sorpresita» con que nos hemos encontrado en el bar, y a ver si a ella le parece bien la decisión de disimular y no hacer nada.

—Sí, llámala, seguro que te dirá que es lo mejor que puedes hacer. Marta sabe mucho de desengaños y de que no hay que tirar por la borda nada sin haberlo meditado antes.

V

Cóctel de vitaminas antes de la comida

-Gloria, tienes cara de cansada...

—Ya lo sé, doctor. Acabo de llegar de París y, en fin, vengo agotada y con mucho estrés... La fiesta, el viaje... Muchas cosas. Por eso estoy aquí. ¿No dicen que eres uno de los mejores del mundo? ¡Pues a ver cómo te las arreglas para rejuvenecerme por lo menos veinte años! Tienes cuatro días... El sábado es mi fiesta y quiero estar resplandeciente. ¿Qué me propones? ¿Alguna técnica nueva?

—¿Cuatro días? —Carlos, el mejor cirujano plástico de la ciudad, me mira divertido—. En cuatro días veinte años. Me lo pones difícil, Gloria. Ya sabes que me encantan los retos, pero en cuatro días sólo te puedo garantizar una mejoría. Muy importante, eso sí. Pero nada más. Ya sabes que con el tiempo que hace que nos conocemos a ti no te voy a engañar. Te veo con la piel muy mate, sin brillo, y eso sí que tiene solución. Seguro.

—¿Qué me propones? Y sobre todo recuerda, ningún cardenal que no haya desaparecido el sábado. No nos lo podemos permitir.

—En ese aspecto, puedes estar completamente tranquila —me contesta muy seguro de sí mismo y colocándose esa hermosa sonrisa que tanta confianza nos inspira a todas—. Ya sabes que jamás te he fallado. Sólo tienes que confiar en mí. Como siempre. Precisamente quería llamarte, hay un tratamiento nuevo que es justo lo que necesitas. Piel cansada y con falta de luz. Esto te dejará como nueva. Es caro, eso sí, dos mil euros la sesión.

—Ya sabes que el precio me da igual —le interrumpo—. Busco resultados. ¿En qué consiste? ¿Es doloroso?

—A ver, podría infiltrarte el cóctel de vitaminas de siempre con aminoácidos, minerales y ácido hialurónico, y un poco de botox aquí —me sugiere después de levantarse y pasarme los dedos por la frente—, e incluso aquí. —Ahora me acaricia con sus manos de hábil cirujano las arruguitas que tengo alrededor de los ojos—. Pero insisto en que lo que yo te propondría es, además de esas inyecciones como siempre... si mal no recuerdo debe de hacer un mes y algo que estuviste aquí —dice consultando mi ficha, que le acaba de traer Eva, su secretaria-enfermera de toda la vida y que es como un muestrario de todos sus productos, toda ella infiltrada y operada—. Sí, en efecto, estuviste aquí hace un mes y medio, ¡perfecto para repetirlo! Sería eso más unos retoques de botox y la gran novedad: ¡el cóctel hoy te lo pondré mezclado con tu propia sangre! Es decir, te sacaremos sangre, la centrifugaremos y después te la inyectaremos al mismo tiempo que las vitaminas. La sangre, la tuya propia, nunca tiene rechazo y es un regenerador increíble. Después, al someterla a altas temperaturas, se formará un coágulo que aprovecharemos también como mascarilla...

—Pero ¿eso duele? —le pregunto, impresionada.

—Bueno... Ya sabes, casi nada... Esta técnica la están utilizando todas las famosas en Estados Unidos. Aquí la aplicamos pocos, pero con resultados espectaculares. No lo dudes, Gloria. Estarás fantástica.

—Bien... —le digo muy poco convencida—. ¡Adelante! Cuando quieras... No me lo quiero pensar más, pero sobre todo ¡no puedo permitirme ningún hematoma el sábado!

—Tranquila —me contesta infundiéndome seguridad—. Puedes estar segura

de que no tendrás ninguna marca el sábado. Ven conmigo —me ordena cogiéndome del brazo y acompañándome a un pequeño cubículo, al que se accede por una puerta al fondo de su despacho, asépticamente pintado de blanco y con una intensa luz fluorescente, en contraste con la iluminación cálida y las paredes forradas de madera del resto del consultorio, que le dan un ambiente mucho más relajado. En el centro de esa estancia destaca una gran camilla cubierta por papel desechable, que es lo más higiénico del mundo, pienso yo. ¡A saber a quién habrán sacado sangre antes!

—Relájate, Gloria —me dice sonriente Eva, mientras se acerca a mí con cuatro tubitos—. Aquí es donde pondremos la sangre.

—Oye, pero... ¿cuánta me vais a sacar?

—Nada, nada... Son veinte centímetros cúbicos. No te vas ni a enterar. —Viene hacia mí con una gruesa goma y me la ata con fuerza a la parte superior del brazo—. A ver... a ver esas venas. ¡Hombre, aquí parece que tenemos una preciosa! ¡Allá vamos! —Y me clava con mucho cuidado una aguja fina. La verdad es que no duele nada y la veo que va llenando esos tubitos que hace un momento me han parecido inmensos.

¡Uf! La sesión se me ha hecho eterna. Entre una cosa y otra llevo aquí desde las cinco y ya son las siete y media. Primero la extracción de sangre, luego toda esta historia del centrifugado, los coágulos y las plaquetas. Después la anestesia, una crema muy fría en la cara, que al parecer es veinte veces más potente que la que se encuentra en el mercado. Mejor que mejor... Así dolerá menos. Luego los temidos pinchazos, como agujijones de abeja que se clavan por toda la piel... Pero lo que sí dolía una barbaridad era el líquido. ¡Joder con el líquido! Es como si te abrasara por dentro. Dolían hasta los huesos. Por más hielo que te pongan y por mucho que la anestesia sea no sé cuántas veces más efectiva que la normal es para echarse a llorar. Creo que me están cayendo lágrimas, siento los ojos húmedos y veo borroso.

—Ahora ya estamos acabando —me dice Carlos, el cirujano—. Un poquitín de botox y ya está...

—Pero... ¿cómo? ¡No me digas que aún no me has puesto el botox! Oye, yo

me largo —le suelto, nerviosa.

—¡Ah! Mira que eres graciosa, Gloria. Porque sé que lo dices en broma, que si no... Venga, un par de pinchacitos más y ya acabamos.

—De verdad, doctor, termina de una vez porque si no me largo de verdad. Espero que los resultados valgan la pena... Pásame un espejo que quiero ver cómo estoy.

—Bueno... Ahora estás un poco hinchada, pero entre mañana y pasado estarás perfecta.

—A ver —insisto arrancándole de las manos el espejo a Eva e incorporándome para verme—. ¡Hostia! ¡Estoy hecha un monstruo! —exclamo al borde de un ataque de nervios. Tengo la cara completamente deformada. Los ojos hinchados y, a su alrededor, aparecen unos incipientes morados que noto que aumentan por segundos. Toda la cara está llena de puntitos rojos, incluso en el escote aparece como una gigantesca urticaria, que estoy segura que irá a más—. Pero ¿qué me has hecho? ¡Carlos! ¿Qué me has hecho? —Eva corre a cerrar la puerta, porque con los alaridos que estoy dando dudo que nadie vuelva a entrar jamás en esta consulta.

—Tranquilízate, mujer, que te va a dar algo —me dice el médico mientras me quita suavemente el espejo de las manos—. A ver... Te explico y te aclaro todas las dudas que tengas. El efecto de hoy es normal. En dos días estarás impresionante...

—¡Cómo va a ser normal! Pero ¿tú has visto cómo estoy? Esto no te lo perdonaré en la vida...

—Te juro, Gloria, que aunque ahora te parezca imposible, al contrario de lo que me dices, me lo agradecerás toda la vida. Mañana ya no tendrás la cara hinchada y pasado tu piel estará como si hubieras hecho una cura de sueño. Tersa, relajada y viva, y las arruguitas que tenías alrededor de los ojos no volverán a *aparecer* hasta dentro de seis meses, ya sabes... el tiempo que dura el efecto del botox.

—Vale, vale... muy bien —le digo intentando relajarme—, no me queda más remedio que creerte y confiar en ti. ¡Ahora ya está hecho y no podemos echarnos atrás! A mí me parece imposible eso que me dices de que pasado mañana ya estaré bien —le suelto con la voz temblorosa y a punto de llorar—, pero... ¿son las siete y

media? ¿Cómo voy a salir a la calle así? Y además tengo que ir a casa, hoy justamente ceno con los niños y con Marta. ¿Qué les digo cuando me vean así? Pensarán que me ha pegado alguien o que he tenido un accidente o yo qué sé... que me he vuelto loca si les cuento la verdad. ¿Puedo maquillarme? —le pregunto esperanzada—. Quizás con un maquillaje de esos tan espesos y un corrector de ojeras...

—Lo siento, pero hoy no —me contesta, rotundo, el doctor—. Hoy nada de maquillaje. Te vas a tu casa... No sé... Ponte unas gafas de sol como hacen todas y dentro de un par de horas te lavas la cara con agua helada, verás como los piquitos rojos de los pinchazos desaparecen. ¡Invéntate alguna excusa, mujer! Seguro que algo se te ocurre... Además, no creo que a Marta le importe que le digas la verdad. ¡Al fin y al cabo a ella también se lo hice la semana pasada y está encantada!

—¡Ah! ¿Qué? ¿Marta se ha hecho esto? Y no me ha dicho nada, nada de nada; no lo entiendo... Pero si es íntima amiga mía...

—Porque las mujeres sois así, Gloria. ¿Acaso hoy ibas tú a decírselo a ella durante vuestra cena? No, ¿verdad?

—No, claro que no. Esas cosas no se explican ni a tu íntima. Tienes razón, Carlos, pero hoy no me quedará otro remedio que comentárselo... ¡Cuando me vea así lo adivinará seguro!

—Pues mejor que mejor, Gloria, así ella te explicará su experiencia y lo encantada que está con los resultados, y ya verás como tú también te quedarás más tranquila. Seguro. ¡Ah! Y supongo que no hace falta —añade riendo— que te pida que seas discreta y que no le digas que he sido yo quien te lo ha contado, porque sé que es lo primero que le dirás cuando la veas y me vais a despellejar vivo durante unos minutos. Lo tengo clarísimo.

—¡No! ¡Qué va, Carlos! —le contesto yo, ahora también riéndome y ya mucho más relajada—, ya sabes que somos buenas chicas y que te adoramos.

—Lo sé, Gloria, lo sé. Eso es verdad, sois buenas chicas y me adoráis y confiáis ciegamente en mí, por eso os ponéis en mis manos sin dudarlo ni un segundo. Pero respecto a lo otro... ¡Sois unas criticonas de cuidado!

—¡Señora! —grita el filipino, dando un paso atrás que parece más bien un salto cuando me ve—. ¿Qué has pasado contigo? Mi has asustado con la pañuelo en la cabeza y las gafas de sol en la casa. ¿Estás enferma?

—No, Lito, ¡qué va! —le contesto intentando sonreír debajo del horrible pañuelo, con flores fucsias y naranjas, que me ha prestado Eva, la secretaria-enfermera, cuando me he negado a salir de la consulta con aquellas pintas y que ella misma me ha colocado en la cabeza, con mucha destreza, por cierto. Se notaba que no era la primera vez que lo hacía.

—Verás, Gloria —me ha dicho mientras me lo ponía y lo estiraba por delante —, así taparemos completamente la frente y parte de las mejillas. ¿Tienes unas gafas de sol grandes?

—Sí, claro que sí, en el bolso —le he respondido con una voz inaudible cuando me he visto disfrazada de musulmana—. Pero ¿y la boca? ¿Cómo tatarás la boca? —he inquirido preocupada, ya que mis labios aparecían por debajo de los fucsias y naranjas como una masa informe e hinchada, mientras le tendía mis enormes gafas de Tom Ford, que ella se apresuró a coger y a colocarme inmediatamente, no sólo para ocultar los ojos semicerrados y llenos de moratones, sino pensando, acertadamente, que al ser de cristal muy oscuro mi capacidad de visión quedaría muy reducida y así, sin ver ni torta, igual me calmaba un poco.

—¿La boca? Ningún problema, ya verás. Vamos a anudar el pañuelo encima y así te tapa la boca y la barbilla... ¡Y el cuello! —me dijo orgullosa, haciéndome girar para que pudiera comprobar en un espejo la eficacia de su trabajo—. ¿Ves? —insistió satisfecha—, no se ve nada. Ya puedes irte a tu casa tranquilamente y sin llamar la atención de nadie por la calle. ¡Ah! Y el pañuelo, sobre todo, me lo devuelves, que es mío, ¿eh?

—Sí, claro, no te preocupes, mañana te lo traerá el chófer.

«A ver si se cree que me voy a quedar esta mierda de pañuelo barato», pensé mientras observaba detenida y dificultosamente a través de mis gafas oscuras el resultado final de la operación salida. Tenía razón: verse no se veía ni un trozo de piel, aunque tampoco podría decirse que pasaría desapercibida en la calle. Yo nunca he visto a nadie de esa guisa. Porque un pañuelo en la cabeza se puede llevar un poco hacia atrás enseñando el pelo o bien tapándolo completamente hasta

la frente, pero siempre, siempre anudado o detrás o en la barbilla, creo yo. Nunca en mitad de la boca como si de una mordaza se tratara. No me extraña nada la sorpresa y el susto que se ha llevado Lito al abrirme la puerta.

—No, Lito, no estoy enferma, es sólo una alergia, y es mejor que no me dé el aire. —Lo tranquilizo hablando casi sin vocalizar porque el nudo en la boca me lo impide y además lo mojo de saliva cada vez que intento decir algo. Espero que el pañuelo fucsia y naranja no destiña. Sería el colmo.

—¡Ah! Entonces no estás enferma. ¡Uf, qué susto! ¿Tienes muchos días con la alergia?

—No, no... qué va, Lito. Tú no te preocupes, mañana seguro que ya estoy bien —le contesto para quitármelo de encima y no tener que darle más explicaciones. ¿Ha llegado la señora Marta?

—Sí. Sí, señora. La señora Marta ya estás esperando con las otras en el salón. Vas a preocupar mucho todas cuando vean a ti con la pañuelo y la alergia —sentencia, afirmando con la cabeza.

—¡Mamá!, ¿qué te ha pasado? —dicen casi al mismo tiempo mis hijos, Carla y Pablo, levantándose como un resorte del sofá.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Carla, mientras se me acerca cuidadosamente, como si tuviera miedo de que fuese a morderla o a contagiarle algo raro—. ¿Por qué llevas este horrible pañuelo atado encima de la boca?

—Carla, hija, no me ha pasado nada. Es... es un tratamiento que me han hecho para estar fabulosamente guapa el día de la fiesta y como estoy un poco hinchada me he tapado, más que nada para ir por la calle.

—¿Has ido por la calle así, con esas pintas? —quiere saber mi hijo, escandalizado. Pablo es un buen chico, pero es exageradamente correcto: no tolera ninguna estridencia, todo tiene que ser discreto, empezando por él, pienso mientras lo miro, impecablemente vestido y planchado. Creo que a sus veintiún años nunca lo he visto con unos vaqueros. En cambio, su hermana, un año menor,

es todo lo contrario. La observo y me doy cuenta de lo distintos que son. Ella es tal como viste: vaqueros rotos, camisas grandes de hombre arrugadas, ninguna prenda formal. Va por la vida desafiando. Por eso entiendo la reacción horrorizada de mi hijo al pensar que su madre se ha paseado con esta facha por Barcelona; creo que si no le doy alguna explicación más, se pondrá a gritar.

—No te preocupes, Pablo, que no me ha visto nadie. No te he puesto en ningún compromiso. Puedes estar tranquilo —le digo con ironía mientras pienso que este crío es igual que su padre—, y tú también, Carla —prosigo mirándola a ella—, que si me ha visto alguna de tus amigas no me ha reconocido seguro. Además, estoy de acuerdo contigo: el pañuelo es horroroso, pero —añado— si me lo quito, lo que vais a ver me temo que es peor. Marta —le digo a mi amiga, que me observa divertida y tan tranquila, sin moverse de la butaca en la que ha estado sentada todo el tiempo—, ¿tú no me dices nada?, ¿no te preocupa mi aspecto? ¡Qué mala amiga! —añado con cachondeo.

—Sí, Gloria, sí te voy a decir algo: te puedo garantizar que el sábado vas a estar espectacularmente guapa. Seguro. He reconocido el pañuelo.

Y las dos nos reímos a carcajadas, mientras mis hijos se quedan con cara de idiotas, sin entender nada y pensando que nos hemos vuelto locas.

VI

¡Por fin llega la fiesta!

-Carla, nena —le digo con voz cansada, mientras respiro una y otra vez, hondo y profundamente, para intentar relajarme—, ¡estás guapísima! No sé qué más quieres que te diga para que me creas. Llevamos horas, casi toda la tarde, dándole vueltas al mismo tema, de verdad ya no sé qué hacer para convencerte, me has dejado sin argumentos... ¡Y, por favor, deja de estirarte el vestido por todos lados! ¿No ves que al final te lo vas a cargar? Entonces sí que la habremos liado de verdad...

Creo que voy a llorar, o a gritar o a... no sé... ¿a estrangularla? «Menos mal que me he tomado ya un Valium y me he bebido dos copas de champán», pienso mientras me sirvo otra de la cubitera de plata llena de hielo que está en la mesa del salón.

No, si en realidad comprendo a la niña, la comprendo perfectamente; además, ella no tiene la culpa de mis nervios y sé que no está acostumbrada a verse vestida así, que ha hecho un gran esfuerzo para complacerme y, a pesar de que se lo agradezco de todo corazón, ya empiezo a estar arrepentida de haberle insistido tanto, porque lleva horas de pie delante de mí poniéndole pegas al dichoso vestidito. Y cuando digo horas no exagero. Que si es demasiado escotado, que si me ciñe demasiado, que si me veo gorda, que si el color no me favorece... ¡Quién tuviera veinte años y su cuerpo! Y encima se queja... Si no se calla pronto, creo que le daré un bofetón. ¡No puedo más!

Sin embargo, y haciendo un gran esfuerzo, me armo de paciencia y le sigo la corriente como puedo, que a estas alturas ya es difícil, pues la enviaría directamente a paseo, e intento convencerla de que está monísima, cosa que es verdad; y de que dentro de una hora tendremos a los primeros invitados en casa y nos van a pillar así, a ella llorando y a mí respirando ruidosamente para relajarme,

tal como me ha enseñado a hacer Lola, mi yogui, aunque en estos momentos, la verdad, no estoy apreciando ninguna mejoría, al contrario, creo que cada vez estoy más nerviosa; trato también de que vaya a maquillarse un poquito, aunque a su edad no le hace falta demasiado, y sobre todo a calmarse. Eso, por descontado, es lo más importante, le insisto. Calmarse de una vez.

Cuando al fin logro convencerla, creo que por agotamiento, de que está espectacular y de que será sin lugar a dudas la más guapa de la fiesta, se va a su habitación en compañía de la maquilladora, que ha venido a buscarla, y yo aprovecho para tomarme otra copa de champán, ahora que estoy sola y no me ve nadie...

Necesito relajarme como sea, y esto siempre ayuda. Si me ve Javier, me echa la bronca fijo, y tengo que reconocer que esta vez con razón, porque si sigo bebiendo a este ritmo no sé cómo acabaré en la dichosa fiesta. «Borracha perdida, seguro», pienso mientras me miro en el espejo veneciano de cuerpo entero que hay en el recibidor. Lo que veo no me desagrada: una mujer madura, pero que no aparenta ni de lejos los cincuenta que cumple hoy. Un buen cuerpo y una cara radiante, gracias a mi amigo el doctor. ¡Y yo que no me lo creía! Pobre... con el numerito que le monté en la consulta... «Hoy le pediré disculpas de nuevo, cuando lo vea en la fiesta», pienso.

En el cuello, el fabuloso collar de diamantes que me ha regalado Javier me ilumina aún más el rostro. «Si la cara es el espejo del alma, nadie diría lo que estoy pasando por dentro...», me digo mientras me río a carcajadas yo sola. Creo que ya estoy un poco entonada. Mejor. Acaricio el collar con los dedos. Es una auténtica maravilla y sé que le habrá costado una fortuna. Estoy segura de que él, en el fondo, aunque a veces sea difícil de entender, sigue enamorado de mí. De lo contrario no me habría hecho este regalazo. Lo de la furcia ya debe de ser agua pasada, me repito para convencerme. Seguro. Ya es agua pasada, ni siquiera debe de acordarse de ella. Son como un juguete nuevo para un niño caprichoso que lo tiene todo. Las usa y las abandona por otra. Se cansa enseguida, con todas hace lo mismo, no sé ni por qué esta vez me ha dado por preocuparme. Siempre ha sido igual. La única que ha durado a su lado soy yo y pienso quedarme con él para siempre. La única. La señora de Arnau, que hoy da una fiesta de cumpleaños para doscientas personas en su maravillosa y espectacular casa de Pedralbes, envidia de todos los que hoy estarán aquí y una de las más exclusivas de la ciudad, sigo siendo yo, le aclaro como si se tratara de una crónica social a la imagen que se refleja en el espejo. Y por muchos años... añado, alzando la copa de champán y

brindando conmigo misma.

Me recuesto unos minutos en el sofá con los ojos cerrados para relajarme, antes de ir al jardín a supervisar todo el montaje... ¡Menuda movida hemos organizado esta vez! Aunque tengo una confianza total y absoluta en Paco, el decorador de eventos, y en Nuria, mi amiga y dueña del *catering*, sería incapaz de no echar un último vistazo antes de que lleguen los invitados; siempre hay detalles que sólo yo aprecio y sé que para ellos también es importante mi aprobación. No es la primera fiesta que montamos juntos, ni mucho menos, y tengo muy buen *feeling* con los dos, sobre todo con Paco, que es una pasada en su trabajo, un diez sin lugar a dudas, aunque esta vez reconozco que para él ha sido un reto... ¡Celebramos mis cincuenta años! Y quiero la fiesta más espectacular que se haya visto nunca en Barcelona. Sofisticada, original, pero sobre todo teatral. He convertido mi casa en un escenario; incluso yo misma estoy acojonada de lo que he inventado esta vez, algo que, por supuesto, todo el mundo recordará mientras viva. Ya sé que después me pondrán verde todas esas cotillas histéricas, pero ya estoy más que acostumbrada a que me tengan celos. A menos que esta vez, si me critican, sea porque les he dado tema de sobras... Que hablen de mí hasta que revienten. Se morirán todos de envidia con lo que les espera, ¡no se lo pueden ni imaginar!

Me ha durado poco el descanso. A mi lado, una voz interrumpe mis pensamientos; es Imelda, que me coge del brazo suavemente, pensando que estoy dormida.

—Siñora, siñora —me dice bajito, como si no quisiera despertarme, cuando en realidad es lo que ha venido a hacer—, la siñora Nuria y el siñor Paco mi dices que por favor hay que venir a la jardín para ver la... la... la... ésta, ¿cómo se dice? No sé qué de la montaje de la fiesta. No sé, no li has entendido muy bien la qué. Más mejor que tú vayas ahora, el siñor Paco estás muy nervioso.

—El señor Paco siempre «estás» muy nervioso antes de empezar la fiesta — le digo yo hablando ya como ella sin darme cuenta—, no te preocupes, Imelda, seguro que no pasa nada, sólo que hasta que no salga y le diga que todo está perfecto y que me encanta no se relajará. Ahora mismo voy. —¡En fin, así es Paco! Un genio en su trabajo, pero con el estrés típico del día de estreno—. Por cierto,

Imelda, saca las trufas al jardín en bandejas de plata, las que utilizamos siempre.

Esto no lo cambio de ninguna manera: esas bandejas son ideales para mis trufas, ya son un clásico en mi casa; creo que si las sustituyera y las pusiera en otras no parecerían tan exquisitas. Son de plata repujada, grandes y pesadas, con asas en cada extremo para sujetarlas, un verdadero trabajo de orfebrería. Las compré en un anticuario y, aunque me costaron una fortuna, hasta Javier me felicitó por la presentación el día que las estrené. Hoy por un momento he estado tentada de hacer un cambio y servir las en unas fuentes doradas, pero no, me he dado cuenta a tiempo y estoy segura de que acertaré. Eso sí, ahora se trata de encontrar el lugar ideal para colocarlas, el mejor rincón del jardín, donde las vea todo el mundo. Sólo faltaría que la gente no se enterase... ¡Con el trabajo que me ha dado hacerlas! Y me gustaría saber la opinión de Paco y de Nuria; seguro que me aconsejarán bien. Las trufas de chocolate son mi aportación personal a la fiesta, me quedan maravillosas, como todos los postres, claro; pero me resulta más fácil hacer eso que un pastel. Bueno, más fácil no... Igual, pero yo sé que todo el mundo las encuentra deliciosas y a mí no paran de lloverme felicitaciones por lo buena cocinera que soy. Me voy a marcar un puntazo habiéndolas hecho hoy, con todo el follón de organización que tengo y me he pasado horas y horas en la cocina. Pero yo sé que merece la pena continuar manteniendo la leyenda de Gloria *la* Superwoman. Aunque me odien por lo perfecta que soy en todo, no les queda más remedio que admitirlo. «Gloria la Superwoman», me repito, y lo digo en voz alta, orgullosa de mí misma.

Desde donde estoy ahora sentada, justo delante del jardín, no pierdo detalle de todo lo que está pasando allí y disfruto de cada segundo, constatando satisfecha cómo va tomando forma mi sueño y se va haciendo realidad. Será la mejor fiesta del año, estoy absolutamente convencida. ¿Del año? ¡La mejor de todos los tiempos! Seguro. Observo a través de las cristaleras, con mirada crítica y sin perder detalle, el ajetreo que hay allí en ese momento: camareros apresurados y vestidos de frac negro que se dirigen a la carpa que está al fondo, unos llevan cubiteras de plata, otros bandejas con copas de cristal de Baccarat, todos guapísimos, parecen actores de cine... En realidad, es posible que algunos sean auténticos actores de cine, de segunda o tercera fila, claro, si no, evidentemente, no estarían hoy aquí trabajando de camareros. Fue una de mis exigencias, dije que quería que sólo vinieran chicos y que estuvieran buenísimos. ¡Y lo están, vaya si lo están! Ninguna mujer. Ninguna competencia añadida.

Paco se volvió loco cuando se lo dije, primero de preocupación, porque con tan poco tiempo no sabía dónde encontrar modelos o actores que sirvieran a los

invitados con la profesionalidad de auténticos camareros; pero lo consiguió, después de buscar y rebuscar en varias agencias. Y después se volvió loco de alegría... ¡Lo que se divirtió con la selección! Paco es gay, y se pasó quince días rodeado de chicos guapos a los que dominaba a su antojo: «Tú sí, tú no, tú... no sé; tú, ya veremos...». Cuando me lo explicaba, se partía de risa: «¡Qué sensación de poder, Gloria! ¡No sabré nunca cómo agradecerte esta gran idea!»; yo creo que incluso se enrolló con más de uno. Eso no me lo ha dicho, pero tengo mis sospechas, he captado algunas miraditas y gestos... ¡Sobre todo, ninguna mujer! Hoy quiero que la única que atraiga todas las miradas de admiración sea yo.

Cocineros vestidos de blanco impoluto con el clásico gorro de chef, alto y plisado, cargados de bandejas con aperitivos. Y en el centro Paco, como si de un director de cine se tratara, dirigiendo a todos y discutiendo a voces y con grandes ademanes con un par de técnicos —totalmente fuera de lugar con sus sucios monos de trabajo en medio de este escenario de sofisticación y lujo que los rodea—, que aguantan estoicamente la bronca que les está cayendo.

Salgo. Pongo un pie en la alfombra roja y siento un cosquilleo en mi interior. Como activada por un resorte, me crezco y levanto la barbilla. Hombros hacia atrás... ¡Por Dios! Si ahora ya me siento así, ¿qué pasará cuando lleguen los invitados y empiece la fiesta? Me moriré de placer, soy tan feliz de ver todo lo que me rodea... Y todo en mi honor. Soy poderosa. La que más.

La alfombra roja se ondula suave bajo mis pies, se adapta perfectamente a mi andar, a mis *stilettos* de Jimmy Choo; parezco nacida para pisarla.

Se me ocurrió la idea semanas atrás y fue como un *flash* que me vino a la mente.

—Pondremos una alfombra roja justo donde empieza el jardín —le dije a Paco—, una larga alfombra roja que acabe en la carpa que estará al fondo, donde montaremos las barras de bebidas y aperitivos. ¡Como si fuera la noche de los Óscar! —Las palabras salieron de mi garganta casi sin tiempo para articularlas—. La carpa la quiero como una marquesina, como esas que se ven en las pelis de Nueva York. Roja, tiene que ser roja. Roja y dorada y... al lado ¡un *photocall*! —¡qué magnífica idea se me acababa de ocurrir!—, donde los invitados se harán una foto nada más llegar. Solos. Yo me reservaré para el final. La diva siempre llega la última. ¡Los Óscar en mi casa! Y yo, la ganadora.

—Eso... eso... eso es ¡fantástico! —me contestó Paco emocionado—. ¡Tu jardín será Hollywood! ¡Qué buena idea, Gloria! Sí. Una alfombra roja y a los lados unos cordones de seguridad de terciopelo rojo, como si quisiéramos que el público no pasara y...

—¡Espera! —le interrumpí yo—. ¡Ya lo tengo! Detrás de los cordones de seguridad, unos figurantes haciendo de público y cámaras y fotógrafos, ésos de verdad. ¿Cuántos teníamos contratados para la fiesta?

—Dos cámaras para grabar y dos fotógrafos; podríamos añadir un par más, para el momento de la entrada y para el *photocall*. ¡Qué pasada, Gloria! ¡Qué pasada!

Sigo andando por la alfombra roja, como si fuese un ensayo general. Sólo falta la música, pero yo ya la siento dentro, como si sonara de verdad. ¡Otra gran idea mía!

Cuando el primer invitado ponga un pie en la alfombra sonará a todo volumen el *Réquiem* de Mozart, después el *Mesías* de Haendel y luego un poco más de música sacra. Y a continuación... a continuación, por ejemplo, ópera, pero sólo algunos coros de las más conocidas; prefiero que sea todo coral, le dará más fuerza, le dará ese aire sofisticado pero con nivel que estoy buscando. Perfecto, ésa es la idea, aunque sólo para la llegada de los invitados. Cuando entre yo, quiero que se apaguen las luces, se enciendan unos focos que me iluminen sólo a mí y, entonces, ¡cambio de música total! Un instante de silencio para captar la atención de todos y... ¡Que suene a todo volumen *Gloria*, de Umberto Tozzi!

Gloria, faltas en el aire,

Gloria, falta tu presencia,

Gloria, cálida inocencia,

faltas en mi boca

que sin querer te nombra

y escribiré mi historia

con la palabra Gloria...

Entonces será cuando entraré yo. Ya hace días que tengo pensada esa escena y no paro de imaginármela; incluso la sueño por las noches. Será alucinante.

—¡Fantástico, Gloria! ¡Qué pasada! Los vamos a dejar a todos con la boca abierta y... y espera —me dijo Paco al borde de un síncope—. Ya lo tengo. Los fotógrafos, los figurantes, todos esos que desaparezcan cuando haya entrado el último invitado, que sólo queden los fotógrafos de la fiesta. Y ahora viene lo mejor: a los lados, detrás de los cordones de seguridad, pondremos mesas redondas con manteles de terciopelo rojos y candelabros dorados, pequeñas, de seis personas. No. Mejor de cuatro, para que los invitados puedan observar y comentar relajadamente todo el *show* que se organiza con los que entran, con los que se hacen fotos en el *photocall*, con los que se saludan... disfrutando al mismo tiempo del aperitivo y del espectáculo que ellos mismos ofrecerán con sus vestidos, sus peinados, sus joyas. Y... y cuando los últimos hayan llegado, justo antes de tu aparición estelar, cuando se vayan los figurantes, serán ellos mismos quienes sin darse cuenta ocuparán su lugar. Se levantarán involuntariamente, atraídos por el cambio de música, y se colocarán a ambos lados de la alfombra, según donde estén sentados, para aplaudirte y felicitarte cuando aparezcas. La música, la iluminación y tú como una diosa en todo su esplendor harán que se vuelvan locos. Provocaremos el delirio, ¿qué te parece? Será sublime, surrealista. Nadie olvidará jamás el día que la superincreíblemente-fantástica Gloria de Arnau cumplió cincuenta años.

—¡Pero qué pinta de putilla tiene la hija de Cuchi! —le digo hablando bajito a Marta como si pudieran oírnos, lo cual es imposible debido a la distancia a la que nos encontramos y al grosor del doble cristal que nos protege. Estamos las dos sentadas, tras la cristalera que hay en el comedor. Desde allí podemos observar y criticar a todos los invitados sin ser vistas, es una costumbre que tenemos desde

siempre. La gran palmera que hay en el jardín nos hace invisibles a cualquier mirada, aparte de que cuando entran todos se dirigen al fondo, donde está la marquesina hollywoodiense y el *photocall*, y nadie mira hacia atrás. Esta vez, con lo de la alfombra roja, nos lo estamos pasando mucho mejor, pues vemos la cara de sorpresa que ponen todos cuando llegan. La seguridad con la que caminan unos y lo cortados y patosos que parecen otros... ¡Qué risa! Nos estamos divirtiendo como locas. ¿Y en el *photocall*? Madre mía... Pero si los hay que hasta se llegan a creer que son famosos de verdad. ¿Y el invento de última hora de Paco, poner un par de chicos con micros entrevistando a los invitados...? «¡Además, eso quedará para la posteridad!», le digo a Marta destornillándome de risa. Los invitados, una vez superada la sorpresa inicial, se lo toman como si en realidad fueran auténticos aspirantes a los Óscar. ¡Cómo nos reiremos cuando escuchemos sus respuestas a las absurdas preguntas que hemos estado ideando! Me muero por ver el DVD, tengo que decirles que no corten nada, lo quiero íntegro, qué fuerte...

—¿La niña de Cuchi, dices? Más bien diría que tiene pinta de camarera de puticlub —comenta Marta riéndose a carcajadas—. A mucho más no llega, la pobre... ¡Ya le gustaría, ya...! Se ve que es una pieza de cuidado: ¡guarrilla y tonta! ¿Pero no ves cómo va su madre? ¡Parece que vaya disfrazada de gallina! ¿Quién le habrá aconsejado esas plumas en el chal y en el vestido? ¿No ve que es excesivo? O en un sitio o en otro, pero todo lleno de plumas..., en cualquier momento echará a volar, a volar...

—¡Más que gallina parece un pavo real! —suelto yo en mitad de un ataque de risa—. Aún hay categorías. ¡Pero si hasta lleva plumas en los zapatos! ¡Qué manera de destrozar ese Valentino! Si el pobre hombre lo viera, se suicidaría... Realmente debe de estar convencida de que lleva un *total look*: plumas, plumas y más plumas por todas partes —digo sin poder parar de reír—. Seguro que hasta el... ya sabes... —no puedo acabar la frase de tanto como me río— lo lleva lleno de plumas. ¡Plumas hasta en el mismísimo...!

—¡Por Dios! ¡Qué bestia eres! ¡Plumas en el coño! —exclama Marta, que no tiene pelos en la lengua, muerta de la risa.

—¡Chist! ¡Cállate, que nos van a oír! —le digo agarrándola del brazo—. Mira, mira quién entra ahora, no te lo pierdas. —Y la vuelvo a sacudir de nuevo, la verdad es que estamos las dos como una cuba... Bueno, yo más, pero Marta tampoco se priva de nada, la botella que nos hemos traído a nuestro escondite ya está casi vacía—. Son Alfonsito e Inés. ¿Pero de qué va vestida ella? ¿Es un disfraz?

—le pregunto a Marta, intentando hablar en un tono más serio—. ¿Se ha disfrazado para una fiesta de cumpleaños? Debe de aprovechar el vestido de carnaval... No me extrañaría nada, con lo tacaño que es él...

—¡De María Antonieta! ¡Va de María Antonieta! —suelta la otra sin parar de reír—. ¿Te lo puedes creer? Debe de ser un Lacroix de hace decenas de temporadas. ¡Otro diseñador que se suicidaría si lo viera!

—La bajita, gorda y tetuda, con el Dolce & Gabbana de leopardo, que está hablando con mi hija y con nuestro doctor, ¿quién es? Se la ve muy jovencita, pero no la sitúo...

—Es Cuquita, la hija de los Fontcuberta. Es una cría, debe de tener la edad de tu hija más o menos.

—Una cría de foca. Eso es lo que es. Parece mentira que su madre, que es monísima, no la aconseje un poco más; porque las cosas como son, Lucía es guapa y tiene clase, mírala, ahí está, hablando con Luis, mi entrenador, aunque no sé de qué deben de estar hablando, porque todo lo que tiene de guapa lo tiene de corta, es subnormal perdida, aunque hoy a ella tampoco la veo muy bien, debe de haber pasado mala noche —añado sarcásticamente—. Dicen que su marido le pega cada paliza...

Lo que tienen que aguantar algunas por un buen bolso. No me extrañaría nada que fuera verdad, fíjate qué pinta de nazi tiene él —le indico señalándolo con el dedo—; de todas maneras, la niña es igual que su padre, rechoncha y cabezuda. La tendrían que retocar un poquito...

—¿Un poquito dices? Mira que eres buena persona, Gloria. La tendrían que rehacer de nuevo, no hay nada aprovechable —contesta Marta riendo.

—¡Un poquito de cada sitio! O sea, entera, quería decir. Por eso debe de estar hablando con nuestro doctor, lo que no pueda hacer él... Aunque lo que esa niña necesita es más bien un milagro... Mira qué mona está mi hija a su lado; le da mil vueltas, delgada, elegante, con clase.

—A su lado y sola —me interrumpe Marta—. Tu hija es preciosa, igual que tú. Y el vestido, perfecto para su edad y para la ocasión. Muy bien escogido —añade sonriendo—. Venga, Gloria, creo que todos los invitados ya están aquí. Ha llegado el gran momento. Tu momento.

—¿Qué tal estoy? —le pregunto mientras me levanto y giro sobre mí misma, sabiendo de antemano lo que me contestará. El vestido, de lentejuelas doradas, se ciñe a mí como una segunda piel. El escote palabra de honor deja a la vista unos hombros perfectos, que me han costado duros meses de gimnasio. Ni un atisbo de barriga, ni un pequeño michelín. Sé que me lo he ganado a pulso. Toda una vida de sacrificios para llegar a este día perfecta, soy consciente del resultado y me recreo en él. Ha valido la pena.

—Espectacular. Estás radiante. Vas a dejarlos a todos con la boca abierta. Adelante —me dice simulando una reverencia—, la corte espera a su reina.

Ahora sí. Ahora sí estoy de verdad en la alfombra roja. Un pie, otro y ya está, empieza el desfile. Las primeras notas de *Gloria* resuenan con estruendo en todo el jardín y me dan la orden de empezar a andar. Cuidado. He bebido un poco, ¿un poco demasiado? ¿Un poco mucho? Ese absurdo pensamiento me produce risa y suelto una carcajada mirando a ambos lados de la alfombra. Nada más faltaría que me pegara un tortazo el día de mi aparición estelar... Me paro y recojo un poco la cola del vestido con una mano para no pisármela. Demasiado larga. Sin embargo, el efecto sobre la alfombra es alucinante, aunque espero no caerme. Todo controlado. Avanzo, avanzo tranquila y segura. Ya está, ahora sí. Todo controlado. El vestido, de color dorado, lanza mil destellos cuando los focos me iluminan. Sonrío de nuevo, ahora más serena, y aprovecho para saludar a amigos y conocidos con la mano. Algunos me cogen el brazo, quieren besarme; «Gloria, qué guapa estás, divina, espectacular», «¿Has visto el traje? ¡Qué pasada! ¡Qué locura!...». Los comentarios no cesan a mi alrededor y yo sigo avanzando majestuosa al son de la canción. Al final del camino están mis hijos, esperándome para hacerse la foto conmigo en el *photocall*. «Mamá, pero ¡qué guapa estás!». Es Carla, ella sí que está guapa, radiante, divina. «Mamá, ¡felicidades!». Es Pablo... Pero qué guapísimo está con su esmoquin, y qué elegante. ¿Dónde está mi marido? No lo digo, lo pienso; pero... «¿Dónde está papá, niños? ¿No íbamos a hacemos la foto los cuatro juntos?». Ahora sí lo digo. Tranquila, tranquila, todo saldrá bien, no puede fallar nada, es mi noche. ¡Ah! Míralo, ahí viene. ¿Pero dónde estabas, Javier? Casi no nos hacemos la foto juntos... Ya está. Los cuatro, como tiene que ser. ¡Qué feliz soy! ¿Se puede pedir más a la vida?

He perdido la noción del tiempo, pero ya deben de haber pasado horas desde que Marta y yo salimos de nuestro escondite y de mi apoteósico desfile por la alfombra roja; sin embargo, la fiesta está sólo empezando y después de mi entrada triunfal sigo ejerciendo a la perfección mi rol de anfitriona, un poco borracha, eso sí, pero ya se sabe, en este tipo de fiestas cuanto más bebes más simpática y divertida te encuentra todo el mundo. Además, una vez acabada la cena, que ha transcurrido a la perfección, y al ver la marcha que ya lleva casi todo el mundo, me doy cuenta de que no soy la única: a mi alrededor todos empiezan a estar bastante alegres, por no decir que algunos llevan ya una buena trompa. En realidad no sé por qué me he preocupado tanto de la comida, si al final nadie prueba bocado. Alcohol. Eso es lo que quiere la gente. Alcohol.

—Gloria, venga, que vamos a hacemos una foto con los Martí. —Marta me coge del brazo y me siento arrastrada a la mesa de los Martí; la gente ya está empezando a levantarse para pasar a la espectacular discoteca que hemos montado para la fiesta al otro lado de la marquesina y a la que no le falta detalle, como si toda la vida hubiera estado allí, cuando hace unas horas no existía y mañana habrá desaparecido. ¡La magia de la decoración efímera de las fiestas! Sólo por unas horas, pero creamos la fantasía que siempre quisimos vivir. Las largas mesas italianas dispuestas para treinta comensales cada una, a ambos lados de la piscina, empiezan a vaciarse. Es el momento en el que la gente se cambia de mesa y se reúne con los amigos con los que no ha podido estar durante la cena para la última charla cómodamente sentados.

Los manteles dorados, los candelabros de plata, como los cubiertos, y los platos rojos y brillantes captan la luz de las velas y la reflejan dándole al jardín un aire un poco espectral; de nuevo se acercan a mí amigos y más amigos que no paran de saludarme y de felicitarme por todo: por la fiesta, por el *catering*, por mi cumpleaños, por mis trufas, por lo guapa que estoy... Menos mal que cuando me ha venido a buscar Marta ya había tenido tiempo de tomarme otro Valium, porque cada vez me siento más agobiada. ¡Quién me mandaría a mí meterme en este berenjenal!

Al principio fue divertido, la gente llegaba, me saludaba, nos besábamos y hablábamos de lo guapos que estábamos todos: los niños, Javier, ellos, yo, vaya...

todos en general, y además todo el mundo quería brindar conmigo, venga a beber champán. ¡Un brindis por Gloria, que siga igual de guapa que hoy! ¡Claro que sí! ¿Por qué no? ¡Venga otro brindis! Por el amor, por la felicidad, por la fiesta, por ti, por mí, por todos... ¡Claro que sí! A brindar y a beber, que así nos animamos, ¿verdad? Al final hemos llegado al lado de los Martí, los veo como a través de una bruma; a su lado también está Carla. «¡Qué guapa estás, hija!», creo que le digo, o le grito... A lo mejor he gritado, porque se me acerca gesticulando, me hace señas para que hable más bajo. «¿Lo ves?», le digo intentando controlar la voz, «¿Lo ves como yo tenía razón? Estás guapísima». Y ahí noto que empieza a costarme hablar, «guapíísiima», le repito, deletreándolo para demostrarle que soy capaz de decirlo bien.

—Vale... vale, esto... Mamá, ven conmigo —me dice apartándome del grupo—. ¿No crees que ya has bebido bastante? Te estás poniendo en evidencia...

—¿Yo? ¿Por qué? —replico soltándome de su brazo y perdiendo el equilibrio—. ¡Uf! Estos tacones... Con el césped ya se sabe, es porque se hunden, ¿lo ves? —murmuro mientras intento levantar un pie para enseñarle que los tengo clavados.

—Mamá, pero ¿qué haces?

—¡Que se va a pegar una hostia! —oigo que exclama alguien a mi lado. Noto que me agarran con fuerza de un brazo.

—¡Ah! ¿Eres tú, cielo? —le digo a mi hijo, que por lo visto acaba de salvarme de una caída espectacular en medio del jardín—. Son los tacones.

—¡Qué coño van a ser los tacones! —me suelta Pablo muy enfadado—. ¡Estás como una cuba! Para de beber o no llegarás ni a soplar las velas. —Me arranca la copa de champán de la mano hecho una furia—. ¡Qué vergüenza! —exclama ofendido.—Vale... vale. No te pongas así —musito arrastrando las palabras—. Me voy a sentar un rato y se me pasa, ya verás. Total, tampoco he bebido tanto, han sido unos brindis y nada más, no hace falta exagerar —les digo intentando enfocarlos a los dos, pues los veo algo borrosos. Me cogen uno por cada brazo y me llevan casi en volandas.

—Aquí estarás bien —decide Carla sentándome en la silla que su hermano acaba de traer.

—Además en este rincón no te va a ver nadie —añade su hermano

tendiéndome un vaso—. Toma, bébete esto, que te irá bien. Es Alka Seltzer —me aclara, como si a mí me importara algo.

—Sí, tómatelo —ordena Carla—. Y cuando acabes te tomarás un par de cafés. A ver si conseguimos que se le pase la cogorza —le dice a Pablo, como si yo no estuviera delante—. Mamá, ¡estás como una cuba! —añade. Será para que yo me entere bien de lo que me pasa, como si fuera imbécil y no me hubiera dado cuenta; pero soy obediente y me lo tomo todo, para que se larguen y me dejen en paz.

—¿Dónde te habías metido, Gloria? Te estaba buscando para despedirme, la cena ya se ha acabado. No queda nadie sentado en las mesas y ahora el resto ya es cosa de Paco. Quedarán los camareros para las bebidas y te dejo un cocinero que preparará la barbacoa que serviremos dentro de un par de horas más o menos. Ya sabes, el resopón, que es lo que la gente se come más a gusto en las fiestas. Llevas desaparecida un buen rato, ya empezaba a preocuparme, pero Luis me ha dicho que sabía dónde estabas y ha venido a buscarte. —Es Nuria, la perfecta organizadora del *catering*, la que ahora me está riñendo cariñosamente.

—¡Vaya por Dios! ¿No habré montado el numerito? —le digo, ya mucho más despejada—. Es que había bebido un poco, y se ve que me ha sentado mal, estaba algo mareada y me he echado un ratito dentro, a ver si se me pasaba. ¿Se ha dado cuenta alguien?

—No, qué va, no te preocupes. A estas horas ya suelen estar todos bastante alegres y nadie se entera de nada, todos van a su bola y sí, es verdad que algunos te han estado buscando, pero al cabo de un momento ya ni se acordaban... Las fiestas son así. ¿Y tú? ¿Ya estás mejor?

—Sí, muchísimo mejor, y lamento haberte preocupado. Mira, me voy a tomar una copita de champán —digo mientras cojo una al vuelo de una bandeja que me ofrece un camarero— para celebrar que ya estoy mejor —le digo bebiéndomela de golpe—. Y ¡espere! —ordeno al camarero, que aún no había tenido tiempo ni de alejarse, antes de coger otra de la bandeja—, y ésta es para animarme un poco. ¿Ves? Ahora sí que me encuentro mucho mejor.

Del fondo de la pasarela surge como una aparición una mujer que parece

salida de una película de Hollywood. A pesar de la poca luz, puedo ver que es joven, morena y que camina sinuosamente como una auténtica profesional. Me sorprende, no recordaba ninguna actuación más para esta noche. Miro a Nuria, alzando las cejas de manera interrogante, pero veo que tampoco sabe nada; niega con la cabeza y desvía la mirada rápidamente. Me coge del brazo y me dice: «Vamos, Gloria» mientras intenta arrastrarme hasta la marquesina. Allí, todos los invitados están también pendientes de esta aparición. La miro de nuevo y a medida que se va acercando, aun habiendo poca luz, puedo ver que es alta, muy alta y delgada. Camina segura y convencida de sí misma, como si lo hubiera estado ensayando horas y horas para no tener ni un fallo. Andares de gata. Sexis y sugerentes. Nos tiene a todos en vilo. Ahora puedo ver que lleva un ceñido vestido rojo que la envuelve como una segunda piel. Pasa por mi lado y me dirige una mirada de desdén, mientras va al encuentro de mi marido, que la coge rápidamente del brazo y se la lleva aparte, ante la mirada atónita de todos mis invitados. ¡Es ella! La fulana de Javier. Pero... ¿qué hace esa tía en mi casa? No puede ser... Esto es increíble. ¿De verdad que es ella? Lo es, sin lugar a dudas, y acaba de pasar por delante de mí contoneándose provocadoramente y sonriendo como una *starlette* de pacotilla, dándose aires mientras cruzaba la alfombra roja. Mi alfombra roja.

—Pero... Pero... ¿Qué hace esa tía aquí? —le digo a Nuria, repitiendo la pregunta que me acabo de hacer a mí misma, confiando en que ella tenga la respuesta, a pesar de que por la cara de alucinada que está poniendo no creo que sepa nada. La joven que acaba de llegar a la marquesina después de su provocador desfile por la alfombra destaca sobre todos los demás porque es la única que viste de corto: un cortísimo y ceñido Hervé Léger que, además de ser rojo, de un rojo rabioso, es escotado hasta el ombligo y del que surgen dos prominentes y operadas tetas. O tengo alucinaciones o esa que está hablando ahora mismo con Javier, que la recibe como si la estuviera esperando, es la mala puta de la joyera. Y además, veo que conoce a todo el mundo, todos la saludan y le sonrían, y Javier, mi marido, la lleva cogida por el brazo y la pasea por mi casa, exhibiéndola como si fuera un trofeo... Pero ¡qué se ha creído! Vamos, ¡esto es el colmo! Ahora me van a oír.

—Gloria, tranquila, mujer —trata de calmarme Nuria, muy nerviosa—, que no pasa nada, que alguna explicación debe de tener todo esto. Ya verás como todo se aclara, no te precipites, que luego te arrepentirás... Habrá venido a decirte algo, o a traerte alguna cosa; creo que es la chica esa de la joyería, la dependienta. Seguro que Javier te lo aclarará todo cuando se lo preguntes.

—¡Pues será ahora mismo! —grito y aparto de un empujón a Nuria, que sigue empeñada en decirme que no pasa nada, como si el hecho de que la fulana de tu marido aparezca en tu casa, en plena fiesta de tu cumpleaños, vestida de putón verbenero, fuera de lo más normal del mundo y algo que yo debería aceptar con toda naturalidad.

¡Venga ya! ¿Es que nos hemos vuelto todos locos? ¡Joder! Por suerte, veo que Marta viene hacia mí, decidida a ayudarme; sin dejarla ni hablar, la agarro del brazo y le digo:

—Marta, mírame bien y no te pierdas detalle, porque ahora sí que empezará de verdad el espectáculo.

Me quito los zapatos, no sea que ahora me vaya a pegar la gran hostia, y avanzo muy digna, en su dirección, con los *stiletos* en una mano. Veo que la gente se aparta a mi paso, ya nadie intenta contenerme. Siento el silencio a mi alrededor, avanzo, avanzo, hasta que llego a donde están ellos dos cuchicheando. La situación es tensa y los invitados empiezan a acercarse para ver lo que pueda pasar, y yo, fingiéndome muy tranquila, me dirijo a mi marido. No estoy dispuesta a dejarme intimidar, ésta es mi casa, mi fiesta, y nadie tiene derecho a estropeármela. No grito, pero lo que digo lo hago articulando muy bien las palabras. Antes los miro a los dos, sobre todo a ella, la repaso de arriba abajo. Joder, es muy alta, no tenía que haberme quitado los zapatos. De repente me siento vieja, insignificante, gorda, borracha. Y muy baja. Me siento una mierda. ¡La muy cabrona lleva colgado del brazo el Birkin de cocodrilo negro! Es como un desafío, como una provocación más, que sumada a las otras hace que haga lo que no quería hacer de ninguna manera: perder los papeles. El bolso brilla y me hipnotiza. Es exactamente en ese preciso instante cuando no sé de dónde saco las fuerzas y les suelto:

—¡Largo! ¡Largo los dos de mi casa! —Y levantando un brazo muy dignamente, llamo a un camarero que está como petrificado mirando la escena con una bandeja llena de copas de champán—. Sírvame una copa, por favor —le digo—. Hoy es mi cumpleaños y quiero brindar con mis invitados.

Es entonces cuando, sin poder apartar la vista de ese precioso Birkin que la muy puta acaba de pasar provocativamente de un brazo al otro, restregándomelo por las narices, cuando de un solo y certero golpe hacia arriba empujo con todas mis fuerzas la bandeja repleta de copas de champán, ante la consternación del camarero que la sujetaba, y se la vuelco entera encima, al tiempo que cojo una y,

levantando los ojos, por fin me atrevo a mirarla a la cara. La escena no tiene desperdicio: ella está descompuesta, chorrea champán por todos lados. El pelo pegado a la cara, histérica, con grandes ademanes, se le forman chorretones de rímel negro, que parecen lágrimas que le resbalan por la cara... ¿O son lágrimas de verdad? El vestido está empapado, he acertado de pleno. Y lo mejor, el bolso gotea líquido por todas partes. Ella intenta secarlo con una servilleta que le ha dado alguien, agachada y de rodillas sobre el césped, llorando. Sí, sí, son lágrimas de verdad, mientras grita fuera de sí el nombre de mi marido, que intenta levantarla del suelo. Elevo mi copa para brindar. Me la bebo entera, de golpe, y me voy.

Como activada por un resorte, me crezco y alzo la barbilla, hombros hacia atrás, descalza, con los zapatos en una mano y la copa vacía en la otra, sin música, sin focos y sin nada... Cruzo de nuevo la alfombra roja, esta vez en dirección contraria.

Gloria, faltas en el aire

faltas en el cielo,

quémame en tu fuego,

fúndeme en la nieve, Gloria...

SEGUNDA PARTE

Y AHORA... ¿QUÉ HAGO?

VII

Reunión familiar en la cama

Me despierto sobresaltada. Las persianas están subidas y, por la cantidad de luz que está entrando, supongo que debe de ser muy tarde. Efectivamente. Me doy la vuelta y observo en el despertador que ya son las once y cuarto de la mañana. Intento incorporarme, pero siento la cabeza a punto de estallar; además noto la garganta seca, me cuesta mucho tragar saliva, tengo muy mal sabor de boca, la lengua áspera y estropajosa y una sed tremenda.

De pronto me viene a la memoria todo lo que sucedió anoche. Recuerdo la terrible discusión que tuve con Javier, cuando volvió a casa después de haber acompañado a su fulana hecha un guiñapo gracias a mi rápida capacidad de reacción. No me arrepiento para nada de haberle tirado aquella bandeja, entera, llena de copas de champán. Lo que mejor recuerdo es cuando él me dijo que esta vez iba en serio, que se iba con la otra, y la sensación de rabia e impotencia que sentí en aquel momento. Entonces fue cuando tomé plena conciencia de que no podía luchar más, de que aquello era definitivo. Esta vez yo no había perdido sólo una batalla. Había perdido la guerra.

Lo peor, lo que más me dolió, fue cuando él me dijo que ya no me quería... ¡Que ya no me quería a mí!, ¡a su mujer! Que me dejaba. Que nos dejaba. A todos, a mí y a los niños. Que se iba de mi vida para siempre porque se había enamorado. «Muy enamorado. Como nunca lo había estado», me acabó de machacar el muy cabrón. Fue como un puñetazo en el estómago y después una enorme sensación de vacío y de rabia. ¡Me sentí tan humillada...! El último lujo que me permití haciendo acopio de valor fue echarlo de casa, sin *darle* ni la oportunidad de recoger sus cosas. Le di con la puerta en las narices y le grité que se largara, que se fuera con su puta y que no volviera nunca. No, si el tío aún quería que yo me tranquilizara. «Tienes que tomártelo de una forma más civilizada», me decía; «Eso que le has hecho hoy a

la pobre Beatriz no tiene perdón y sólo te rebaja a ti». Pero ¿qué se creía el tío, que iba a invitar a la «pobre» Beatriz a sentarse a mi mesa y brindar con ella? ¡Venga ya! A la mierda él y su Beatriz. Entonces lloré. Lloré hasta que se me acabaron las lágrimas. Sola. Para no darle ni esa satisfacción.

Recuerdo que me serví un largo trago de ginebra con un poco de tónica, y luego otro, y otro, hasta perder la cuenta. Y ya no sé qué más pasó.

Compruebo que aún sigo vestida y veo que en la mesita de noche quedan los restos de un vaso sin acabar. Desde la cama puedo oler el alcohol. Esto me provoca náuseas. Siento unas urgentes ganas de vomitar, intento levantarme, pero todo me da vueltas; sin embargo, consigo llegar al baño y allí, en la taza del váter, saco todo lo que tenía en el estómago hasta quedar vacía. Me siento mejor. Incluso parece que el dolor de cabeza ha remitido un poco. Al menos puedo empezar a pensar con más claridad. Me acuesto de nuevo. Eso sí, me quito el vestido largo, que está hecho un guiñapo, y me quedo en bragas. Dudo entre meterme en la cama así o hacer el esfuerzo sobrehumano de ponerme una camiseta larga que hay tirada encima de una silla; me decido por lo último. Así estoy más cómoda.

Cojo dos Alka Seltzer del cajón de la mesita de noche, me sirvo un poco de agua de una botella que encuentro en el suelo al lado de mi cama y me los tomo incluso antes de que se hayan disuelto por completo. Bebo con avidez. Aunque la habría preferido helada, el agua me alivia el malestar; apenas he acabado de beber cuando suena el teléfono interior. Descuelgo y, antes de contestar, veo que la pequeña pantalla de plasma marca el quince, la extensión de la habitación de mi hija. Carraspeo para aclararme un poco la voz, en un intento de ocultar mi resaca, aunque no creo que a Carla eso le importe demasiado. De todos modos, cuando hablo me doy cuenta de que estoy totalmente ronca.

—Dime, Carla. ¿Pasa algo? ¿Qué quieres? Estoy tan hecha polvo que si no es algo importante no...

—Ya lo sé, mamá. ¿Puedo subir a verte?

—¿Ahora? —le contesto, preocupada por el desastroso aspecto que ofrecemos la habitación y yo.

—Sí, mamá. Ahora mismo. Bueno, me da igual lo que digas. Subo igualmente —me contesta la niña haciendo alarde de ese carácter tan impulsivo que tiene.

—Oye, nena, espera un momento, yo... ¡Vaya, ya ha colgado! Esta cría siempre tan a su aire —comento en voz alta.

No he tenido tiempo de adecentar ni siquiera un mínimo la mesita de noche cuando mi hija abre la puerta sin llamar, cruza decidida la habitación y se sienta a mi lado en una silla de cuero blanco ocupada en parte por el vestido de noche que me acabo de quitar.

—Mamá, ¡joder, qué pinta tienes! —me suelta a bocajarro—. ¿Has dormido vestida? ¿Y el otro pendiente dónde está?

—¿El pendiente? —murmuro, llevándome la mano a las orejas y comprobando que, efectivamente, me falta uno—. Y yo qué sé dónde está el pendiente, no tengo ni idea... Andará por abajo, lo debí de perder ayer. Anoche yo... yo estaba furiosa... Furiosa, no, más bien rabiosa, histérica y con ganas de asesinar a alguien. ¿Acaso no viste tú a la caradura de la tía esa al presentarse en mi fiesta? —inquiero, alterándome de nuevo al revivir la escena de la aparición de aquella asquerosa en mitad de mi fiesta, dándose aires y apoyada por mi marido. Ahora que, cuando la dejé, arrodillada en el suelo, chorreando todo el champán que le había tirado encima, llorando y hecha una piltrafa, por unos segundos tuve la sensación de que la verdaderamente humillada era ella, no yo. Jamás olvidaré esa escena. Sin embargo, la ganadora fue ella, aunque él intentó justificarse diciéndome que no era la manera en que quería habérmelo dicho y que no entendía por qué Beatriz se había presentado así en la fiesta sin avisarle ni siquiera a él de sus intenciones. Yo lo entiendo perfectamente, la muy puta sabía que así no habría vuelta atrás y que todo Barcelona presenciaría mi humillación. No obstante, el muy imbécil aprovechó para dejarme bien claro que al menos había servido de algo y que así yo ya me daba por enterada de todo y él se ahorra explicaciones. ¡Por Dios! ¡Qué cara más dura! Por supuesto que me di por enterada, yo y todos, faltaría más, no veas la que se formó. «Bueno, ahora ya lo sabes», me dijo como si tal cosa. De haber podido lo habría matado. Maldita trepa, y él, maldito idiota que aún cree que ella apareció por casualidad para darme la garantía del collar.

—Bastante más tarde —le cuento a Carla—, tu padre volvió. Una vez hubo tranquilizado a la neurasténica de su fulana, que encima dice que tuvo un ataque de ansiedad. La muy zorra... ¿O debería decir a la hipersensible de su novia? Que es lo que él me dijo que era ella... Hipersensible, ¡qué narices le echa el tío! Evidentemente ya no quedaba nadie de la fiesta. No sé quién los despidió.

—Fuimos Pablo y yo, mamá, aunque Marta y Luis también se encargaron de algunos invitados. Lo que pasa es que cuando ellos salieron, después de haber estado contigo en la biblioteca, nosotros ya habíamos echado a la mayoría de la gente. De hecho, hizo poca falta despedirlos. Se fueron pitando, acojonados. Hoy no se debe de hablar de otra cosa en Barcelona.

—Pues vaya, qué bien; quería que se hablara de mi fiesta, pero no de esta manera. Nunca hubiera imaginado que ocurriría algo así. Es como... como una pesadilla, aún no me acabo de creer todo lo que pasó. Como te estaba diciendo, papá volvió a casa más tarde, me dijo que venía para hablar conmigo, para darme una explicación... No sé qué tipo de explicación se puede dar a lo inexplicable, pero la cuestión es que quería darla. Evidentemente, yo estaba fuera de mí. Discutí con él, bueno, discutir es poco, le insulté, le dije todo lo que se me pasó por la cabeza en aquel momento, y estaba tan nerviosa que cuando al final se largó... Bueno, en realidad no se largó, lo eché yo —puntualizo—, de eso sí me acuerdo perfectamente, estuve bebiendo un par de *gintonics* para intentar relajarme y, ya ves, creo que bebí demasiado...

—¿Cuántos te has tomado? —me pregunta Carla señalando la mesita.

—Yo que sé... Dos o tres... No me acuerdo. Necesitaba relajarme...

—¿Dos o tres Valium? —grita mi hija señalando un tubo de tranquilizantes medio abierto que está detrás del vaso y que yo no había visto—. ¿Además de los *gintonics*? Pero, mamá, ¿a ti se te va la olla o qué?

—¿Cómo que Valium? Te estaba hablando de *gintonics*. ¿También he tomado tranquilizantes? —pregunto angustiada.

—No sé, mamá. Tú sabrás —me dice mi hija más tranquila—. El tubo está abierto, con lo cual yo diría que sí.

—No me acuerdo de nada... —le contesto avergonzada—. Tuve tal movida con papá que necesitaba relajarme como fuera. Ya veo que me pasé. En fin... Ahora

ya está hecho. Sea lo que sea. Estoy viva... ¿No?

—Sí. Pareces viva —replica mi hija irónicamente, pero enseguida me increpa con un tono más duro—: Se ha largado para siempre. Papá se ha ido con ella, esta vez de verdad. Acaba de llamar para comunicármelo y encima el muy cretino me ha soltado un rollo moralista de esos que les gustan tanto a él y a Pablo: que si no nos quiere hacer daño, que si se ha enamorado de verdad, que si no puede luchar contra esto, que si blablablá... Le he colgado el teléfono. ¿Sabes, mamá? No entiendo cómo un señor de su edad, un viejo, que es lo que él es, puede ser tan cretino. ¡No quiero volver a verle! Ya no lo soportaba antes... ¡Imagínate ahora, con la jugada que nos ha hecho!

—¿Te ha llamado esta mañana? ¿Qué te ha dicho? —le pregunto ya más despejada.

—Nada. Que ahora se ha enamorado locamente, eso dice él, claro, de esa especie de cruce entre mosquita muerta y putita que trabaja en la joyería. Ya sabes... La tía esa alta, guapa, morena y que debe de tener más o menos mi edad...

—Oye, Carlita, cállate, por favor. Sé perfectamente cómo es la fulana esa. No hace ninguna falta que me lo repitas. Lo sé yo y lo sabe todo el mundo, y el que no lo tuviera claro se enteró ayer cuando apareció, la muy caradura, en mi fiesta de cumpleaños. ¡Menuda jeta, ella y el baboso de tu padre! —Al recordar mi humillación, se me humedecen los ojos y me aguanto para no echarme a llorar. Cojo el Kleenex que me está tendiendo mi hija y con un movimiento automático me seco los ojos y me sueno—. Gracias —le digo y me guardo el pañuelo de papel debajo de la almohada—. Perdona que te hable así de él, sigue siendo tu padre, pero no creo que sea momento para fingir que aquí no ha pasado nada, porque lo que ha pasado es muy, muy grave, es lo peor que me ha pasado en la vida, y yo... yo no sé qué haré. No sé qué tengo que hacer, de verdad que no lo sé... —No puedo reprimir el llanto y exploto de nuevo, las lágrimas me caen a borbotones, ni los Kleenex que me va dando Carla sirven para secarlas.

—Mamá, venga, no llores más. Venga... venga, mamá, que me harás llorar a mí también. Venga... Cálmate, que ahora tenemos que ser sensatas, todo esto es muy fuerte —me contesta la niña sin dejarme terminar de hablar—. Sé muy bien qué clase de hombre es mi padre, y si en algún momento debemos desahogarnos y hablar claro es ahora. Ya llegará el día en que tendremos que ser hipócritas con los demás. Pero entre tú y yo, ¡sólo faltaría! Llámale lo que quieras, y si lo prefieres

podemos insultarle juntas. Después seguro que nos sentiremos mejor. Ya verás...

Al decirme esto, Carla se levanta y se sienta a mi lado en la cama, me coge la mano y me da un beso en la mejilla. Ahora sí que intento reprimir las lágrimas como puedo, por ella, que también está llorando.

Tengo que ser fuerte. Mi hija, la que pasaba de todo y de todos, la que parecía sólo interesada en sí misma y en su propio mundo, está intentando animarme y mostrándose más cariñosa de lo que nunca la había visto. Y mientras la observo y la veo con su pelo corto y su flequillo rebelde, vestida con unos gruesos leotardos negros con un gran agujero en la rodilla y un jersey de punto que parece salido de un contenedor de ropa usada para reciclar, tengo un instante de lucidez y pienso que debo luchar para salir adelante. Que el mundo no tiene por qué acabarse porque un hijoputa con el que has compartido veinticinco años de tu vida se largue con una tía que tiene la edad de su hija. Pero... ¿qué puedo hacer? Desde luego, volver a hablar con él, aunque esta vez sobria y serena, con la cabeza fría e intentando sacarle todo lo que pueda, porque si no, no sé cómo sobreviviré a este desastre. No tengo ni idea.

—Dile a tu hermano que suba, vamos a tener una charla sobre nuestro futuro, bueno... nuestro presente, o lo que sea. Algo tendremos que hacer, ¿no? —le digo intentando parecer convincente. Estoy totalmente desbordada y no sé ni por dónde tenemos que empezar ni nada de nada, y encima con esta resaca...

Mi hija, después de pasarme una caja entera de pañuelos de papel para que me limpie todo el rímel corrido del día anterior —que debe de darme un aspecto totalmente desaliñado y resacoso— y me seque las lágrimas, sin moverse de la cama coge el teléfono y llama a una extensión interna que corresponde a la de su hermano; habla unos segundos con él, de forma mucho más brusca que la que está empleando conmigo. «Esos dos siempre discutiendo», pienso. ¿Cuándo madurarán de una vez? Pablo con veintiuno y Carla con veinte, y así están, como el perro y el gato, como cuando eran unos críos.

—Mamá, dice que en un minuto estará aquí, que ahora sube.

—Por favor, Carla —la riño con muy poca convicción—, me duele horrores la

cabeza, intentad no pelearos como siempre; he oído cómo le hablabas por teléfono y no estoy dispuesta a aguantar vuestras tonterías, hoy no. Y, por favor, no gritéis, que creo que estoy a punto de explotar, ahora no es el mejor momento para insultos entre vosotros. Al contrario, tenemos que estar los tres unidos. No nos queda nada más.

Pablo, al contrario que Carla, llama a la puerta discretamente y espera a que le autoricen a entrar. Una vez dentro, observa horrorizado el estado en el que nos encontramos la habitación y yo. Con paso vacilante, se acerca a la cama y también se sienta en ella, pero en el lado opuesto a su hermana.

—¡Qué pestazo a alcohol! —dice, alucinado—. Mamá, pero... ¿tú te has visto?

—Hace un rato sí —le confieso—. Cuando he ido al váter a vomitar. De todos modos, ahora debo de estar peor, porque después he llorado y he...

—¿Has bebido más? —me interrumpe escandalizado, señalando el vaso de ginebra sin acabar que aún está en la mesita de noche—. Porque anoche llevabas una buena tajada cuando te dejamos en la biblioteca; pensé que te irías directamente a dormir, no estabas en condiciones de hacer nada que no fuera acostarte.

—¿A ti qué te parece? Tú eres tonto, tío —le corta su hermana—. ¡Pues claro que se ha emborrachado más! ¡Y se ha tomado pastillas! ¡Y encima no sabe ni cuántas!

—Por favor, me duele la cabeza horrores —repito, agarrándomela con las manos—. No gritéis más... Carla, ¡basta! Y tú igual, Pablo... ¡Callaos los dos de una vez! ¡Yo ya no puedo más!

Carla se muerde la lengua para no contestar violentamente, pero aun así, después de dirigir una mirada llena de odio a su hermano mayor, le dice en un tono mucho menos insolente que antes:

—Lo siento. Mamá tiene razón, estamos todos muy nerviosos y peleando entre nosotros no conseguiremos arreglar las cosas. Por mi parte, no habrá más discusiones contigo, Pablo, y yo espero la misma buena voluntad también por la tuya.

—Sí, de acuerdo, por mi parte también habrá paz. La guerra es contra papá. Nosotros tenemos que estar más unidos que nunca. De todas formas, mamá —me dice muy serio—, tendrías que procurar no tomar pastillas ni alcohol y hablar con papá lo más relajadamente que puedas.

—Es verdad —apunta Carla—, Pablo tiene razón. Yo entiendo que estés totalmente fuera de ti, pero bebiendo y mezclándolo todo con tranquilizantes no vas a conseguir nada. Vas a estropear más las cosas. Tienes que ser fuerte, para luchar y ganar.

No... si yo ya sé que tengo que ser fuerte, ¿qué me van a decir ellos que yo no sepa! Y que el hecho de beber y tomar pastillas no me ayuda en nada. Pero al menos entonces consigo no pensar. Porque es que no sé qué tengo que hacer. Jamás me habría podido imaginar que me podría pasar algo así.

Miro qué hora es y veo que ya son las doce y media de la mañana. Tengo que levantarme y empezar a organizar mi vida, el problema es que no sé ni por dónde empezar. Ahora, cuando se vayan, me tomaré un Valium, sólo uno, y será el *último*. Tengo que tener la cabeza clara. Dios mío... Mataría por una copa, pero es demasiado pronto, pareceré una alcohólica bebiendo a estas horas. Y además he decidido no beber más. Pero un Valium sí, sólo uno, para relajarme y pensar con más claridad. Bueno... Quizás un poco más tarde me tome una copa. Sí, un poco más tarde tomaré una. La última, sólo para relajarme. Tengo que tener la cabeza clara. La última. Seguro.

VIII

El contrato

-Ya está. Ya lo he firmado. Lo he aceptado todo —les digo a mis hijos mientras me dejo caer en el sofá con los papeles del contrato que acabo de firmar en la mano.

Estoy destrozada. Ni siquiera sé cuántos días han pasado desde mi desafortunada fiesta de cumpleaños. En realidad he perdido totalmente la noción del tiempo.

—Mamá —oigo que me dice Carla sacándome de mi ensimismamiento—, ¿qué es lo que has firmado exactamente? ¿De qué estás hablando?

—¿Has estado con papá? —me pregunta mi hijo, interrumpiéndola—. ¿Has firmado algo con papá y no nos has dicho nada?

—Mamá, por favor, concéntrate en lo que te estamos diciendo y contesta. ¿Qué has firmado? —insiste mi hija, sentándose a mi lado y cogiéndome el brazo con fuerza—. ¿Qué has firmado?

—Toma —le digo enseñándole los papeles que llevo en la mano—, eso, eso es lo que he aceptado. No quiero más problemas. Quiero que todo esto se acabe de una vez. ¡No puedo más! —grito—. ¡Vosotros no sabéis por lo que estoy pasando! ¡No tenéis ni idea! Lo he decidido de pronto, he tomado la decisión yo sola y lo he hecho. Ahora ya está. Por fin se ha acabado.

—Mamá, tranquilízate —me susurra Pablo sentándose también a mi lado—, venga, déjame ver esos papeles. Dámelos, por favor. —Se los doy y los hojea de un vistazo. Temo su reacción—. Pero... ¿cómo se te ha ocurrido firmar esto? ¿Sola? ¿Qué quieres decir con que lo has decidido sola? Habíamos quedado que irías con

el abogado. Teníais una cita para ir juntos mañana. ¿Por qué lo has hecho? No te entiendo...

—¡Tomad! ¡Leed lo que pone aquí y así os enteraréis de todo! —les digo levantándome bruscamente del sofá y tirando los papeles al suelo—. Ya sé que os dije que iría con el abogado, pero al final he cambiado de opinión. No quiero a nadie hurgando en mi vida privada, después él lo contará a todo el mundo, estoy segura, y todos se reirán de mí. Yo sola me valgo para tomar decisiones sobre mi vida. ¡No necesito abogados! Nadie sabe mejor que yo lo que me conviene —les contesto airada, porque estoy muy nerviosa y porque ni siquiera sé muy bien por qué esta mañana al levantarme he decidido acudir yo sola para poner fin a toda esta historia. Es verdad que les había prometido a mis hijos que no haría nada sin consultarles y ya sé que tenía cita mañana para verme con Javier y con mi abogado... Pero me ha entrado un ataque de pánico. Otro que ni siquiera es de la familia viendo mi humillación y decidiendo por mí, ¡ni hablar! Por eso he ido sola.

No quiero a nadie más cotilleando en mi vida, enterándose de todo lo que me pasa. Y para bien o para mal ya está hecho.

—¡Mamá! ¿Adónde vas? Vuelve a sentarte y lo comentamos juntos —me dice mi hija, supongo que para tranquilizarme. Pero yo sé perfectamente lo que necesito para tranquilizarme. Saco un Valium del bolso, uno no, mejor dos. ¿Cuándo me he tomado el último? Ni idea. Da igual. Me sirvo un vaso con ginebra, ¿medio? No. Lleno mejor, así el efecto será más rápido. Y me trago los dos Valium y la ginebra de golpe. Ahora voy a relajarme por fin.

—Pero, mamá... ¿qué haces? ¡No puedes tomarte los tranquilizantes de dos en dos y encima con ginebra! —exclama Carla mientras recoge los papeles del suelo y empieza a leer el contrato en voz alta.

—Al menos la casa nos la deja a nosotros, eso lo he conseguido —digo interrumpiendo su lectura y sentándome de nuevo con ellos en el sofá—. En realidad será para vosotros el día que él muera, eso lo ha certificado delante del notario, pero yo también puedo vivir aquí. ¡Algo es algo! —les comento animándome de repente.

—Sí, mamá, sin embargo aquí pone claramente que no tenemos derecho a vender ni a alquilar la casa, ni tampoco podemos vender nada de su contenido: cuadros, antigüedades, objetos de valor... hasta el día que él muera. Entonces

pasará a ser enteramente propiedad de Pablo y mía.

—Bueno, ¿y para qué queremos venderla o alquilarla? —les pregunto, extrañada—. ¿Dónde viviríamos si no nosotros? Al menos aquí estaremos bien. Es nuestra casa —intento decir con dignidad, aunque noto que las palabras me salen con dificultad. Me cuesta vocalizar. Eso sí, me siento mucho más relajada. He hecho bien en tomarme dos Valium en vez de uno...

—Pero... a ver —me dice Pablo con suma paciencia—, ¿se te ha ocurrido pensar en cómo pagaremos los gastos? ¿Tienes la más mínima idea de lo que puede costar mantener todo esto? —inquiere señalando a su alrededor.

—No, yo no tengo ni idea. ¿Y vosotros? —les contesto con dificultad. Creo que estoy totalmente drogada, o borracha, o algo. No sé... Me cuesta mucho hablar. A lo mejor me he pasado con las pastillas o la ginebra. No me acuerdo de nada—. ¿De qué estábamos hablando? —les pregunto intentando enfocarlos. Siento que se me cierran los ojos.

—¡Hostia, mamá, no te enteras de nada! Menudo colocón lleva otra vez —oigo que le dice a su hermana.

—Dejémosla dormir y mientras tú y yo repasamos este contrato, a ver si se puede impugnar o hacer algo para invalidarlo. —Siento las palabras como un eco lejano; por suerte es lo último que escucho de esta desagradable conversación, estoy harta de este tema. Quiero olvidarlo para siempre. ¡Qué sueño...!

—Gloria, despierta, llevas más de doce horas durmiendo —me musita una voz de mujer a lo lejos.

—Despierta, va, abre los ojos. —Siento que me sacuden, y ahora la voz es masculina, aunque igualmente lejana.

Abro los ojos con dificultad, la luz me molesta y la cabeza me estallará en cualquier momento. Siento un par de ojos que se clavan en los míos e intento adivinar a quién pertenecen. Es Marta, mi amiga del alma, y a su lado está Luis, mi entrenador. No sé qué hacen aquí, ni por qué me miran de esa manera; me cuesta

pensar, no sé ni dónde estoy. Hago un esfuerzo para incorporarme y todo me da vueltas, siento una mano que me agarra con firmeza y oigo mi propia voz retumbándome en la cabeza.

—¿Marta? Pero... ¿qué pasa? ¿Qué hacéis aquí? ¿Luis? ¿Dónde estoy?

A mi alrededor todo es blanco y la luz fluorescente que hay en el techo me ciega por momentos. Una mesita, una butaca, todo es aséptico. En el otro lado de la cama aparecen dos cabezas más, que se asoman y me miran con cara de preocupación. Son mis hijos, Pablo y Carla.

—¿Estoy en una clínica? —les pregunto incrédula—. ¿Qué... qué... me pasa? No recuerdo nada. —Hago un esfuerzo por recordar algo pero no entiendo por qué estoy aquí.

—Gloria, tranquilízate —es Marta la que me habla con dulzura—. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Hago un esfuerzo e intento poner en orden mi cerebro; lentamente, van apareciendo imágenes, como si de una película se tratara. Pasan por mi mente escenas de mi fiesta, de Javier, de la terrible discusión que tuve con él, y de pronto recuerdo que estoy sola, que me ha dejado para siempre. Aparecen imágenes de un notario, un contrato, un contrato ante el que me siento impotente, estafada.

—¿Pero cómo voy a vivir con esa mierda que pretendes pasarme? ¿Y los niños qué? —recuerdo haberle gritado, histérica—. ¿Es que ya no son hijos tuyos? No les hagas pagar a ellos tus barbaridades de... de retrasado mental, de degenerado, de... de...

—Basta, Gloria, cálmate, que aquí la única que está diciendo barbaridades eres tú. Tendrás que acostumbrarte a vivir con esa cantidad, ya sé que eso tú te lo gastabas en medio bolso, lo sé, porque tus tarjetas de crédito las pagaba yo. Pero se ha acabado. Trabaja, haz algo. No sé, búscate la vida como cualquier persona normal.

—¿Trabajar yo? Pero... pero ¿de qué? ¿De qué coño quieres que trabaje si no lo he hecho jamás? ¡A estas alturas! ¿Y los niños? Están estudiando, por si no lo sabías... ¿También los vas a poner a trabajar a ellos?

—A los niños les voy a pagar los estudios, eso ya te lo he dicho antes, y les

voy a dar un dinero para sus gastos. Además, continuó siendo su padre aunque me separe de ti. Me tendrán para lo que me necesiten. Eso ya se lo he dejado bien claro a los dos, aunque ahora sé que no quieren ni escucharme. Están muy enfadados conmigo; espero que se les pase pronto, son mis hijos y les sigo queriendo igual. — Javier parecía tranquilo, relajado, como si se hubiera quitado un peso de encima o como si me estuviese haciendo un favor con su falsa generosidad. ¡El muy cabrón! Con todo el dinero que tiene. Recuerdo que intenté tranquilizarme y sacarle lo máximo que pudiera, pero entonces intervino el atontado del notario, que evidentemente estaba de su parte.

—Señora Arnau, mire, tiene que comprender que su marido está siendo muy generoso con ustedes. Si estamos aquí es para firmar un acuerdo que a usted, por descontado, le sería mucho más beneficioso que ir a juicio. Piense que su marido, el señor Arnau, está hablando de cantidades que son más del doble de lo normal. Hágame caso y acéptelo.

—Lo aceptaré pero con mis condiciones. —No sé por qué les dije eso, ahora me doy cuenta de que tenía que haber consultado con un abogado; pero aunque lo hubiera hecho, estoy segura de que el notario tenía razón. No había nada a mi nombre, todo estaba a nombre de Javier. Intenté luchar un poco más, sin embargo ya estaba harta de aquella historia y tenía ganas de acabarla.

—¿Condiciones? ¿Qué condiciones? —me preguntó Javier, intrigado—. Dime qué más quieres e intentaremos negociarlo.

—Eso, señora Arnau, hace bien en buscar soluciones hoy, ¡un juicio es tan largo y doloroso...! No sabe lo inteligente que es al proponer una negociación y dejarlo firmado ya de una vez por todas. Debe de estar tan agotada, tan nerviosa...

—Javier, quiero quedarme con la casa. —La sola idea de imaginármelos a él y a su fulana durmiendo en mi cama me provocaba temblores—. Quiero continuar viviendo allí con los niños.

—De acuerdo, la casa para ti y los niños. Tampoco teníamos intención de irnos a vivir allí, Bea prefiere la zona del Turó Park. Toda para ti y los niños, ningún problema.

—Lo último que recuerdo, y muy vagamente —le contesto a Marta pero mirándolos a todos—, es que firmé un contrato en el notario con Javier y que después llegué a casa y... No sé... ¿una discusión con vosotros? —les pregunto a

mis hijos—. Creo que ya no sé nada más... ¿Qué ha pasado? —La pregunta no va dirigida a nadie en particular. Los miro a todos, uno por uno, y veo la pena y la preocupación que hay en sus ojos, en cada uno de ellos. Siento su dolor en mi interior, como si fuera mío—. Estoy muy cansada... ¿Qué hago aquí?

—Tomaste demasiadas pastillas, demasiado alcohol, y te desmayaste, mamá —me dice Carla.

—Una especie de coma etílico o algo así —añade Pablo—. Perdiste el conocimiento y nos preocupamos mucho. Estabas como muerta. Entonces llamamos a Marta y a Luis. Cuando te vieron, avisaron a una ambulancia y...

—Sí —interviene Luis—. Nos acojonamos de verdad, Gloria. Eso no nos lo vuelvas a hacer —añade cogiéndome la mano cariñosamente—. Llevas ingresada doce horas, pero el médico nos ha dicho que ahora te darán el alta. Que ya puedes volver a casa. Que ha sido una intoxicación. Te han hecho un lavado de estómago.

—Gloria, tenemos que hablar muy seriamente tú y yo. —Ésa es Marta, que me coge de la otra mano con lágrimas en los ojos—. Esto no nos lo vuelvas a hacer. No sabes cuánto nos has preocupado, sobre todo a tus hijos. Tienes que remontar, luchar y salir adelante. No puedes rendirte tan fácilmente por culpa de ese cabrón. Hay que luchar y todos te ayudaremos.

—Pablo, Carla, venid aquí, a mi lado —les pido tendiéndoles el brazo—. Siento muchísimo el daño que os he hecho. Y os juro —y eso se lo digo a los cuatro — que esto no volverá a pasar jamás. Lucharemos juntos y ganaremos. Os lo juro.

No sé cómo, pero tengo que intentarlo, por mí y por ellos; tenemos que salir de este agujero sin fondo que tira de mí y me arrastra, como sea.

IX

¡Qué dura es la realidad!

-Lo siento, Gloria, pero no hay nada que hacer. Por mucho que intentemos negociarlo de nuevo no le vamos a sacar nada más. —Mi abogado es claro y tajante, y su comentario no admite réplica, pero aun así yo no me lo acabo de creer—. Tú actuaste mal al firmar un contrato sin consultarme, aunque, si te soy sincero, has salido bastante bien parada teniendo en cuenta la situación en la que nos encontramos.

—¡Bien parada, dices! Pero si con el dinero que tiene y la ridícula cantidad que pretende pasarme no llego ni para mantener los gastos de la casa. Tiene que haber alguna solución. Siempre se puede hacer algo, no sé, recurrir o denunciarlo o... ¡Yo qué sé! El abogado eres tú. Piensa en alguna triquiñuela, alguna trampa, legal o ilegal, qué más da. Los abogados sois así, ¿no? Lo que está clarísimo es que tiene que pagarme más. —Estoy furiosa, rabiosa, histérica; no me puedo creer lo que me está diciendo el abogado, esto no me puede estar pasando a mí—. ¡Veinticinco años a su lado! Y ahora resulta que me va a pasar una miseria, que me va a dar una limosna. No quiero caridad, ¡quiero lo que es mío!

—Pues no hay ninguna solución —me interrumpe él, nervioso—. Lo siento, pero es así. Javier no tiene nada a su nombre, todo está colocado en sociedades fuera de España. Está muy bien asesorado por sus fiscalistas.

—¿Cómo puede tenerlo todo fuera de España? ¿Y las tiendas y los laboratorios? Eso no se puede esconder, ¿no?

—No se trata de esconder o no esconder, Gloria, es complicado pero es así, eso es el mundo de los negocios. Respecto a las tiendas, están a nombre de una sociedad, que es subsidiaria de otra que está fuera de España, en Luxemburgo. En estas sociedades, tu nombre no aparece por ningún sitio. Además está el otro socio,

Millent, él es oficialmente el propietario de los locales y de los laboratorios. Tu marido ni siquiera figura como socio, para que veas cómo están las cosas.

—Pero...

—Déjame acabar, por favor; mi consejo es que aceptes lo que te da e intentes salir adelante con ello. Supondrá un gran cambio en tu vida, pero tendrás que adaptarte. Reducir gastos, vender lo que puedas que no esté blindado por el contrato... Habla con tus hijos, ya son mayores para aportar ideas a vuestra nueva situación, e intentad entre todos buscar soluciones.

—Eso ya lo estamos haciendo —le interrumpo bruscamente. ¿Es que este tío se cree que le estoy consultando a él como profesional para que me suelte estupideces?—. Ya se nos había ocurrido a nosotros solitos que había que buscar soluciones. Pero ¿qué soluciones? No creas que es fácil, no...

—Ya, ya. Gloria, lo comprendo muy bien. No la tomes conmigo, que yo no tengo nada que ver en vuestros conflictos particulares e intento aconsejarte lo mejor que puedo. Estás nerviosa y eso no te ayuda a ser positiva, piensa que es mi trabajo y situaciones como la tuya, por desgracia, las vivo cada día. Sin embargo, dentro de todo vosotros tenéis suerte, porque los chicos seguirán con sus ingresos, esto te lo garantiza él por escrito —dice levantando una hoja de un montón que tiene en su mesa de despacho—. Conservarán sus tarjetas de crédito, siempre te pueden echar una mano.

—¡Qué va! ¿Sus tarjetas de crédito, dices? ¡Les ponía un límite de mierda, una miseria! Más simbólico que nada, un mínimo que como mucho les llegará para gasolina y para ir al cine, o para cenar con sus amigos un par de veces al mes, ya te aseguro yo que no les alcanza para nada más. Javier prefería que fuera de esa manera. Todo lo que eran gastos importantes se lo tenían que pedir a él directamente, así ejercía de padre todopoderoso. Autorizando o prohibiendo, era su forma de tenerlos controlados. Y comprados, dicho sea de paso. Lo que no creo es que ellos le vuelvan a pedir más dinero extra; están muy dolidos y no quieren saber nada de él.

—No te fíes de los hijos, Gloria, son todos unos egoístas; cuando vean que su vida cambia a peor correrán otra vez al lado de su padre. No lo dudes, lo sé por experiencia, no me he encontrado aún con ningún caso en que a la corta o a la larga el hijo no acabe pidiendo ayuda económica al padre, sobre todo si éste está

predispuesto a ofrecérsela y encima cuenta con sobrados medios, como en vuestro caso. Sigue siendo la mejor fórmula para ponerse a los hijos de su parte y en contra de la madre. Es así.

—Los míos seguro que no lo harán —afirmo, intentando convencerme a mí misma—. Los míos no. Seguro.

—Bueno, no sé, siempre hay excepciones —me dice encogiéndose de hombros—. Ojalá. Tiempo al tiempo. Pero de verdad, Gloria, y esto te lo digo sinceramente: no tires el dinero consultando a más abogados. Ninguno le sacará nada más a Javier. Que te conozco y sé que en cuanto yo me vaya llamarás a otro y a otro para intentar conseguir un imposible. Guárdate el dinero, que seguro que lo vas a necesitar todo, me temo, hasta el último céntimo.

—A ver, mamá, ¿tú tenías algo de dinero a tu nombre? Alguna cuenta en el banco, no sé... ¿algunos ahorros? —pregunta Pablo, dando así por comenzada nuestra reunión—. ¿Cómo lo hacías para los gastos de la casa, o sea, el día a día?

—Y tus compras, ¿cómo las pagabas? —Ahora es Carla la que prosigue con el interrogatorio—. Tendrías alguna tarjeta de crédito exclusivamente tuya, supongo...

«Es mucho suponer, hija mía», pienso y los miro con cariño antes de darles las pésimas noticias sobre nuestra economía. Estamos sentados los tres, Pablo, Carla y yo, alrededor de la mesa de cristal del comedor. Hemos desplazado a una esquina el centro de plata con flores de nuestro jardín, que Lito corta y cambia cada día, y en su lugar hemos puesto hojas de papel, bolígrafos y botellas pequeñas de agua; esto le da a nuestra reunión un aire mucho más serio y formal, que buena falta nos hace...

Estoy más serena y tranquila, aunque aún muy lejos de estar bien. He vuelto de la clínica con nuevos ánimos y con ganas de mirar hacia delante. Lo primero que he hecho, después de hablar con mi abogado para confirmar que definitivamente no le podíamos sacar ni un euro más a ese malnacido que hasta hace poco tuve por marido, ha sido reunirme con mis hijos, para hacer inventario de lo que tenemos y buscar soluciones, si las hay. Alguna habrá, digo yo.

No bebo nada de alcohol y he dejado los tranquilizantes. Sólo los tomo para dormir, porque si no la noche se transforma en una eterna pesadilla que se junta con la pesadilla que es el día y no acaba nunca. Cuando me meto en la cama, mi cabeza se convierte en una máquina de pensar que sólo puede frenar un somnífero o un tranquilizante.

—Vamos a ver, ¿que si tengo dinero en el banco a mi nombre? —les digo intentando parecer ágil y organizada y sobre todo intentando disimular lo cabreada que estoy; dadas las circunstancias es lo mínimo que puedo estar. Cabreadísima, para ser más precisos—. Vamos a ver, no. A mi nombre no tengo absolutamente nada en el banco, es decir, nada a plazo fijo, ni ahorrado, ni siquiera invertido. Nada de nada.

—¿Cómo? Mamá, ¿de verdad no tienes nada? No me lo puedo creer. —Carla está indignada y Pablo me mira horrorizado—. ¡No puede ser! Después de tantos años casados y no tienes nada en el banco. ¡Vaya jeta la de papá! Y a ti, ¿cómo no se te ocurrió pedírselo? Tenía que haberte puesto al menos una cuenta corriente a tu nombre. Porque, la verdad...

—Ya. Ahora me doy cuenta de lo tonta que he sido, pero... ¿cómo iba a pensar que me sucedería algo así? Yo estaba tranquila, siempre tenía el dinero que quería, no me faltó nunca de nada, al contrario, papá siempre me animaba a comprar más. No tenía por qué haber pasado nada. Creí que duraría para siempre... ¿Por qué iba a cambiar la situación? Yo nunca le di ningún motivo y él, bueno, mejor no hablemos ahora de él y de sus... cosas. Si no se hubiera entrometido la... la tía esa, aún seguiría todo igual.

—Sí, mamá, pero todos sabíamos que papá tenía sus líos con otras, no hace falta que ahora disimulemos y las llames «sus cosas» —me dice Carla—. Tenías que haber sido más previsora y que te abriera alguna cuenta para ti sola. —Y cuando dice eso mira a su hermano alzando las cejas y con una mirada que yo interpreto como un «hay que ser muy tonta» que me provoca una mezcla de rabia y angustia; con gusto les gritaría a los dos.

—Carla tiene razón, mamá, has sido demasiado confiada y ahora mira en qué situación estás. Sin dinero y sin papá.

Ahora sí que ya no puedo más. ¿Cómo es posible que me hablen así? Intento recuperarme y no ponerme a llorar. Estoy muy nerviosa y muy dolida por el

comentario que acaban de hacerme mis hijos, me tratan como si yo fuera imbécil. ¡No hay derecho! Saco fuerzas e intento justificarme, al menos que entiendan por qué actué de esa forma.

—Bueno, sí, la verdad es que he sido tonta muchos años y me acabo de enterar ahora, gracias a las circunstancias y a lo amablemente que me lo estáis recordando los dos. Es una buena terapia que ayuda a que me sienta más mierda de lo que me siento: gracias.

—Venga, mamá, no te lo tomes así. No te lo estamos diciendo con mala intención. Ni Carla ni yo queremos reprocharte nada, ¡sólo faltaría!

—Es verdad, mamá, siento muchísimo haber herido tus sentimientos y te pido disculpas de todo corazón. No sé por qué te hemos hablado así, la verdad es que nosotros también estamos nerviosos.

—Vale, venga, no hablemos más de eso, dejémoslo estar —les digo intentando sonreír—. Asunto olvidado; yo también estoy un poco alterada y me irrito por nada. Seamos positivos. La cuestión es que vosotros sabíais cómo era vuestro padre conmigo y las teorías que tenía sobre cómo debía comportarme y cuáles eran según él mis obligaciones, porque se lo habéis oído decir mil veces. —Sí, le habían oído mil veces sermonearme con sus teorías machistas, cuando me decía que de las inversiones ya se encargaba él, que yo no tenía ni idea y que me ocupara de lo que sabía hacer: organizar fiestas, cocinar y estar siempre arreglada e impecable para sus cenas o comidas de compromiso, o para acompañar de compras a la mujer de algún cliente, que ése era mi trabajo. Hacer de florero. Que no me quisiera meter en lo que no me tocaba. Que fuera a clases de cocina, a la peluquería y de compras—. Además, me lo pagaba todo él, si no lo sabíais ahora os acabáis de enterar, y yo no tenía necesidad de ninguna cuenta propia en el banco. La verdad es que nunca se me ocurrió insistirle demasiado. Tenía lo que quería y él jamás protestaba. Ni una sola vez se quejó de que gastara demasiado, y, claro, estando las cosas así, ¿para qué insistirle y ponerle de mal humor? Ya sabéis cómo se ponía cuando le llevábamos la contraria.

—Sí, es verdad que papá nunca se cortó a la hora de hacer esos comentarios. La verdad es que Pablo y yo pensamos más de una vez que se pasaba.

—Tienes razón, Carla. Lo decía a todas horas y delante de todo el mundo, menudo machista; además, como muy bien dices, se ponía furioso si alguien le

replicaba, sobre todo contigo. En esto te doy toda la razón, mamá.

—Él es... era así, al menos conmigo lo fue siempre. Desde que nos casamos le gustaba humillarme; yo ya ni siquiera me daba cuenta, lo encontraba normal. No sé cómo tratará a la otra, pero seguro que ésta será más lista que yo y se hará respetar. A estas horas ya debe de tener su buena cuenta corriente en el banco. ¡Menuda mosquita muerta! Ésas son las peores...

—¿Y para los gastos de casa? La comida, las bebidas, no sé, lo que se consume cada día en una casa —insiste Carla, bolígrafo en mano, dispuesta a creer que por fin podrá apuntar algo—. ¿Esos gastos quién los pagaba?

—¿Los gastos generales de la casa? Para eso teníamos una cuenta a mi nombre, pero... —les digo haciendo ademán de tranquilizarlos con la mano, porque al instante les veo esperanzados e impacientes y queriendo hablar los dos a la vez— no os hagáis ilusiones. Esa cuenta era para los gastos de casa, es decir, comida, bebidas, flores, tonterías... Lo básico. El champán para las fiestas, por ejemplo, que era lo más caro, lo encargaba y lo pagaba él directamente, al igual que los vinos. —Veo de nuevo el desánimo en sus caras. Pero es así, no puedo hacer nada, ojalá pudiera cambiar la realidad—. Como comprenderéis, era una cuenta de muy poco dinero, sólo para el día a día, y si no me llegaba lo pagaba con mi tarjeta de crédito, de la que, como del resto, se hacía cargo él. El resumen es que no tengo nada, salvo unos pocos euros que puedan quedar en esa cuenta del día a día. «Para tener algo de *cash*», me decía él. ¡Imaginaos lo que puede quedar! Nada que nos vaya a solucionar la vida, desde luego.

—Bueno, mamá, todo cuenta —añade, positiva, Carla mientras apunta—. Lo primero que hay que hacer es mirar en el banco qué saldo tenemos. ¿Te puso algo a tu nombre? Algún piso, terreno, local...

—No, nada de nada. El tenía unas sociedades que colgaban de otras sociedades, no sé... Algo muy complicado y todo en el extranjero. Bueno, a mi nombre tengo el coche, el mío, claro, que por mí lo podemos vender enseguida, y mis joyas, bolsos, ropa. Eso es mío. Incluso si me apuráis os diré que de las vajillas, cuberterías y cristalerías también podemos disponer, para venderlas o para lo que sea. El jamás vendrá a reclamar nada de eso. La otra se lo comprará todo nuevo a su gusto y él encantado.

—¿El Porsche está a tu nombre? —pregunta Pablo, interesado—. Porque a

ése sí que podemos sacarle una buena cantidad, está completamente nuevo y es un modelo carísimo.

—Sí. El Porsche está a mi nombre y es verdad que está nuevo. Yo iba siempre con el chófer. Nunca lo necesité, pero él se empeñó en regalármelo. «Cuestión de estatus», me decía. «Debes tener un buen coche. No podemos ser menos que los demás».

Pablo coge una hoja de papel y un bolígrafo y escribe de manera ordenada y pulcra: VENDER EL PORSCHE. ¡Por fin han podido escribir algo en sus listas! Si continuamos a este ritmo para encontrar soluciones, ya me veo viviendo en la calle, o en el Porsche, si no conseguimos venderlo.

—Ya que estamos hablando de coches, hagamos inventario de los que nos podamos quedar y de los que hay que vender. Teniendo en cuenta que vivimos lejos y apartados de cualquier transporte público, habrá que quedarse más de un coche en casa. El mío —puntualiza Pablo— lo podríamos conservar y lo comparto con Carla, y el Mini de Carla, que es más nuevo, lo vendemos.

—¡Sí, hombre! —salta Carla—. Oye, ¿por qué no lo hacemos al revés? Vendemos tu Audi y compartimos el mío.

—Porque el tuyo es más nuevo y podemos sacar más que por el mío. El Audi ya tiene casi cuatro años. De hecho, este año tocaba cambiármelo, al menos eso es lo que me había prometido papá de regalo de cumpleaños; pero ahora, tal y como están las cosas, no creo ni que se acuerde.

—Tú recuérdaselo por si las moscas, a lo mejor te lo compra igualmente; aún falta más de un mes para tu cumpleaños. Así yo podría conservar el Mini, venderíamos tu Audi y después tendrías el nuevo que te regale papá. ¿Qué coche le habías pedido? Querías un descapotable, ¿no? Tú lo llamas y se lo dices. Total, no vas a perder nada por hacerlo.

Estoy alucinando, no es posible que hablen en serio. En un momento así se ponen a hablar «de pedirle a papá que les compre un coche nuevo»... ¿Y lo próximo qué será, un apartamento en Ibiza o una lancha para navegar por la Costa Brava? Creo que no han entendido nada y eso me indigna. Vamos a dejar las cosas claras de una vez por todas.

—Pero, chicos... ¿No estaréis hablando en serio, verdad? Cómo vas a pedirle

a tu padre, que se ha largado con otra y nos ha humillado así, después de la jugada que nos ha hecho, que te regale un coche por tu cumpleaños. ¡Esto es el colmo, vamos! Un poco de dignidad.

—Oye, mamá, que a mí no me ha humillado nadie. Que si él se ha ido con otra es a ti a quien ha humillado. Tampoco creo que Carla se sienta humillada por ello, ¿verdad? Ni que perdamos la dignidad por pedirle algo a nuestro padre.

—Claro que no, ni me siento humillada ni creo que pierda la dignidad por eso, papá sigue siendo papá, ¿no? Mamá, tienes que entender que aquí la humillada eres tú y se acabó. Nosotros, por el hecho de quedarnos a vivir aquí contigo, también saldremos perjudicados, seguro, pero por otro lado tampoco es que nos haya pedido que vayamos a vivir con él. —¿Es posible lo que estoy oyendo? Si se lo hubiera pedido, a lo mejor estarían ahora viviendo con él y su amiguita. ¡Madre mía! Esto es una auténtica locura—. Papá ha hecho las cosas de la peor manera posible y puedes estar segura de que tienes nuestro apoyo incondicional, pero eso no quiere decir que él no le pueda regalar a Pablo el coche que le había prometido. No veo en qué nos podría perjudicar, un coche es un coche —añade tajante.

—Al contrario —dice Pablo, convencido—, mejor que nos compre cosas y nos dé dinero, porque dada la situación siempre será de ayuda. Pero yo, lo mismo que Carla, estoy contigo y admito que él se ha portado muy mal. Hay maneras y maneras de hacer las cosas. Pero, insisto, se ha cansado de ti, no de nosotros, y te ha dejado a ti. Nosotros seguiremos siendo sus hijos siempre, aunque ahora tenga esa nueva novia y después de ésta otra, si quiere. Eso que quede claro también, ¿eh?

Siento ganas de llorar de rabia. Lo que me faltaba, el primer día que nos reunimos para hablar de nuestra situación económica y esos dos ya se ponen de parte de su padre. ¡Les ha costado bien poco! Si se venden por un coche, ¿qué pasará cuando se quieran ir de vacaciones y no tengan dinero o... o... lo que sea que necesiten y yo no pueda dárselo? Está clarísimo. Me dejarán a mí y se largarán con su padre. Ésa es la educación que les hemos dado. Unos niños mimados que sólo actúan por intereses. Debo pensar algo para que esto no suceda, tienen que entender que la realidad no es así, que a partir de ahora tendrán que luchar por su futuro. ¡Menudo palo nos está dando esta vez la vida! Tendremos que aprender todos, mucho y muy rápido. Ya veremos... Intento poner buena cara, a pesar de lo que acabo de escuchar; no conseguiremos nada discutiendo y mejor que me vaya

acostumbrando a su actitud egoísta. Qué remedio...

—Bien —les contesto sin darme demasiado tiempo a reaccionar, porque si no me levantaría y me largaría y los dejaría plantados con «mis problemas»... Porque acaban de dejarme claro que son «mis problemas»—, no me gusta vuestra actitud egoísta y me asusta vuestra forma inmadura de reaccionar, pero a la vista está que sois mayores y con suficiente capacidad de decidir. Eso sí, os pediría respeto para mí, que reflexionéis mucho cualquier decisión antes de tomarla, y quiero que sepáis que en este momento estoy fatal, muy mal, de verdad, me siento muy, muy herida y necesito urgentemente vuestra ayuda. ¡Por favor, os pido de todo corazón que no me dejéis! ¡No me falléis también vosotros! Sois todo lo que me queda.

Estoy hundida, casi no puedo hablar, las lágrimas que quiero reprimir se me quedan en la garganta y me ahogan. ¡Los necesito tanto...! Necesito su ayuda, su comprensión; haré lo que sea para que no me dejen sola. Ya no puedo aguantar más el llanto y las lágrimas salen a borbotones de mis ojos. Ya está, he empezado y no puedo parar; aun así, intento secarlas de mi cara con las manos y sonreírles. Se han quedado serios y sorprendidos y su respuesta es rápida. Se levantan los dos a la vez y me abrazan y besan y, naturalmente, acabamos todos llorando a moco tendido.

Por fin, las hojas de papel de Carla y Pablo están repletas de listas por ambos lados. Todos tenemos misiones que cumplir que nos hemos ido repartiendo: Pablo se encargará de los coches, de ponerlos en venta y de decidir a partir de lo que nos paguen cuáles vendemos, y también de hablar con su padre; no sé si aprovecharé para colarle el tema del nuevo coche para su cumpleaños. La verdad es que no lo quiero saber. Por otro lado, no tenemos ni idea de dónde están asegurados ni cuánto cuesta el seguro, estamos totalmente perdidos. ¿Y el seguro de la casa? Igual: no sabemos nada. Nos ha costado toda la mañana organizar esas largas listas, pero me temo que el resultado es deprimente.

El trabajo de Carla será inventariar mis bolsos; hemos decidido empezar por esto, parece lo más fácil, y por probar... Los quiere vender por Internet. No sé... De esos temas entiende ella, a ver qué sale de todo esto. Ella dice que todo irá muy bien, que hay un portal o una web o no sé qué que se llama eBay y que allí la gente

cuelga sus artículos a la venta con un precio de salida y que los futuros compradores pujan; nunca había oído hablar de algo así, pero parece que casi todo el mundo lo sabe y lo utiliza. «¡Bienvenida al mundo real!», me digo a mí misma; vete a saber de cuántas novedades más me enteraré... Está muy ilusionada y, es curioso, parece que le pone ganas a esto de trabajar. Luego me ha dicho que hará lo mismo con los vestidos, zapatos, complementos, con todo lo que encuentre en mis armarios. ¡No sabe el trabajo que tendrá, la pobre! Con la cantidad de cosas que tengo... Al final servirán para algo.

Yo tengo que ir al banco para ver qué saldo tengo en la cuenta de *cash* y averiguar si mis tarjetas de crédito están todas anuladas o si se ha despistado con tanto amor por su nueva novia y no se ha acordado de cancelarlas. ¡Eso sí qué sería una suerte! También averiguar si el banco nos prestaría algún dinero para salir del paso y cómo funciona eso de los créditos. No tenemos ni idea. Supongo que Javier ya habrá ingresado lo que tiene previsto pasarnos cada mes. ¡Uf! Cuántos frentes abiertos...

He hablado con Imelda y Lito, les he dicho la verdad y les he intentado explicar la nueva situación.

No sé si han entendido algo, pero a todo me han dicho que sí con cara de asustados. Al final ha sido Pablo quien les ha hecho ver la realidad de lo que está pasando; es decir, que se pueden ir y buscar otro trabajo, porque nosotros no les podemos pagar. Y que no nos enfadaremos. Da la sensación de que están aterrorizados.

—Nosotros si vas a quedar —ha dicho Imelda.

—Sí, señora —ha añadido Lito, muy en su línea.

—A ver, Imelda y Lito, creía que lo habíais entendido bien. NO-HAY-DINERO-PARA-PAGAR-VUESTRO-SUELDO —les digo alto, claro y despacio.

—Sí, señora —me contestan al unísono.

—¿Sí, qué? ¿Os quedáis? ¿Os vais? ¿Entendéis lo que os estamos explicando?
—Me estoy poniendo un poco nerviosa. Con esta conversación no llegaremos a ninguna parte.

—Señora —dice Imelda, mientras Lito asiente repetidamente con la cabeza—.

Ya estás hablado esto nosotros dos muchas veces y nos quedamos aquí con la señora y los niños. La señora Beatriz, la novia nueva del señor, quieres a nosotros con ella, con su casa, pero yo li has dicho que nosotros no trabajamos con putas.

—¿Le has dicho eso? —le pregunto alucinada mirando a Carla y Pablo, que se están partiendo de risa.

—Señora, haces muchos días que yo oigo cómo llamas tú a la nueva novia. Si tú dices su nombre es puta, para Lito y para mí es puta.

—Pero... ¿sabes lo que quiere decir puta? Es una palabra grosera que no hay que decir.

—Claro que sabes lo que quieres decir puta. Señora, en Filipinas también tienes putas. Ella es puta y ya está.

Ahora somos todos los que nos estamos riendo a carcajadas, y sí, se quedan. Tampoco tienen adónde ir. Irán buscando trabajo tranquilamente. Que aquí tienen casa y comida y si se van ni eso van a tener, que está todo muy mal y ellos tienen unos ahorros que si conviene utilizarán. Al menos nos han hecho reír un rato y me encanta que la llamen «puta».

Vicente, el chófer de Javier, naturalmente se ha ido con él, era de esperar, como también era de esperar que se llevase el Mercedes nuevo. Ahora la trepa y caradura de Bea paseará con mi marido, mi chófer y mi coche. ¡Ojalá se le atragante todo! No quiero tener estos pensamientos, me perturban hasta el punto de anular todo lo positivo que ha surgido en mí a raíz de esta nueva situación. Me aílo y los dejo pasar. Que fluyan, sólo debo quedarme con los buenos. Tantos años de meditación con mi yogui al menos ahora me van a servir de algo, espero...

Son casi las diez de la mañana, me he dormido y debo darme prisa para ir al banco. Amanezco con un despertar pesado y pastoso, me siento abotargada; es esa resaca que me provocan los somníferos, que ya se está convirtiendo en habitual, pero si no los tomo, no pego ojo. Me ayudan a dormir, es verdad, aunque con muchas pesadillas y un sueño muy ligero. Me despierto varias veces por la noche y a menudo no retomo el sueño hasta el amanecer, como hoy. Entonces suelo entrar

en una especie de profundo sopor por la mañana del que me cuesta salir. Estoy bien así, sin pensar. Por eso retraso al máximo el momento de dejar la cama y enfrentarme al día. Tengo que darme prisa. Me doy una ducha rápida y me visto con lo primero que encuentro. Es lo mismo que llevaba ayer, un pantalón negro, bastante arrugado, y una camiseta ancha negra. ¿Ayer? O quizás hace ya tres días que llevo lo mismo; da igual, es negro y no se ven mucho las arrugas. Me calzo unas sandalias planas y me acerco al espejo para peinarme. Echo un vistazo a mi aspecto y no me gusta lo que veo: estoy hinchada y ojerosa. Mejor me voy pitando y no me miro demasiado; quizás debería maquillarme un poco, pero no hay tiempo, tengo que salir corriendo hacia el banco. ¿Cuánto hace que no voy a la peluquería? Bueno, ya iré, cuando pueda, el día que vuelva a normalizar mi vida; si es que ese día llega, claro... «Lo primero es solucionar lo del banco, lo demás después», pienso mientras cojo el bolso y salgo a toda velocidad. La verdad es que no tengo ganas de nada... Sin dormir, sin dinero y con tantos problemas, ¿quién tiene tiempo para pensar en peluquerías? Más adelante ya veremos.

Por suerte el banco no está lejos; la oficina se encuentra en Pau Casals, donde antes venía tanto de compras, justo delante de Hermès. He cogido un taxi porque no me ha quedado más remedio, si no, no llegaba a tiempo, pero no se lo diré a los niños, pues me dirán que es un gasto excesivo. En fin, ahora ya está hecho.

Bajo y, cuando me dispongo a entrar en la oficina del banco, inconscientemente lanzo una mirada a la *boutique* Hermès; justo en ese momento la puerta se abre y veo a Yolanda, la directora, con grandes bolsas en la mano despidiendo a una clienta. La chica que está saliendo parece muy joven y atractiva y viste un clásico dos piezas Chanel, de riguroso blanco y negro como tanto gusta a la *maison*; la envidio con todas mis fuerzas. Alzo la mano para saludar a la directora, no está lejos, sólo a unos pasos de mí. Me verá seguro. Le haré señas indicándole que cuando salga del banco me acercaré a saludarla. Alzo la mano una y otra vez, me mira, pero parece que no me ve. Insisto en el saludo y la llamo desde lejos por su nombre; entonces veo que habla con la clienta del *tailleur* Chanel, señalando hacia mí con un gesto de cabeza. Qué extraño, está delante de mí y no me reconoce. La clienta también se da la vuelta, al tiempo que recoge las dos grandes bolsas que le tiende la directora. Entonces la veo. La del dos piezas que ahora está besando a Yolanda es Beatriz. Está espectacular. Me da tanta rabia que no puedo reprimir el impulso de cruzar la calle e insultarla. Algo se me ocurrirá decirle. La muy... Pero ¿qué se ha creído? Ahora mismo voy y les canto las cuarenta, a las dos, porque esa imbécil de Yolanda ¿a qué juega haciendo ver que no me conoce? ¡Faltaría más! Cuando voy a dirigirme hacia ellas, al volverme veo el

escaparate que tengo detrás; en él hay una mujer mayor que me mira desde dentro, va desaliñada y lleva el pelo sucio y pegado al cráneo. El cabello es casi negro, pero una horrible raíz totalmente canosa resalta en esa maraña. ¿Y ésta qué narices quiere ahora? ¿Por qué me mira de esa manera? Estoy dispuesta a encararme con ella si sigue mirándome fijamente desde el escaparate. Muevo un brazo y ella también lo mueve, entonces me doy cuenta horrorizada de que soy yo. ¡Que la vieja desgreñada que me mira a través del cristal soy yo! ¡Es mi propio reflejo producido por el espejo que hay en el escaparate! Me tapo la boca con un gesto de horror y la imagen me devuelve el mismo gesto. Dios mío, soy yo. ¿Cómo he podido acabar así y no darme cuenta? Ahora entiendo por qué estando delante de sus narices esas dos no me ven. No es que no me vean, ¡no me reconocen!

Reacciono de golpe. Evidentemente no voy a cruzar, no quiero que me vean así. ¡Jamás! Nadie debe verme así. Ni yo misma. Tengo que empezar a respetarme de nuevo.

TERCERA PARTE

REINVENTARSE O MORIR

X

En busca del trabajo milagroso

-Te agradezco que me sigas entrenando, Luis, sabes muy bien que a partir de ahora no podré pagarte, pero prescindir de ti y de mi gimnasio es lo más duro que me puede pasar en estos momentos. Es como una liberación, cuando estoy aquí contigo, con mi Power Plate... —Mientras digo esto la acaricio como si fuera un objeto de arte; verdaderamente, es de lo último de lo que me desprendería— y todo esto... —le digo señalándole el magnífico gimnasio que nos rodea—. Es como si aún poseyera algo, como si no me lo hubieran quitado todo.

—Precisamente de eso quería hablarte, Gloria. Ya sé que habéis estado haciendo números y que la situación es muy difícil. Conmigo puedes contar siempre. Somos amigos. Por eso estoy aquí y no pienso dejarte plantada en estos momentos. ¡Ah! Y respecto a lo de no poder pagarme, no te preocupes, recuerda que este trimestre ya me lo habías abonado por adelantado, como siempre, con lo cual no te estoy haciendo ningún favor, cariño, y más adelante ya veremos... Piensa que tus amigas millonarias siguen conmigo y me pagan con creces, de sobra, vamos, como hacías tú antes, así que siempre te puedo regalar unas sesiones cuando lo necesites.

—Examigas, perdona. Son mis examigas. ¿Tú has visto a alguna preocupada por mí? No, ¿verdad? Pues eso: unas asquerosas examigas. Todas se han puesto del lado de Javier y su putilla... Claro, como él es el que tiene el dinero, pues eso, todos con él y a mí que me jodan. Mira, no quiero ni pensarlo porque me pongo de mala leche, y bastante tengo ya con lo mío.

Es verdad, todos me han dado la espalda. Bueno, casi todos; Marta sigue a mi lado, fiel como siempre. Luis también, aunque sé que con él no es lo mismo. Cuando no pueda pagarle los entrenamientos, lo dejaré. El vive de esto, de su tiempo, y todo el que me dedique a mí sin cobrar es dinero que no le entrará, y lo

necesita mucho. Acaba de irse a vivir con su pareja y están ahorrando todo lo que pueden para abrir un gimnasio. El sueño de su vida, un gimnasio femenino; por ello, más adelante, aunque él me diga que no, dejaré de verlo con asiduidad. Que me prepare un programa y lo haré yo sola. Será lo mejor. Bueno... ya veremos cómo se lo toma.

Desde que me he separado de Javier, nadie me ha invitado a ninguna fiesta. Las que se llamaban mis amigas cambian de acera cuando nos cruzamos por la calle. Como si fuera una apestada.

Alguna ha venido con la excusa de saludarme, pero yo creo que sólo ha sido para después poder cotillear y de paso regodearse en mi desgracia. Así están las cosas.

No he vuelto más al Liceo, porque me violenta encontrármelos a todos, en especial a Javier y a la otra; por cierto, como el palco estaba a nombre de Javier, ahora lo ocupan ellos y sus invitados; también se puede vivir sin la ópera. La verdad es que no me había gustado nunca. Qué tostones me tenía que tragar, pero era lo que me tocaba hacer y lo hacía sin rechistar. Así era yo y mira cómo me lo han pagado.

Ya no me llaman de ninguna *boutique* para hacerme pases privados, saben que ya no tengo dinero. Y lo prefiero. No tengo ganas de salir ni de ver a nadie. Total, si tampoco me puedo comprar nada y encima tengo que ver cómo gastan las otras, ¡ni hablar!

Me han llegado comentarios de la vida de lujos que está llevando mi exmarido con su nueva mujer; parece que lo primero que ha hecho ha sido regalarle un apartamento en Nueva York, aparte del que le ha comprado en Barcelona, un pisazo que le ha costado unos cuantos millones de euros. No paran de viajar y sus fiestas se han hecho famosas... Pero famosas por ciertas cosas que no tienen nada que ver con las que yo hacía. Parece que las drogas corren libremente, según me han dicho. Ella ya le daba a la cocaína antes, y ahora, con una capacidad económica que yo conozco bien, se ve que está desenfundada. A él nunca le han gustado las drogas, pero para hacerse el machito también le sigue la corriente. Los negocios, abandonados y cada vez peor, o eso es lo que se dice por ahí...

—Sí... Perdona, Luis —le digo volviendo al mundo real—, es que me había despistado un segundo...

—Sí, Gloria, ya me había dado cuenta. Últimamente te pasa a menudo, te pierdes en tus pensamientos. Nada, te estaba preguntando si has encontrado alguna solución para resolver tus problemas financieros, porque yo puedo proponerte algo. Poca cosa, en principio. La idea me la dio tu hija cuando estuvimos hablando de toda esa montaña de gastos imposibles de asumir; me comentó que la única posibilidad de poder salir de ese embrollo sería desprenderte de algunos objetos personales tuyos, bolsos, ropa... Con el fondo de armario que tienes, yo también creo que eso sería una buena opción para ir tirando, aunque no tengo ni idea de si la gente te lo va a comprar. Además, ¿cómo vas a saber a qué precio lo tienes que vender? Tú tienes muchas relaciones sociales, pero no sé si suficientes para poder vivir de esto mucho tiempo.

Como ya hemos dado el entrenamiento por acabado, y parece que él hoy no tiene mucha prisa, me siento en la Power mientras me seco el sudor con una toalla pequeña color burdeos. El burdeos es la única nota de color que hay en mi gimnasio. Una pared, nada más, y las toallas... ¡Ah!, y las colchonetas. Las mandé hacer especiales para que fueran exactamente de la misma tonalidad que el resto. Me costaron una fortuna, recuerdo. Pero Javier no dijo nada. Lo encontró incluso excéntrico y divertido. Lo contaba siempre en las cenas. Eran otros tiempos... ¡Ojalá no hubiera desperdiciado ese dinero en tonterías! Con la falta que me hace ahora. El resto, espejos y unas maravillosas fotos en blanco y negro que conseguí en una galería del Soho de Nueva York. Reflejan cuerpos musculosos, todos de mujeres, pero para nada vulgares, cuerpos perfectos. Me sirven de estímulo cuando no puedo más; son mi objetivo.

—La solución me la ha dado Carla —le contesto—, a mí también me preocupaba lo mismo que a ti, porque claro, cosas para vender tengo muchísimas, pero tampoco voy a montar un tenderete en el mercadillo, ¿no? Pues ella me dijo que nada de tenderetes, que eso se hace por Internet. Se ve que hay un sitio, un portal o no sé qué, donde la gente cuelga una foto de lo que quiere vender y los demás hacen ofertas. Está bien, ¿no?

—Oye, esa idea es fantástica, y así, de paso, también puedes ver lo que venden los otros y orientarte para poner tú los precios.

—Exacto, ahí está la gracia. Ella se encargará de las fotos, precios y de colgarlo. Me ha comentado que lo que se vende muy bien son los bolsos de Hermès, sobre todo los Birkins... Claro, como hay tanta lista de espera...

—Pero igual lo tienes que vender tirado de precio, ¿no?

—¡Qué va! Me ha dicho Carla que si el bolso está bien conservado te pagan entre cuatro y cinco mil euros, depende del modelo. Me he quedado alucinada, ¡si es casi lo que vale uno nuevo!

—Pues qué bien, ¿no? Al menos te va a servir de algo tu anterior vida de *fashion victim*, porque los tuyos aparte de estar superbien conservados deben de ser lo más. ¿Cuántos tienes?

—Uf —le digo con cara de póquer—, tendría que contarlos. Carla ya me ha dicho que esta tarde nos ponemos a hacerlo, también vendrá Marta a ayudarnos, y así entre las tres acabaremos más rápido y mi hija ya podrá colgarlo esta noche. A ver qué pasa.

—Pero ¿cuántos tienes más o menos? Pregunto porque si para contarlos tenéis que ser tres... —Luis es un cotilla y quiere saber a toda costa cuántos tengo para luego tener tema de conversación con sus clientas. ¡Ni de coña se lo pienso decir! Aunque me estuviera dando las clases sin cobrar, que no es el caso. Bien que nos cobraba a todas el trimestre por adelantado. Luis no tiene un pelo de tonto, no.

—Bueno... no sé... Entre Birkins, Kellys, Bolides, que es el que antes se llamaba Bugatti, y... —hago ademán de pensar, cuando sé perfectamente cuántos tengo, los he recontado esta misma mañana para ver qué podría sacar si los vendía todos— los de noche, más los que Hermès sacaba cada año como pieza nueva y especial de la colección, debo de tener... —Uy, cuánta ansiedad veo en su cara por saberlo, pues qué coño, no se lo pienso decir ni aunque me maten. Encima de lo que me revienta tener que venderlos, sólo me falta el recochineo de *los demás*—. No sé, muchísimos. Unos... —¡oh! Qué cara de sufrimiento pone—, bueno, cuando los cuente ya te lo diré, tampoco quisiera decirte ninguna barbaridad. Pero bastantes, bastantes.

—¿Muchos? Deben de ser muchos, ¿verdad? —insiste para ver si al final se lo suelto.

—Muchísimos —le contesto convencida y cortante, para dar fin a esa conversación—. ¿Qué me ibas a proponer? Me has dicho antes que tenías una idea o algo, no sé, como nos hemos puesto a hablar de bolsos me he despistado. Por cierto, sólo te he hablado de los Hermès, pero tengo Chanel, Balenciaga, Gucci... Vaya, de todas las marcas, aparte de los Goyard, que están grabados con mis

iniciales y a menos que alguien coincida con las mismas, cosa que me parece muy difícil, éstos no los puedo vender. Pero tú que tienes tantas relaciones, con tus clientas o en el gimnasio se lo puedes decir, a ver si pica alguna y así me haces otro favor.

—Pues claro, mujer, ya puedes contar con ello. Te voy a hacer muchísima publicidad; precisamente esta tarde voy a casa de Inés y se lo comentaré.

—Esa imbécil no tiene ni un duro, no hace falta que se lo digas. En cambio, a su marido, a Alfonsito, a ése sí que se lo podríamos decir; con la de amiguitas que tiene y todo lo que les regala, seguro que le interesa la propuesta —le digo cachondeándome—, pero, pero... ¿Qué vas a hacer a casa de Inés?, si a esa estúpida no la entrenas. No tiene gimnasio en casa ni dinero para pagarte. ¿Qué te ha pedido?

—A eso es a lo que iba precisamente. Inés me ha llamado y me ha preguntado si ahora que estás en una situación económica difícil le venderías tu Power Plate, ya sabes que ella no tiene y...

—¿Qué? —le interrumpo con los ojos fuera de las órbitas. Qué patada en el estómago, creo que hasta me doblo hacia delante como si la hubiera recibido físicamente. Mi Power, mi niña mimada en manos de esa descerebrada de Inés. Me aguanto para no llorar, pensaba que ya no me quedaban lágrimas, pero si me dejara ir sería como un torrente lo que me saldría. He pasado noches enteras sola, sin que nadie me viera, llorando sin parar cuando decidimos que lo vendería todo. Pensaba que ya lo había superado, pero mi Power... Eso no me lo esperaba, para eso no estaba preparada—. ¿Y qué haré yo sin mi Power? —le grito. Es un grito que me sale del alma—. ¡No! No, decididamente no, ya se lo puedes decir, no la vendo, pero ¿qué se ha creído esa retrasada?

Debo de haber gritado mucho, porque veo a Carla a través de la puerta acristalada del gimnasio; entra precipitadamente y me mira perpleja.

—Pero, mamá, ¿qué son esos gritos? ¿Estás bien? Estaba en la terraza y he pensado que habías tenido un accidente.

—Calla, calla, hija. Esto es peor que un accidente: la muerte de hambre de Inés me quiere comprar mi Power, ¡mi Power! Me lo acaba de...

—¡Qué bien! —exclama mi hija para consternación mía—. ¿Cuánto nos

pagará? Precisamente tenemos un montón de facturas por pagar y no hace falta que te diga que en esta casa no hay ni un euro para gastar, o sea, que eso nos viene superbien mientras esperamos a que funcione lo de la web. Voy a vender las cosas de mamá por eBay —le dice a Luis.

—Sí, ya lo sé, ahora lo estábamos comentando, ha sido entonces cuando le he dicho lo de la Power. Lo he hecho por ayudar, pero nada, Gloria, lo siento, si llego a saber que te lo ibas a tomar tan mal, no te lo habría propuesto jamás. Deja que le diga a Inés que no, que no está en venta, y aquí no ha pasado nada. Pero tranquilízate, mujer, por Dios, que te va a dar algo.

Me doy cuenta de que estoy agarrando el manillar de la Power con tanta fuerza que tengo los nudillos blancos. Otra bofetada no, por favor, esto está doliendo mucho. No puede ser. Mi POWER, mi Power, no quiero que me la quiten, por favor, que no se la lleve nadie. No voy a llorar, no voy a llorar. Voy a hablar tranquilamente con Carla y con Luis. Voy a serenarme. Antes de que yo pueda decir algo, Carla ya está repitiendo la misma pregunta que antes a Luis.

—¿Cuánto nos pagarían? —Y ahora se dirige a mí—. Mamá, NECESITAMOS EL DINERO. No hay opción. Si alguien la quiere, hay que aprovechar la oportunidad y venderla. Estamos hasta el cuello, es una suerte que podamos salir del atolladero con eso, y además, mamá, piensa que pasará lo mismo con los bolsos, la ropa y las joyas, por favor, vete mentalizando. Es la única manera que tenemos de sobrevivir ahora. Hoy. Después, ya sabes, vamos a buscar un apartamento pequeño, de alquiler, y cerraremos la casa. Eso ya está decidido, pero ahora no podríamos ni pagar el aval, y después están los gastos de esta casa, todo lo que ya debemos. Primero hay que salir del agujero, después ya veremos, a lo mejor algún día puedes comprarte otra Power.

—¿De verdad no te importa, Gloria? Pensaba que a lo mejor... No sé... Como le tenías tanto cariño a tu Power igual no te apetecía vendérmela, pero como Luis me lo dijo, pues bueno, eso... Que aquí estoy, y a ver si nos ponemos de acuerdo en el precio.

Estamos sentadas las dos, Inés y yo, en la biblioteca, ella vestida como si fuera a una boda. Lleva una falda de volantes de gasa de color rosa pálido y una

camisa de seda del mismo tono; sin embargo, se aprecia perfectamente que no son nuevas, son de marca, eso sí, pero ya tienen varias temporadas. Los zapatos, negros y muy rozados, demasiado altos para «ir de recados». Se ha vestido como si quisiera impresionarme, como para marcar que esta vez es ella la que paga, no yo, para variar. Yo llevo unos tejanos pitillo descoloridos y una camiseta Lanvin con unos estudiados agujeros remendados (¡seguro que hechos y zurcidos a mano personalmente por el diseñador de Lanvin, por no decir por el propio señor Lanvin, resucitado de su tumba y dedicado a customizar camisetas, teniendo en cuenta lo que pagué por ella!) y unas bailarinas planas de Chanel beis con la puntera blanca.

La biblioteca es una estancia extraordinariamente bien iluminada por una luz indirecta que realza los lomos de los libros en las estanterías y que, sin embargo, deja el sofá de terciopelo azul marino en el que nos hemos instalado en una agradable penumbra. No le he ofrecido nada de beber y creo que he hecho bien, si lo hubiera hecho, estoy convencida de que en este momento se lo habría arrojado con gusto a la cara. Estoy a punto de chillar, no de gritar, de chillar como si estuviera presa de un ataque de locura, de rabia e impotencia, pero me aguanto. «Aguántate, Gloria —me digo—. Aguántate». A Inés se la ve incómoda, no creo que esté disfrutando con la situación; y nerviosa, está muy nerviosa. No sé qué le habrá contado Luis, espero que no se haya ido de la lengua y le haya hablado de mi ataque de histeria. No, no lo creo, Luis es un buen tío y sé que me quiere. Tengo que fingir que la Power me importa un comino. Sólo de pensarlo lloraría, pero tengo que hacerlo. «¡Tienes que ser fuerte!», me digo a mí misma la frase que Carla no ha parado de repetirme durante toda la mañana. «¡Tienes que ser fuerte!». Y lo soy. Claro que sí, sólo faltaría... A la nueva Gloria no le asusta nada, y menos esa oveja atemorizada y mal vestida de Inés.

—Mujer, ¿cómo no voy a querer vendértela si ya casi no la utilizo? Además, quiero un poco de espacio, el gimnasio está abarrotado y me apetece mucho más hacerme un espacio sólo para yoga. —Lo he soltado sin pensar, así, de improviso—. Con los momentos que estoy pasando, como comprenderás esto es lo que necesito ahora. Relajarme. De hecho, voy a vender todas las máquinas que tengo. —Se me acaba de ocurrir, pero qué buena excusa y qué buena idea. Carla me felicitará seguro—. Y encima, que te la quedés tú me hace mucha ilusión, como nunca has tenido ninguna sé que la disfrutarás a tope.

—¿De verdad? No sabes qué peso me quitas de encima, sabía que necesitabas dinero, pero vender la Power...

—La verdad es que sí, sí que necesito dinero, ya supongo que debes de imaginar en qué situación nos ha dejado Javier; de hecho, ¡a ti qué te voy a contar, cuando siempre estás sin un euro! Me he puesto las pilas y voy a vender todo lo que tengo. Lo que es mío personal, claro. Lo que es de los niños, eso ni tocarlo, por descontado, pero no sabes el bien que me hace quitarme de encima todo lo que pagó Javier. Es, es... cómo te diría... como una terapia para empezar una vida nueva, de cero, sin nada que me lo recuerde. —¡Pero cómo puedo ser tan falsa e hipócrita! Me estoy rompiendo por dentro, aunque por otro lado alucino de mi capacidad de interpretación y, muy a pesar mío, reconozco que estoy disfrutando con la situación y que incluso yo empiezo a creerme lo que estoy diciendo.

—Pues nada, Gloria, me alegro de encontrarte tan animada y sobre todo tan positiva. Sabes echarle narices a las cosas. En eso te admiro, de veras. Yo sería incapaz. Ya ves, toda la vida aguantando las putadas de Alfonsito y nunca he tenido agallas para plantarle cara. Tengo pánico a que me deje. Tú sí que eres valiente.

—Venga, venga, mujer —le digo ya mucho más animada, pues de verdad que ni yo misma conocía esta faceta mía. Siento un hormiguelo por dentro, una sensación nueva, me gusta que me llamen valiente—. Seguro que tú harías lo mismo que yo.

—Qué va, qué va, Gloria. Ojalá yo fuera como tú. No sabes cómo te envidio.

Que alguien pueda envidiarme en mi situación me deja alucinada. Siempre pensé que envidiaban mis bolsos, mis joyas, mis fiestas... Pero que ahora que lo he perdido todo alguien me diga que me envidia es alucinante. Me estoy sintiendo fuerte y segura ¿por primera vez en estos últimos tiempos?, ¿o por primera vez en mi vida?

—Bien —dice Inés, mucho más relajada y ya levantándose—, Luis me ha dicho que la venderías por la mitad de lo que te costó, con lo cual...

—No, no, perdona —me oigo a mí misma decir, mientras finjo desconcierto—, creo que Luis no lo ha entendido bien, es tan despistado... ¿Cómo la voy a vender por la mitad si está casi nueva? El precio es un treinta por ciento menos de lo que yo pagué, con lo que sigue siendo una ganga igualmente y tú sigues haciendo un gran negocio; de todos modos, si no la quieres, Luis ha corrido la voz y justamente tu cuñada Pituca está buscando una de segunda mano. —Sé que odia

a su cuñada. Lo estoy haciendo bien, si no siempre estoy a tiempo de rebajársela a ella; pero por intentarlo...

—¡Ah! —parece sorprendida, aunque reacciona rápido—. ¡Pues claro que me interesa! Habrá sido un malentendido. —Se ríe nerviosa y añade—: Y ¿para qué la quiere la borde de Pituca? Si ésa no sabe ni para qué sirve. Nada, Gloria, que me la quedo yo y punto, no se hable más. Mañana te envío un recadero para que la recoja, porque esto debe de pesar lo suyo, y ahora mismo te extiendo un cheque —dice rebuscando nerviosa en el interior de su gastado bolso Prada—. Me voy corriendo —añade después de firmarlo y entregármelo—, tengo muchos recados que hacer porque mañana celebramos el cumpleaños de Alfonsito en casa, nada, cuatro íntimos, poca cosa —se excusa—. No te he invitado porque viene Javier y, claro, ya sabes que en casa manda Alfonsito, como es el que paga...

—¡Claro que sí, mujer! —la interrumpo; lo último que me apetecería es ir a esa fiesta—, y más tratándose del cumpleaños de tu marido, lo normal es que sea él quien elija los invitados. Pero... ¿por qué tantas prisas si no es hasta mañana?

—Es por la tarta. Nuria me ha hecho el *catering*, pero ya sabes cómo es mi marido de tacaño, y me ha dicho que el pastel lo encuentra caro, que nadie se lo come y que es algo simbólico para soplar las velitas. Que lo encargue en una pastelería, que servirá para lo mismo y saldrá a mitad de precio. O sea, que ahora voy a...

—¡Espera un momento! —la interrumpo una vez más, con una idea que se me acaba de ocurrir—. Si quieres te lo cocino yo, ya sabes lo bien que se me da la repostería... Y te lo haría bastante más barato que en la pastelería, y por descontado mucho más bueno. Mis fiestas siempre han sido famosas por los postres que hacía yo personalmente. Siempre ha sido mi *hobby* y te lo haría encantada.

—¿Harías aquel de trufa con nata? Recuerdo que todo el mundo lo comentó. Era excepcional. ¡Qué bien quedará! Pero qué buena idea has tenido. No sabes cuánto te lo agradezco y Alfonsito estará orgulloso, seguro que me lo compensará con algún regalito.

—¿El de trufa y nata? ¡Pues claro que sí, mujer! Mañana por la tarde lo tendrás listo, sólo tienes que decirme cuántos invitados sois y ya está. Y el día que necesites que te cocine un menú, o que te alquile vajilla o cristalería o... lo que sea, manteles, cubertería de plata, ¡en fin!, lo que sea, estoy a tu disposición, ya sabes las

cosas tan fantásticas que tengo después de tantas cenas y fiestas que hemos celebrado en casa. Javier en esto era muy perfeccionista y, bueno, como yo también lo soy, nunca me ponía límites a la hora de comprar objetos y menaje que deslumbraran a sus amigos, o sea, a vosotros. Si puedo lo venderé, pero de momento tengo intención de alquilarlo; justamente quería hablar de esto con Nuria, pero a «mis amigas», como tú, si venís directamente a mí os haré un precio especial, os saldrá mucho más barato seguro.

Se me acaba de ocurrir esta fantástica idea, así por las buenas, y lo he dicho sin pensarlo; y no sólo me veo muy capaz de hacerlo, sino que me apetece muchísimo ocupar mi tiempo así y ganar dinero para todos esos enormes gastos que parece que tenemos que afrontar ahora. Tengo ganas de trabajar. ¡Jamás lo habría pensado!

XI

Empiezan a solucionarse los problemas

-Señora, estás aquí tu amiga con la otra del otro día del fiesta con las plumas, pero ella solo. No mi acuerdo cómo si llama. Sólo de la nena.

—Pero, Imelda, no entiendo nada de lo que me dices. A ver, repítelo pero más despacio. ¿Quién está aquí con plumas? Y ¿cómo se llama la nena? Si no te acuerdas del nombre de la señora, al menos dime el de la hija.

—Nena, la nena es la hija de la señora.

—Imelda, eso ya lo he entendido, la nena es la hija, pero ¿cómo se llama la hija, o sea, la nena?

—Yo ya ti lo has dicho, la nena.

—Bueno, dejémoslo correr e intenta explicarme qué hace una señora con plumas aquí en casa.

—No, no. Hoy no. Hoy vas sin las plumas, con la otra también fea por la fiesta, la joven, la nena. Mi acuerdo que la señora tu amiga parece una gallina, que tú has dicho con la señora Marta no sé qué de plumas hasta en el coño. Yo has oído bien y que la hija parece...

—Calla, calla, Imelda, por Dios, que te van a oír. ¿Me estás diciendo que están en casa, en mi casa, la señora Cuchi y su hija? Y ¿qué hacen aquí esas dos?

—Sí, eso, tu amiga la señora Cutchi y la niña gorda con muchas tetas muy gordas —me dice acompañándose de un gesto que indica un pecho enorme.

—Pecho, se dice pecho, y no tetas —la corrijo, sin poder aguantarme la risa —. Y ¿dónde están? ¿Las has hecho pasar al salón?

—No, has pasado a la biblioteca, más mejor que el salón. El salón estás con todas tus ropas y bolsos con Carla contando cosas.

—¿Mi ropa está en el salón? Y ¿por qué? Y ¿a quién se lo cuenta Carla? A la que tendría que contárselo es a mí. Vaya follón. No entiendo nada.

—Carla estás poniendo una tienda en el salón, una butic, dices. Mi has pedido muchas pирchas para colgar las ropas y dices conmigo que después vas a hablar con la señora.

—Bueno, bueno, ya lo aclararemos después. Voy a ver qué quieren esas dos.

—Cuchi, cariño, bienvenida a casa, ¡menuda sorpresa! No os esperaba, ni a ti ni a la niña. —No tengo ni idea de cómo se llama la niña, pero verdaderamente tiene razón Imelda, ¡qué tetas! El cirujano se ha pasado, ponerle esto a una niña de dieciocho años, baja y gorda, hay que tener valor; espero que no haya sido Carlos, eso tiene pinta de habérselo hecho Alfonsito. Hay cirujanos plásticos a los que tendrían que quitarles la licencia, ¡qué manazas!—. Pero qué guapas estáis —les digo mientras me acerco a besarlas—, y la niña, qué cambio, ¿no? Perdona, nunca me acuerdo de cómo se llama tu hija, tiene un nombre tan original que jamás consigo recordarlo. Qué cabeza... Pasad, pasad, por favor, y sentaos. ¿Os apetece tomar algo?

—Sí, gracias, mejor vamos a sentarnos y a contarte a lo que hemos venido. Nena, se llama Nena, la niña. Tienes razón, es tan original que la mayoría de gente no se acuerda, la empezamos a llamar así de pequeña y... ¡en fin! Cosas que pasan, ahora, ya la ves, toda una mujer y sigue siendo Nena.

—Pero qué cuerpazo tiene y qué desarrolladla está. No la recordaba así.

—A esta edad cambian tanto... De un día para otro no las reconoces, ¿verdad, Nena? Todo el mundo se lo dice.

—Sí, mami, sí. Sobre todo después de que el doctor Grau me arreglara un poquitín, ya sabes... —dice señalándose las enormes tetas—, la gente se queda maravilladísima de verdad con el cambio, y yo encantada e hiperfelicísima.

—Bueno, nada, fue un retoquito de nada, pero sí, la verdad es que ahora está espectacular. Guapa lo ha sido siempre Nena, pero le faltaba un poquitín de pecho y ya ves... Alfonsito es un mago y trabaja tan natural, no se aprecia para nada que lleve un pequeño retoque, ¿verdad, Gloria?

—Para nada, no se aprecia para nada —contesto aguantándome la risa. Pero... ¿están hablando en serio? No puede ser, si parece que le han hinchado dos globos que en cualquier momento le explotarán. ¡Están mal de la cabeza las dos!—. Está monísima, claro que a su edad cómo no van a estar así de guapas. Nosotras también lo éramos, ¿verdad? Aunque para ti parece que no pasen los años. Estás espectacular. —La repaso de arriba abajo con fingida admiración y constato que sí, que está espectacular, aunque de espectáculo de terror. Siempre ha sido una mujer baja, pero ahora además tiene la cintura y el abdomen embutidos en una especie de *body* de lúrex de color blanco roto que le marca tres enormes rodillos que se repliegan sobre ellos mismos cuando toma asiento en el sofá. Los pantalones, estrechos como unas mallas, le dan un aire de cerdita vestida para unos dibujos animados. Son de rayas anchas, verticales, de colores ácidos: desde el naranja fuerte hasta un amarillo limón muy pálido. Los tobillos gruesos y los pies deformados no le impiden ponerse unos ligeros *stilettos* Jimmy Choo, altísimos, de color naranja, en los que los pies hinchados rebosan por todos lados.

Cara totalmente operada, es una clon de todas sus amigas: boca de pato Donald con los labios esperpénticamente hinchados por el cirujano. Frente lisa y sin movimiento por el botox, igual que las cejas, que han adquirido un inusual arco con un gran pico en el centro y que recuerdan a la madrastra de Blancanieves. No se le mueve ni un músculo al hablar y al reír se le forma una extraña mueca. Lo único que lleva medianamente bien es el pelo. Una melena demasiado juvenil quizás, pero de un bonito color rubio tirando a ceniza, lisa, recta y hasta el hombro. Sin flequillo (será para amortizar el botox de la frente), pero es lo único que se salva del conjunto; se nota que la peluquería es buena y la han aconsejado bien. Me sonrío convencida y, agradecida, afirma con la cabeza.

—Bueno, algún retoquito tengo, pero a nuestra edad ya se sabe. Nada... unas vitaminas inyectadas, ya sabes, mesoterapia y poca cosa más. Tengo horror ante esas mujeres operadas y llenas de botox que son clones las unas de las otras, ¡me

horripilan! Ya le digo a Alfonsito, mi cirujano plástico de toda la vida y al que no cambiaría por ningún otro en el mundo, que quiero lo mínimo, lo más natural y, vistos los resultados, vamos por el buen camino, ¿genial, no? —dice atusándose el pelo y con algo que pretende ser una sonrisa coqueta esbozada en su cara—. En realidad, Nena y yo hemos venido porque nos han dicho que Javier te ha dejado mal económicamente y que vendías algunas de tus cosas para mantener esta fantástica mansión que tienes.

—Pues sí, la verdad, has acertado. —Pero qué mala leche tienen, cómo se puede ir a casa de alguien y soltarle esto en la cara... Da igual, intento seguirles la corriente—. Javier me ha dejado mal económicamente, en el sentido de que no puedo afrontar yo sola los enormes gastos de esta casa, y antes de empezar a despedir personal hemos decidido con Carla, bueno la idea ha sido suya, de Carla, que íbamos a vender algunos bolsos, ropa, en fin, cositas que tengo acumuladas y que ya ni me pongo ni me apetece guardar. Todo me recuerda a Javier y no quiero nada de él aquí. Y, mira, si de paso me entra un dinerito... O sea, que también has acertado en lo de que estoy vendiendo algunas cositas. De hecho, empezamos en eBay hace ya... ¡dos meses! Dios mío, cómo pasa el tiempo... y ¡no sabes qué éxito! Se ha agotado todo lo que hemos colgado, y yo así saco trastos.

—Ah, genial, pero me habían dicho que también vendías directamente a amigas y a amigas de amigas, y que también cocinabas para fiestas, un poco como un *catering* casero.

—Sí, sí, te lo han explicado bien, no sé cómo, pero la gente lo ha empezado a comentar entre sí y no paro de vender. Dice mi hija que tendremos que montar una *boutique* de *vintage*, porque está súper de moda todo lo antiguo o usado y de grandes diseñadores, y como yo tengo tantísima ropa, complementos, zapatos... Toda Barcelona sabe el armario que tengo, claro, así que, pues nada, que estoy aprovechando el tirón del momento. Y lo del *catering*, ¡bah!, no se le puede llamar *catering* a lo que hago, si te oyera Nuria... Cuatro tonterías para cuatro amigas, aunque, la verdad, está teniendo mucho éxito. Si necesitas algo, ya lo sabes. ¡Quién iba a decir que me convertiría en una empresaria! Y no me va nada mal, no. Tengo muchísimos proyectos que ya os iré contando a todas a medida que los ponga en marcha. No quiero *anticipar nada* para no gafarlos.

—Pues sí que estás hecha una empresaria, sí. Desde luego, no lo habría dicho nunca, pero siempre has tenido muy buen gusto y cocinas de maravilla; otra no lo habría sabido aprovechar ni sacarle el partido que le estás sacando, pero tú

eres lista.

Muy lista y valiente. Yo no sería capaz de hacer nada así. Es que no sabría ni por dónde empezar. No podría.

¿Me acaba de llamar lista y valiente? No me lo puedo creer... Empiezo a encontrarle el gusto a esto de ser una empresaria de éxito. No está mal, no... Genial, como diría ella.

—Mira, precisamente hemos venido porque Nena va a dar una fiesta, «sólo chicas», para celebrar que tiene novio. —Nena asiente orgullosa con la cabeza repetidas veces. Se la ve contenta y feliz, pone cara de lela, claro, con la pinta que tiene la pobre niña ningún chico le debe de haber hecho caso jamás. Vete a saber a quién habrá pillado de novio, un monstruo de feria, seguro—. Y como nos hemos enterado de que vendías algunos vestidos, pues Nena se ha obsesionado con que quiere el que llevaba tu hija Carla por tu fiesta de cumpleaños. Mira, no será que no tengamos dinero para pagarle uno nuevo. Pues no, quiere el de Carla y no podemos hacerla cambiar de opinión.

—¿Qué... qué vestido de Carla? Lo siento, Cuchi, pero no te entiendo — consigo articular. Pero... ¿se han vuelto locas o qué? ¿Cómo pretende este saco de patatas con tetas entrar en el vestido de mi Carla?

—Pues el que Carla llevaba por tu fiesta de cumpleaños, el azul turquesa.

—Verde mar —la corrijo—, es verde mar.

—Ese, el verde mar. Supongo que también está a la venta, ¿no? —No me lo puedo creer, estoy a punto de decirles que se larguen de mi casa cuando se me ocurre que lo más fácil será que venga Carla y les diga a estas dos *frikis* que ese vestido no se toca ni de coña, así no las perderemos como clientas y Carla seguro que se lo dirá muy educadamente.

—Mira —les digo haciendo una última intentona para disuadirlas—, no creo que le vaya bien. Nena y Carla no parecen tener la misma talla.

—Bueno, por eso no te preocupes, quizás tu Carla sea un poco más alta y, sí... puede que mi Nena esté un poco más fuerte, una complexión más atlética, pero esto se arregla fácil: una buena modista, que creo que no va a hacer ni falta, bueno... quizás para el largo y ya está; además —insiste Cuchi—, si mal no

recuerdo, y en esas cosas suelo tener bastante memoria —y se ríe enseñando los dientes y echando la cabeza hacia atrás en un gesto que quiere ser de coquetería y que la hace parecer una hiena—, el vestido de Carla tenía un drapeado en el pecho y a partir de ahí caía suelto con muchas gasas asimétricas. A Carla le quedaba muy anchito, para mi gusto demasiado, en cambio, a mi Nena le quedará mucho más a la medida. Eso sí, quizás sin el forro, a ella no le hará falta porque lo llenará más; mira, Gloria, esto no te lo habría dicho jamás en circunstancias normales, quiero decir, comentarte que a Carla le quedaba grande, si no estuviera aquí para comprártelo por todo lo que te ha pasado. Ya sabes, no hace falta que te dé más explicaciones, ¿verdad?, a buen entendedor, pocas palabras bastan —dice soltando una risotada que da miedo—, pero ese Valentino le iba enorme, aunque llevara el forro ceñido debajo se le veía demasiada tela, no lo llenaba.

¿Que Carla es un «poco» más alta? ¡Y que el vestido le iba ancho! Esta mujer está loca, loca de atar, me da auténtico miedo. Pero si el retaco de su hija no debe de llegar al metro cincuenta ni con tacones y mi Carla mide más de metro setenta. ¿Y que la tal Nena tiene un tipo «atlético» y está un poco más «fuerte»? Pero si es, es... como un bidón, igual de ancha que de alta. ¡Por Dios! Si Carla podría ser modelo, que no lo digo yo, que soy su madre, que la han parado por la calle y se lo han propuesto. Por un momento me dan ganas de reír, pese a lo tenso de la situación; por primera vez en mi vida comprendo por qué las sirenas que creyó ver Ulises en la *Odisea* eran en realidad vacas marinas. Nunca había entendido cómo se había podido confundir una vaca marina con una sirena. Ahora lo veo claro, lo tengo ante mis narices. Es Nena, con el Valentino verde mar de Carla. Una auténtica vaca marina con *look* de sirena. Voy a llamar a mi hija para que venga y les aclare las cosas, me estoy empezando a poner nerviosa, aunque no deja de tener cierta gracia lo surrealista de la situación. Madre mía...

—Carla, hija —le digo llamándola por el teléfono interior—, que están aquí Cuchi y Nena muy interesadas en comprar el Valentino que llevabas para mi fiesta, les he dicho que lo tenía que consultar contigo pero que no creía que...

—Ahora mismo lo llevo —me interrumpe Carla—. Justamente lo estaba colgando en la minitienda que estoy organizando en el salón. Ya te explicaré qué buena idea he tenido, verás... Oye, también traeré el tuyo, el Chanel que llevabas por tu fiesta, ésas están forradas y a ése le podemos sacar un buen pellizco, es completamente nuevo y de alta costura, seguro que se lo quedan. Ahora mismo voy para allá, entretenías. ¡Que no se vayan! ¡Uy, qué divertido!

Mi hija está como una cabra: no sólo le ha vendido su vestido a la joven vaca marina, a la cual encima le ha insistido en que se lo probara, evidentemente sin el forro ajustado como un corsé, eso ya habría sido un milagro que le entrara, sino que Carla la ha convencido muy sutilmente de que el forro no iba con el vestido, que se lo compró ella aparte porque el vestido le quedaba muy grande y no tenía arreglo. Mientras, la madre de la vaca marina asiente moviendo la cabeza afirmativamente, como queriendo decir: «Eso es lo que estaba diciendo yo», con una media sonrisa en su estúpida cara que me obliga a apartar la vista para no darle una bofetada. Creída y prepotente, ¡que se vayan a la mierda! ¡Jesús, qué espectáculo! El vestido, un Valentino vaporoso que tiene que flotar sobre el cuerpo al mínimo movimiento, le encaja como metido con un calzador. El drapeado del pecho evidentemente no se le abrocha en la parte de atrás y, delante, las enormes tetas desbordan por encima del maravilloso trabajo de Valentino; creo que me voy a poner enferma si sigo viendo este espectáculo; pero, en fin, ellas parecen no darle demasiada importancia a «los pequeños desajustes», como dicen las dos casi a coro y se ríen como si fueran deficientes mentales, mientras Nena gira y gira como una peonza con los brazos extendidos, convencida de que es una modelo para que su madre vea el vestido por todos lados, momento que aprovecha Carla para echarle un chal sobre los hombros y disimular un mínimo el espectáculo esperpéntico que está provocando. Estoy a punto de largarme con cualquier excusa —en realidad me siento mareada de veras— y dejar a Carla vendiéndoles cosas cuando me doy cuenta de que le acaba de vender mi vestido. ¡Dios mío, qué espectáculo! Se lo ha endosado a la madre casi al precio que yo había pagado, una auténtica fortuna. Como no lo utilice de guante no sé para qué lo quiere. No creo que consiga hacérselo subir ni hasta las rodillas, lo revienta seguro a la primera intentona. Ya ha hecho bien en no probárselo. Lo rompe seguro. Qué pena... unos vestidos tan bonitos... Pero, qué caray, tiene razón Carla, dinero fresco que nos entra, y esta vez mucho. Muchísimo. A este paso, pronto podremos abrir una tienda de verdad, no en el salón, como parece ser que está organizando ahora mi hija. Y al final... tampoco me ha dolido tanto como pensaba desprenderme de los vestidos. En realidad me traían muy malos recuerdos, y es como si le hubiera sacado el dinero a Javier, es como si eso lo pagara él y, bueno... cuando las vea con nuestros vestidos le dará algo. Sobre todo con el de la niña. Le dará un ataque. Eso hace que empiece a recuperarme y me vuelva a sentir bien. Estoy disfrutando sólo de pensar en su reacción. Será de órdago, ya me lo imagino, me llamará indignado

prohibiéndomelo. Como hizo el otro día, cuando vio que Inés llevaba un Chanel mío, nada menos que uno que él me había comprado personalmente en París, cuando aún tenía esos detalles. O no se fiaba de mi capacidad de elegir, vete tú a saber... Pero bueno, que prohíba y que se cabree, no tiene ningún derecho. Que se joda.

Cuchi y Nena están tan contentas que se lanzan sobrecitadas a hacerme otra propuesta.

—Mira, Gloria, como ya te he dicho antes, Nena quiere hacer una fiesta por todo lo alto, porque parece que ya tiene novio y...

—No lo parece, mami —la interrumpe su hija—. Tengo novio y es una pasada de guapo y estamos hiperenamorado.

—Bueno, bueno, genial, genial, Nena, dejémoslo en noviete hasta que no estéis prometidos, y estoy segura de que será muy pronto —dice mirando a su hija con una sonrisa, que la otra le devuelve, poniendo su habitual cara de lela—. Entonces sí que haremos una fiesta de pedida verdaderamente por todo lo alto, cuando sea tu novio formal... Vayamos a lo que te decía antes, Gloria. Nena quiere una fiestecita un poco diferente y ha tenido una idea genial: la cena será sólo para chicas y después, cuando empiece el postre, llegarán todos los novios o amigos o lo que sean, vaya, y tomarán juntos el postre, brindarán con champán por la feliz pareja —vuelve a mirar sonriente a Nena, que esta vez se limita a asentir con la cabeza, sin sonreír, con lo cual se hace un gran favor a sí misma— y empezarán las copas y el baile en el jardín, porque esto será en casa, naturalmente. Y ahí es donde necesitamos tu ayuda.

—Dime —le contesto, sin entender qué más quiere que le venda. Definitivamente están locas las dos, la madre y la hija, tal para cual—, en lo que pueda ya sabes que te ayudaré, si está en mi mano, desde luego —aclaro, pensando que igual las dos locas quieren que Carla y yo vayamos a hacerles de camareras o a servir copas, disfrazadas de algo, mientras la niña se pasea embutida en el vestido de mi hija. Todo es posible con estas dos...

—Bueno, pues queremos que nos hagas el *catering* tú —suelta emocionada.

—¿Yo? —les contesto, alucinada—. Pero... pero... ¿para cuánta gente? —No sé qué decirles, ya sé que es una pregunta estúpida la que les hago, ya que me da igual los que sean, no tengo ninguna intención de hacerlo; es que todo esto me está

pillando totalmente por sorpresa y me ha dejado sin palabras—. No, no... de ninguna manera. ¿Cómo os voy a hacer el *catering* yo? No estoy preparada y además debéis de ser un montón de gente: las niñas, los novios... Pedídselo a Nuria, es su trabajo y lo hace muy bien, ya viste el *catering* de mi fiesta de cumpleaños. Lo bordó. Es tan detallista...

—Nada, nada —corta Carla—, claro que sí, os lo haremos encantadas, faltaría más, ¿verdad, mamá? —Estoy mirando fijo al infinito mientras asiento con la cabeza, como un robot, pero mi hija no sabe en qué lío me está metiendo. Una cosa es un pastel o una cena para diez o doce personas, que es lo máximo que he hecho por encargo. Vale, o para veinte, hasta aquí llegaría. Pero, por Dios... ¿cuántos deben de ser?

—¿Cuántos seréis? Es decir, más o menos, ¿cuántos tenéis previstos ser, Cuchi?

—No muchos, treinta y cinco o cuarenta para la cena y, claro, el doble para el postre.

—¡No, no y no! —digo, presa de un ataque de ansiedad—. Nuria es la persona ideal. —Creo que estoy hiperventilando. Tengo que salir a hacer unas respiraciones relajantes o me dará algo serio; sin embargo, antes de escaparme pongo como excusa que voy a buscar unas listas de menús de mis fiestas. No sé por qué digo esto, si no tengo la más mínima intención de hacerles el *catering*, pero es lo primero que se me ocurre y tengo que sentarme sola al menos cinco minutos y relajarme, ayudada por mis respiraciones y mudras. Tanto que lo he practicado cuando no lo necesitaba... Creo que ahora es el momento de comprobar si da resultado—. De verdad que Nuria es la persona ideal... Un segundito que ahora vuelvo —les digo, dejándolas pasmadas.

—Te lo pedimos a ti porque, como ya te he dicho antes, queremos algo muy original, y lo de Nuria y los demás *caterings* es más de lo mismo, ya está muy visto, por eso hemos pensado en ti.

Es lo último que oigo cuando estoy saliendo y veo a Carla que viene detrás de mí.

—Mamá —me dice agarrándome de un brazo, justo cuando estaba juntando las manos para empezar la meditación—. No es momento de ataques de pánico, relájate, haz cinco respiraciones profundas y vuelve a entrar a decirles que lo

haremos. ¡¡NECESITAMOS EL DINERO DE ESAS PIJAS RICACHONAS!! —me grita al oído.

—Pero ¿qué les haremos? Carla, no sabes en qué lío me estás metiendo esta vez.

—Mira, mamá, cocinas estupendamente y tienes imaginación, eres creativa; y éstas no tienen ni idea, ya te inventarás algo. Yo te ayudaré e Imelda también. Ya verás como saldrá redondo. Venga, entremos a decírselo y a proponerles menús.

Me dejo arrastrar por Carla, de nuevo, al interior de la biblioteca, mientras murmuro alucinada por la decisión que acabo de tomar. Lo voy a aceptar. «Debo de estar loca de remate, o soy una inconsciente, o las dos cosas a la vez».

—Pero Carla, si tú no tienes ni idea de cocinar e Imelda no entiende nada, será caótico —le susurro al oído para que no se enteren ellas.

—Nada, nada, mamá. Lo que no sepamos lo buscaremos por Internet, ya verás qué bien quedará todo.

¡Así de fácil es la vida! Ésa es mi hija, incluso me entran ganas de reír y, no me lo puedo creer, me estoy riendo de verdad, a carcajadas.

—Allá vamos —le digo a Carla, cogiéndola de la mano y apretándosela. Ella, contagiada por mí, también se ríe como una bendita.

—Pues sí, lo haremos nosotras —suelta Carla nada más entrar, mientras yo asiento como un cordero que va al matadero, que es exactamente como me encuentro. No sé cómo vamos a salir de ésta, pero en fin, ya que parece que estamos dentro, vayamos a lo práctico, pienso.

—¿En qué menú estaríais pensando? Unas ensaladitas para picar y algo muy ligero, supongo, tratándose de niñas jóvenes y con la obsesión que tenéis todas por el peso y las dietas... —digo esperanzada, lanzando una mirada a la vaca marina protagonista de la fiesta, a la que le conviene una dieta radical.

—No, no —me contesta la madre—. Ya ves, están todas delgaditas —comenta señalando a su hija—, y un día es un día. Les gusta comer bien.

—Canelones, quiero canelones —interviene Nena—, ¿pueden ser de *foie*,

porfi, Gloria?

—¿Canelones? Claro, claro que sí que puede ser, ¿de *foie*? Bien, es sofisticado y original. *Foie* y faisán, una idea fantástica como segundo plato; los haríamos pequeños, muy finitos y como plato fuerte. Y de entrada... ¿Una crema fría de sandía?

—Uy, no. ¿Crema fría de sandía? No, no... Gloria, qué cosas dices. Los canelones los quiero de primero, y no hace falta que sean pequeñitos, a mis amigas les encantarán y a mí me pirran. Con *foie*, mucha bechamel y... sí... con mucho quesito gratinado y, si tú quieres, les pones faisán, también estarán ricos —dice relamiéndose y poniendo más cara de lela, si es que ello es posible.

—Ah, bueno... No hay problema, podemos hacer unos fantásticos canelones de primero, gratinados con una salsa de varios quesos y... ¿tres por persona? —Creo que ya les estoy pillando el rollo a Nena y sus amigas.

—¡Sí, sí! —aplaude como una mema Nena, emocionada, buscando con la mirada la aprobación de su madre, que asiente complaciente.

—¿Y de segundo qué hacemos? —pregunto sin atreverme a aventurar nada más; no me veo capaz de acertar ni de lejos. Decididamente los gustos de Nena no se parecen ni remotamente a los míos.

—De segundo había pensado en algo con mucha salsa. Nos gustan las salsas.

—¿Un pollo al curry con un poco de arroz salvaje? —apunto yo—. ¿O una ternera con una salsa suave de setas? ¿Sabes? Cortada muy finita sería algo muy ligero, pero con su salsita quedaría bien, porque... después de comer tres canelones, igual ya no tenéis mucha hambre.

—Nosotras siempre tenemos hambre, no somos como esas niñas tontitas y anoréxicas que sólo comen ensaladitas y fruta; somos de buen comer. A mí me gustaría algo con salsita —suelta con mirada golosa—. ¡Y con patatas!

—Ah, pues una ternerita suave y tierna rellena de trufa y setas. Cortada en finas lonchas, enrollada con un poco de panceta y con una salsa con crema de leche y un poco de oporto. ¡Ah!, y con patatas, por descontado. ¿Unas patatas a lo pobre? —les pregunto con recochineo, sabiendo de antemano lo que me dirán.

—¡Uy, no! ¡Gloria, por Dios! —dice Nena con cara de echarse a llorar—. ¿A lo pobre? Qué van a pensar de nosotros...

—Nena, creo que Gloria te está gastando una broma, ¿cómo va a servir unas patatas a lo pobre en casa? Parecería que nos burláramos. Sería de mal gusto. ¿Verdad Gloria, que era una broma?

—Claro que sí —les respondo sonriendo a las dos y veo la cara de alivio que pone Nena, arrugando un poco la nariz y soltando una especie de resoplido. Debe de ser su forma de relajarse, otra cosa que no le hace ningún favor, pobre—, era una broma, por supuesto. Haremos patatas *soufflé*, o mejor aún, un *gratin Dauphinois*. ¿Qué te parece? Vaya, ¿qué os parece? —les digo mirándolas a las dos.

—¡Guauuu! —suelta Nena dando saltitos y aplaudiendo—. ¡Eso sí que me gusta!

—Si a Nena le parece bien... —dice la prepotente de su madre con cara de entendida y abriendo unos ojos como platos, a mí también. —Y se pone a dar saltitos con Nena. ¡Panda de locas! En qué berenjenal me he metido esta vez y a ver quién va a sacarme de él, claro que siempre tenemos Internet...

Me rindo, tendrá sus canelones con doble de bechamel y triple de queso y su ternerita con montones de patatas bañadas en salsa.

—Y de postre, ¿qué vamos a hacer? —Y antes de darles tiempo a contestarme, les sugiero, así como el que no quiere la cosa y aguantándome las ganas de reír—: ¿Qué te parece un gran pastel de chocolate relleno de mantequilla y con una auténtica montaña de nata? —La veo babear por la gula, mientras vuelve a aplaudir y a dar saltitos, a los que se une su madre. ¡Ojalá revienten! Pero mientras paguen, a mí qué me importa...

XII

La boutique

-¿Aquí? Pero tú estás... estás mal de la cabeza, Carla. ¿Hablas en serio cuando dices que este es el local ideal para la *boutique*? ¿Pretendes de verdad que nos metamos en este barrio maloliente? Pero ¿no ves que nos atracarán en cualquier momento? Si es un garaje sucio y abandonado y debe de estar lleno de ratas, con... con esa puerta de persiana llena de pintadas o grafitis o como quiera que se llame eso. Es asqueroso. ¿Cómo se te ha ocurrido que nos metamos aquí? Y este barrio... No, no. Yo me voy —le digo mientras agarro con fuerza el bolso, haciendo ademán de marcharme.

—Eh, ojo con lo que dice, señora —suelta enfadado el hombre con pinta de obrero, o de mecánico, no sé muy bien de qué va. Lleva un sucio mono azul y una gorra tipo boina; está subiendo la persiana de la puerta con un ruido espantoso—, que este barrio es de lo mejorcito de Barcelona, a dos minutos de la rambla del Raval, que a los ricos como ustedes les gusta más que a un tonto un lápiz. —Y se ríe a carcajadas abriendo mucho su boca desdentada. Más le valdría tenerla cerrada si no piensa ir al dentista. ¡Qué asco!—. Ahora todos los jóvenes vienen aquí, a montar sus tinglados. Mire —me dice, señalando a lo lejos—, allí hay unos pintores que venden cuadros, los tienen colgados de la pared y de vez en cuando hacen una fiesta, como una inauguración, lo llaman *vernisash* o algo así y se llena la calle de gente que va a tomar un vino. Son gente rara, eso también se lo voy a decir, claro que para mí también son raras ustedes, y ojo que con eso no las quiero ofender, pero que no son normales, así como yo, digamos. Que cada cual es como es, pero ustedes son unas finolis, se nota de dónde vienen, pero igual una temporada aquí las cambia... También hay un almacén que vende trastos viejos, muebles y cacharros, no sé para qué los quieren los que los compran: lo que nosotros tiramos ustedes se lo ponen en sus casas. Pudiendo comprar cosas nuevas, con la de pasta que tienen ustedes, y se quedan esas mierdas que no valen *pa na*; antigüedades, las

llaman, y en eso les doy la razón, antiguo es todo lo que allí tienen, antiguo y viejo y algunas cosas *inclusive* están rotas. Pero no se pueden imaginar la de ricachonas con cochazos y chófer que vienen por aquí a comprarles; el otro día estuvo por aquí, por el barrio, *la Chaquira*, la novia de Piqué, el del Barça. ¡No está poco buena, la tía! *Pa* que vean el público que se acerca al barrio. Parece que esta semana incluso han salido en algún periódico; *los antiguarios*, quiero decir.

»Son maricones, pero majos y buena gente, que no todos los maricones son iguales, ¿eh? Aunque una cosa es que lo sean los *antiguarios*, pero si lo es mi hijo, le parto la cara a hostias; a guantazos le hago volver a ser normal. Las cosas como son y por su nombre, ¿no? Lo que yo digo: vivir para ver; un poco más abajo, al lado del *antiguario*, hay uno de esos bares, éstos tan modernos, con música y gente rica, vestidos como ustedes, o sea, que aquí se encontrarán como en casa y allí, señala de nuevo, si tira usted *pa* la derecha, a nada... unos minutitos de donde tendrá la tienda, ese restaurante que acaban de abrir, que van todos los famosos, los futbolistas y chicas muy guapas, modelos o artistas, donde les sirven pescado crudo. ¡Menuda porquería! *Suchi*, solo de pensarlo se me revuelven las tripas. No sé cómo se llama el restaurante, tiene un nombre japonés o chino, un nombre raro, pero seguro que su hija lo sabe —dice dirigiéndose esta vez a mí en particular, como dándome a entender que yo soy una vieja incapaz de comer pescado crudo y que no está al día de nada.

—¿Cuál? —le pregunto yo, que por mucho que mire hacia donde el obrero señala no veo nada más que garajes con ruedas viejas amontonadas en pilas irregulares delante de sus locales—. Mire —continúo—, no sé de qué me habla, aquí solo hay garajes y ruedas y motos y... una frutería de ésas con las cajas de fruta en la calle tiradas por el suelo, de las que monta esa gente rara, pakistaníes o indios; gente peligrosísima que vienen de países tercermundistas y violentos. Les tengo pánico, auténtico terror.

—Mamá, por Dios, tranquilízate, hay un solo garaje y no está al lado de nuestro local, está al final de la calle. Y lo de los pakistaníes, son esas tiendas de frutas y verduras que ahora están tan de moda en todas partes, ¿no te has fijado en que cerca de casa también han abierto alguna?

—Sí, señora. Aquí la niña, su hija, lleva razón. Dicen que esas tiendas ahora están de moda, yo no sé, no entiendo de eso, pero lo que son es muy prácticas, están abiertas todo el día, y no se preocupe, que éstos no la violan ni le roban, al contrario, son buena gente. No le diré yo que no haya otros de esos países que sean

unos putos delincuentes, pero éstos llevan en el barrio más de diez años y piense que si necesita algo la ayudarán seguro, y los mismos *pakis* de aquí se encargan de partirles la cara a los otros. Todo controlado.

Cada vez estoy más horrorizada, ¿se parten la cara entre ellos? Debe de ser como una pelea callejera como las que salen en los telediarios, con navajas y barras de hierro y quemando contenedores, ¡qué miedo, por Dios, qué miedo! Y nosotras se supone que hemos de estar en medio de todos esos salvajes en nuestra sofisticada *boutique vintage* viéndolo todo, mientras se matan los irnos a los otros... Increíble.

—Y aquello —pregunto señalando un antro en cuyo escaparate exhiben todo tipo de cosas brillantes e inverosímiles—, ¿qué es?

—Ah, tiene buena vista la señora. Son los chinos. Es un todo a cien —contesta el hombre—, también muy práctico.

—Y muy de moda en la zona alta —añade Carla, que parece que la vendedora sea ella en lugar del obrero-mecánico—. Ahora con la crisis todas las señoras bien van a comprar, lo encuentran divertidísimo. ¡No me digas que no lo sabías, mamá!

—Pues mira por dónde, no tenía ni idea, será que no tengo tiempo para tonterías —les respondo indignada, deben de pensar que soy idiota...

—Es que a la señora se la ve muy fina *pa* ir a esos sitios —contesta el obrero-mecánico-enseñador de locales.

—No, no, qué va —le responde Carla—, es que mi madre se ha puesto un poco nerviosa, no se esperaba este barrio. Mire, déjenos solas un momento que así ella y yo lo miramos todo bien y charlamos un poquito. Estoy segura de que la convenceré —dice guiñándole un ojo al obrero-mecánico.

—Bueeno... El barrio es el que es y el local también —acaba sentenciando el hombre—, pero yo no me muevo de aquí, de esa esquina —señala—. Estoy delante de la barbería, que no les fuera a pasar algo y la jefa me echaría las culpas a mí.

—¿Que nos pasase algo? —pregunto, nerviosa—. ¿Es que nos van a atracar o algo así? Yo me voy —le digo a Carla, asustada mientras veo cómo se acerca una moto a toda pastilla y, agarrando el bolso con fuerza con las dos manos, hago

ademán de largarme, esta vez definitivamente.

—Mujer, que no hay *pa* tanto, que me ha venido *usté* muy nerviosa, que aunque estemos en el barrio chino, allí tiene a los chinos *pa* defenderla. —Y se ríe estrechamente, señalando el todo a cien mientras muestra de nuevo sus pocos y podridos dientes y se rasca la cabeza levantándose la gorra—. Lo de que no les pase nada es para que no se me hagan daño en el local, que *usté* —y me apunta a mí— no sé cómo puede andar con esos zapatos —añade, señalando los salones Manolo Blahnik de medio tacón que me había puesto para la ocasión, para ir a la vez cómoda y sofisticada. ¡Cómo diantres iba a imaginarme yo que el nuevo local sería eso! Voy a matar a Carla—. ¡Que no se le caiga la madre! —le dice a Carla—. Y ojo con la escalera que da al altillo —señala al fondo—, que tiene algún peldaño un poco trastabillado.

—No se preocupe —le contesta Carla, sonriendo tan tranquila y contenta como si nos encontráramos entrando en la mejor fiesta de Nueva York en lugar de estar en los barrios bajos de Barcelona y rodeadas de delincuentes dispuestos a atacarnos en el momento en que el obrero-mecánico nos deje solas y totalmente a su merced—. Ya me encargo yo de todo y usted nos espera delante de la barbería.

—¡Ah! Y por la moto no sufra —dice el hombre rascándose sus partes—, que aquí nadie le va a dar el tirón. Eso allá, en esos barrios finos donde viven ustedes, aquí nos conocemos todos. Y ya verá *usté* cuando tenga la tienda que no la estoy engañando.

La verdad es que Carla tenía razón y el obrero-mecánico también; parece ser que me puse un poco nerviosa, pero después de ver el local y las posibilidades que tenía y de darnos un par de vueltas por el barrio, hay que reconocer que para un tipo de negocio como el nuestro, el sitio es perfecto.

Los del anticuario, unos *gays-superdivertidos*, te hacen morir de risa de lo simpáticos que son, y ya esperan que abramos para venir ellos y traernos clientas, y la dueña de la galería de arte, Niní, una francesa monísima y encantadora de unos treinta y pico, delgada y nerviosa, que es pintora, nos ha prometido cuadros para decorar las paredes y organizar un *vernissage* el día de nuestra inauguración, y así mezclaremos la gente, lo cual según ella nos irá bien a las dos. Ella, por

descontado, piensa ser una gran clienta nuestra, y Carla le ha dicho que nos encantan sus cuadros, aunque yo, personalmente, los encuentro horrorosos. Son como enormes manchas de pintura, algunos incluso tienen cosas pegadas, tipo macarrones o material de pesca, anzuelos y cosas así. Hay de todo, según como se inspire ella; a mí el arte abstracto me gusta, bueno, me gusta... Quiero decir que no lo entiendo, pero me gusta porque da categoría, todos sabemos que un Miró o un Tapias en una pared son lo más, pero esto... En fin, dicen que es lo que se lleva ahora, será por la crisis.

Todo el barrio se ha volcado en ayudarnos con la decoración, saben que no tenemos dinero y todos quieren colaborar.

Jaime, uno de los chicos gays del anticuario, es interiorista y se ha ofrecido a dibujarnos el plano para la distribución de la *boutique* y Leo, su socio y pareja, tiene un gusto exquisito y ya está pensando en qué muebles y objetos nos dejará y así, como dicen ellos y Niní, la pintora, a medida que vayamos vendiendo lo que nos han dejado, traerán cosas nuevas y será una *boutique* en constante renovación.

Me gusta la idea, todo estará a la venta. Son ideales y la mar de buena gente.

El problema lo hemos tenido con los chinos. Bueno, problema entre comillas. Ellos también querían ayudar dejándonos cosas, ya que los demás lo hacían... Han traído un gatito dorado de esos tan horteras que mueven el brazo y dan buena suerte, no les he sabido decir que no y lo he cogido. Leo ha tomado rápidamente cartas en el asunto, cuando me ha visto con el muñeco en la mano delante del chino, feliz por habérselo aceptado.

—Gloria —me ha dicho, haciendo una mueca como si me guiñara un ojo—, ya verás, quedará divino en tu despacho.

—¿Los tienes en más colores, Yong? —le ha preguntado al chino.

Yo pensaba que bromeaba, pero ahora el almacén está lleno de gatitos moviendo el brazo compulsivamente y mi despacho también, da un poco de grima, pero parece ser que todos lo encuentran divertidísimo. Le da un toque *kitsch*, opina Leo, y Jaime le da la razón y Niní dice que se inspirará en eso y hará un cuadro. Estoy acojonada, no sé cómo quedará la *boutique*, pero Carla está disfrutando como una posesa. Marta se ha ofrecido para lo que haga falta y ahí está, remangada y haciendo de todo. De casa, han venido las cortinas de terciopelo rojo para los probadores, que hemos colgado de unas barras doradas que ha traído Yong, el

chino, junto a unas guirnaldas verdes con flores y estrellitas doradas, que pretendía poner en la entrada y no hemos aceptado de ninguna manera.

Le hemos dicho que muchas gracias pero que no, que no pegaban, «de momento», ha añadido Jaime, que sabe ser muy sutil. «¡Son preciosas!», ha dicho Carla. A esta niña no la entiendo, no sé si lo ha dicho para quedar bien, para no herir sus sentimientos, o porque le gustan de verdad. Prefiero no saberlo. La *chaise longue* también proviene de mi casa. La tenía en mi habitación, tapizada con una preciosa tela de leopardo, una auténtica maravilla... Pues no me puedo creer lo que le han hecho: Jaime y la pintora se han ido a los chinos y han vuelto con Yong, cargados de telas entre indias y chinas, estampadas con enormes flores de colores chillones que han tirado por encima de mi precioso tapizado de leopardo, para darle un aire *kitsch*, me han dicho. A mí no me gusta nada, es todo brillo, con lo sofisticado que quedaba el estampado de leopardo; pero a todos les apasiona y por no hacerles un feo... En fin, ya me acostumbraré, supongo que cuando esté acabado y con el género expuesto quedará mejor. Conclusión: aquí todo el mundo opina y decora menos yo.

De inauguración nada, ya lo he hablado con Carla —no hay dinero—, pero sí que vamos a llamar a algunos amigos y ofrecerles una copa de vino y unas frutas y *dips* de verduras de la tienda de los pakistaníes. También haremos *hummus*... Estas cosas se llevan, están de moda y es barato, mucho más que el jamón de Jabugo, que no hay comparación, vaya. A los vegetarianos les encanta y obviamente a todas las que siguen una dieta, que son TODAS, les apasiona. Además, dicen que nos harán muy buen precio.

Me muero por ver la cara que pondrán todos nuestros invitados cuando vean el barrio y la *boutique*, y eso que tengo que reconocer que, superado el primer impacto, la *boutique* es superoriginal y divertida, ¡el mostrador es un futbolín de los años sesenta con un cristal encima! Dice Jaime que ha enseñado unas fotos a un amigo suyo que trabaja en una revista de decoración y que la quieren sacar, nada menos que en la portada... Eso sí que sería genial para nosotros, ¡menuda publicidad!

Marta también ha llamado a amigas tuyas para que pasaran a saludarnos y

todas le han dicho que sí. Están ansiosas por ver qué hemos montado para luego poder ponernos verdes, evidentemente. Ya sabemos, por comentarios que nos han llegado, que tienen bastante mala leche. No se puede ser transgresor en nada.

Niní, tal como nos prometió, monta su *vernissage* al mismo tiempo. Veremos cómo les sienta a las cursis con mala leche mezclarse con toda la fauna que aparecerá por aquí. Vendrán todos los amigos de la pintora, esa especie de intelectuales que ahora se llaman *hipsters*, otra cosa que no sabía y acabo de aprender. Son esos que tienen una pinta un poco retro, siempre con su iPad o su iPhone mientras toman un café en la cafetería de aquí al lado. Ella los conoce a todos y dice que son un grupo encantador y que por supuesto también traerán amigos. Tengo que reconocer que esta situación me está divirtiendo mucho.

No sé cómo definiría la decoración, hay de todo, muebles antiguos, telas brillantes, los cuadros de Niní y los gatos de la fortuna, ahora ya por todas partes, moviendo sus garritas sin parar.

La ropa luce bien y los bolsos y zapatos, también. La idea es que haya muy poca cosa fuera, en los expositores, y lo que pida la clienta lo sacamos del almacén. Cada pieza es única, y eso el cliente lo tiene que valorar.

Parece que está entrando alguien, veo a Carla acercarse a la puerta a saludar y me doy cuenta, horrorizada, de que el chino ha colgado su guirnalda de flores en un momento de despiste nuestro, ¿o no? Igual mi hija le ha autorizado. Vete tú a saber...

Los primeros clientes que llegan, ni idea de quiénes son, empezamos bien... Él es un hombre vestido con un traje apretado que a todas luces le va varias tallas pequeño, abultada barriga y los botones a punto de reventar. Cuando se acerca, veo lo gastado que está el pantalón, señal de que lo ha utilizado mucho más que la chaqueta, y la chaqueta brilla tanto por el uso que hace juego con las telas de los chinos. Completa el conjunto una gorra de obrero que me suena mucho, demasiado... A su lado, una mujer baja y recta como un pilón lleva un vestido de satén naranja, un collar largo con grandes piedras de colores y una flor de los chinos en la cabeza. Calza zapatillas de estar por casa.

—Buenas —dice el obrero-mecánico—. ¡Qué bonito ha quedado todo esto! Ya te lo dije, Enriqueta, es todo muy fino. Ah, ésta es mi señora; la he traído para que lo vea y si de paso le gusta algo, pues se lo compro y ya está, que hay que dar

vida al barrio, digo yo. Mire qué guapa se me ha puesto para venir a la inauguración.

—No me seas tan exagerado, Pepe —le dice ella, dándole un codazo a las costillas del marido—. Cómo no me iba a arreglar *pa* venir donde lo de la señora Gloria. En todo el barrio no se habla más que de eso. Le pido perdón por las zapatillas, pero es que los juanetes me están matando.

—¡Na, Enriqueta! Yo no me había dado ni cuenta y la señora Gloria tampoco, ¡si nadie se fija en los pies! Venga, vamos a damos una vuelta, a ver qué es lo que se vende aquí.

Estoy alucinando. ¿Y si llega alguno de los invitados y se encuentra a estos dos? Los tengo que sacar como sea.

Demasiado tarde, veo cruzar la puerta a Cuchi con Nena, se han vestido como para ir a un cóctel con la realeza, ¡como mínimo! No sé cómo irán los demás, pero a quién se le ocurre venir de esa guisa, aunque no sé de qué me extraño, el buen gusto y el *savoir-faire* nunca han sido su fuerte. Detrás de ellas adivino a la Fernández-Jaumá, que viste muy en su línea hortera-estridente y llamativa: un vestido verde manzana con un enorme logo en el medio, el logo es de color lila y puedo leer LV. ¿Es posible que Nicolás Ghesquiére haya sido capaz de diseñar esto para Louis Vuitton? No me lo puedo creer... ¡¡Qué espanto!! La que faltaba, ahora sí que hemos conseguido reunir a un auténtico grupo de *frikis* en la *boutique*; se están observando los unos a los otros y se lanzan miradas suspicaces, creo que en cualquier momento se empezarán a olisquear. *Kitsch*. Eso sí que es *kitsch* de verdad.

Cuchi y Nena, nada más cruzar la puerta, se han quedado paradas en seco, pasmadas, con la boca abierta y los ojos como platos, como si husmearan a su alrededor con sus operadas naricitas, esperando que les acechara algún terrible e inminente peligro; de hecho, se han detenido tan de golpe que la Fernández-Jaumá, que iba detrás, ha tropezado con ellas, dándole un involuntario empujón a Nena, que se ha tambaleado sobre sus altos tacones y se ha agarrado con fuerza a su madre. Situación peligrosa, han estado a punto de caerse las dos, o las tres, si tenemos en cuenta que la autora del involuntario empujón casi les pasa por encima. Enriqueta y Pepe, que lo han visto todo, están señalándolas y riéndose a carcajadas, mientras la Fernández-Jaumá, más decidida ella o más acostumbrada a estos barrios, aprovechando la confusión de las otras dos, las ha sorteado sin dar ninguna importancia al hecho de que hayan estado a punto de aterrizar todas en el

suelo y se está dirigiendo hacia mí a toda velocidad, con los brazos abiertos de par en par como para abrazarme o aplastarme, no lo tengo muy claro, mientras la veo venir como una apisonadora; por si las moscas, retrocedo un poco, pero ella no se desanima y me llama a gritos por mi nombre, pensará que no la he visto... Imposible no verla con el numerito que está montando.

De repente suena como una especie de aullido estremecedor, es un grito que da el obrero-mecánico desde la otra punta de la *boutique* blandiendo en la mano una percha con una camiseta Balenciaga llena de sofisticados y estudiados agujeros.

—¡¡Me cago en la mar!! Pero ¿esto qué es? ¿Lo han mordido las ratas o qué? Tenga, tenga, quítelo de ahí antes de que lo vea algún cliente fino, como esas señoras —dice señalando a Cuchi y a Nena.

Se hace un silencio sepulcral, que rompe Carla cogiendo del brazo a Pepe el obrero y diciéndole en voz alta y riéndose:

—Pero qué divertido eres, Pepe —¿Mi hija sabe que se llama Pepe? Yo me acabo de enterar, hasta hace unos minutos no tenía ni idea de su nombre—. Y qué chistoso... Ya sabes que la tienda vende todo de segunda mano y quieres hacer una broma por esto... ¡Ah! Os presento —dice dirigiéndose a los demás—. Es Pepe, el propietario del local y de medio barrio, tiene cinco locales más en esta acera. —¿Que el paleta es el propietario de medio barrio? Estoy alucinando...

—Pero... yo no hacía una broma... Esto, esto es lo que... —balbucea Pepe, que no entiende nada.

—Vamos a tomar un vino —le sugiere Carla, arrastrándolo y consiguiendo así que no acabe la frase, o que si la acaba, al menos no se oiga lo que dice, y sacándolo de en medio de un tirón.

Cuchi y Nena, ya recuperadas de su «entrada triunfal», no pueden aguantarse la risa y, quizás para vengarse de los paletos que antes se han burlado de ellas, lo están comentando a un grupito de amigas que acaban de llegar. Todas se ríen como locas, momento que la Fernández-Jaumá, que es la única que no se ríe, aprovecha para acercarse y abrazarme y, cómo no, plantarme dos húmedos besos, uno en cada mejilla; situación que aún hace desternillarse más al grupito criticón.

—¡Pues vaya clientela! Entre esto y el barrio... —oigo que dice una del grupo lo suficientemente alto para que yo me entere.

—Esto es el barrio chino, ¿no? —pregunta otra con cara de susto—. Me lo habían dicho pero no me lo podía creer. ¡Qué horror!

—Sí, y la decoración lo remata, imposible hacer una cosa más horrenda y hortera, de verdad que no entiendo cómo Gloria... —se ríe Cuchi.

No puedo más, aparto bruscamente a la Fernández-Jaumá y me dirijo rabiosa a la entrada, donde está el grupo de víboras. Mientras la *boutique* se va llenando, llega gente que conozco y algunos que no me suenan de nada y van vestidos, eso sí, muy alternativos, deben de ser los *hipsters*, los amigos de Niní: llevan gafas de pasta, ropa de aspecto *vintage* y camisetas de grupos que no me suenan de nada y hablan cargados de ironía mientras observan a las cursis de la *jetset* que poco a poco también van llenando la tienda; se está formando un ambiente muy variopinto y yo diría que muy neoyorquino. Para mi sorpresa, empiezo a escuchar comentarios positivos. A mis oídos llegan palabras como original, desenfadado, actual y *kitsch*, eso es lo que suena más. Bien, no todo es negativo, de hecho, ya hay una invitada que se está probando un vestido y otra que está felicitando a Carla; sin embargo, yo sigo decidida a enfrentarme a las víboras y me enfrento.

—Os agradezco mucho que hayáis venido, pero creo que hoy no es el día ideal para que vosotras conozcáis la tienda. Hay mucha gente «especial», especial para mí, quiero decir, y es un concepto tan nuevo de *boutique* que no sé si vais a ser capaces de captarlo. Os invito amablemente a marcharos, antes de estropearme la fiesta. Ya vendréis otro día y así vais a tener tiempo de digerirlo todo un poco, se os ve muy sobreexcitadas. Hoy no encajáis aquí, hoy están mis amigos y los amigos de mis amigos —les digo mientras las empujo fuera de la tienda sin darles tiempo ni siquiera a reaccionar.

No sé si he hecho bien, porque me he dejado llevar por los nervios, pero sé que volverán y me pedirán disculpas, les interesa demasiado lo que yo vendo para hacerse las ofendidas, y si no, ya vendrán otras.

Echo un vistazo a mi alrededor y ahora lo que veo me gusta, hay alegría por todas partes, la gente está contenta y yo también, tanto que busco a la Fernández-Jaumá y cuando la encuentro, la cojo del brazo sin importarme su atuendo ni que

me vean a su lado y me la llevo directa a la trastienda, con una idea muy clara que se me acaba de ocurrir.

—Pili —le digo, acabo de recordar su nombre—, tengo una cosa para ti.

—¿Para mí? —pregunta ella, aún aturdida de que la lleve cogida del brazo y la llame por su nombre.

—Sí, mira, entra —le indico llevándola al fondo del almacén, donde decenas de gatitos chinos nos saludan con la mano—. Hoy es tu día de suerte. —Y de una estantería saco una funda de Hermès, que naturalmente contiene mi Birkin Gold, cuarenta y cinco en Swift, el que ella tanto había deseado el día que la conocí y que yo jamás le habría cedido por considerarla fea y hortera y poco digna para llevar mi bolso, y bien, pues he cambiado de opinión; ahora quiero que lo tenga ella.

—Es para ti —le digo—. Te lo he estado guardando hasta ahora porque quería que fuera tuyo y no de esas pijas criticonas. Por eso no se lo había vendido a nadie. Te estaba esperando.

No es verdad, no lo había vendido porque era tan especial que lo quería conservar para mí el máximo tiempo posible. Era el último que me compré, pero me ha salido así, como un impulso. Jamás pensé que se lo vendería a ella; pero cuando la he visto aquí hoy, mezclada con la gente, no era tan esperpéntica, era una más; las que sobran y llamaban la atención eran las otras, por eso las he echado. No quiero parecerme más a aquellas imbéciles descerebradas.

Lo coge con cuidado, con mimo, diría yo, lo mira, lo acaricia y me doy cuenta de que quizás, más que el bolso, lo que le importa es que yo la acepte a ella. El no sentirse menospreciada. La comprendo perfectamente, es como me he sentido yo hace un momento.

Está llorando, se me abraza de nuevo con todo el rímel corrido y me da dos besos más y yo la dejo, esta vez la dejo hacer, ya no me avergüenza.

XIII

Adivina quién ha venido hoy a comprar...

La *boutique* está siendo un éxito, ha habido comentarios de todo tipo entre mis examigas, por llamarlas de algún modo. Niní las llama directamente «las pijas». La alta sociedad es así, un hervidero de víboras; pero todas, todas han acabado viniendo y comprando, que es lo único que me importa. ¿Los comentarios? *je m'en fous*, como dice Niní. Claro que con aquellos cuadros que pinta no me extraña que haya tenido que aprender a pasar de los comentarios, porque si no estaría con una depresión o se habría suicidado ya, le dicen cada cosa... Es que la gente es maleducada y para una que le dice algo bonito, hay no sé cuántas que la critican, y que conste que yo no le digo nada, es más, le digo que me gustan mucho, las mentiras piadosas están permitidas, ¿no?

—Hay que ser fuerte —sentencia siempre que le dicen algo que no le gusta y se echa a reír—. Lo importante, Gloria, es estar bien con uno mismo y convencidos y felices de lo que hacemos. Es un problema de actitud, actitud positiva —añade, y es verdad, tengo que reconocer que esta francesita treintañera y menuda me ha enseñado mucho con su manera de tomarse la vida.

Incluso las impresentables que eché el primer día han vuelto con el rabo entre las piernas, todas juntitas como un rebaño, supongo que porque venían muertas de miedo, y sin mencionar para nada el episodio. Al contrario, las muy hipócritas incluso me han felicitado efusivamente por la decoración, el barrio y ¡el ambiente! Y no veas cómo han comprado...

En unas semanas ya nos hemos hecho un nombre y esto es un no parar, estamos agotando el género y, como predijeron los anticuarios y la pintora, estamos redecorando continuamente. A las clientas les gusta todo, todo lo que tenemos en la *boutique*. Baste decir que hemos tenido que pedir más gatitos de la suerte a los chinos. Los encuentran divertidísimos y muy *kitsch*. «Sí, claro que ya los habíamos

visto en los chinos, pero no es lo mismo —dicen—. Aquí les dais otro aire, es tan... tan alternativo todo...». Panda de esnobs...

La guirnalda de flores verdes, la verdad, y me río sola cuando lo pienso, es lo que ha tenido menos aceptación, pero juraría que al menos una hemos vendido, o la que había se la ha llevado Carla a escondidas, con lo que le gustaba... Vete tú a saber, pero lo cierto es que aquí ya no está.

La cuestión, lo que me pregunto, es dónde meten los gatitos en su casa, porque alguna se ha quedado varios «para ponerlos agrupados», ha dicho con aire de convencida y experta decoradora. Les deben de quedar *kitsch*, seguro. Ahora ésa es la palabra que utilizamos más. Ha entrado a formar parte de nuestro vocabulario habitual: *kitsch* por aquí, *kitsch* por allá...

Carla se ha volcado en la *boutique* y ha dejado de estudiar Derecho; eso no me gusta y ella lo sabe, le he repetido mil veces que los estudios son importantes, supongo que será porque yo no los tuve. Pero es tozuda y dice que su futuro está en la moda; yo le contesto que vale, que si lo que le gusta es la moda, que estudie diseño o lo que sea relacionado con eso. Me ha prometido que lo mirará, pero lo único que ha encontrado interesante es la Parsons School en Nueva York, y me dice que no, que le da pereza viajar, irse lejos, empezar de nuevo... Y que prefiere quedarse aquí conmigo. Yo creo que lo hace para no dejarme sola, y se lo agradezco de todo corazón, pero ya estoy preparada para vivir mi vida y mis hijos tienen que vivir la suya. Claro que me dará mucha pena que se vaya, aunque es lo mejor para ella y tengo que conseguir convencerla como sea.

Pablo también ha empezado un máster de lo suyo, en Estados Unidos. Se lo paga su padre y a mí me parece muy bien, aunque lo echo de menos, cómo no, una madre es una madre y siempre será así. También lo veo ahora más cercano a Javier; es normal, es su padre.

Javier se ha separado de Beatriz, me lo ha dicho él personalmente, aunque yo

ya lo sabía por alguna «buena amiga» que había corrido a contármelo.

Ha venido a verme a la *boutique*, como el que no quiere la cosa, y me ha dicho que pasaba por allí de camino a no sé dónde... ¡Anda ya! Eso no se lo cree nadie. Javier, tan poco imaginativo como siempre. Quería que lo perdonara, que volviera con él. Ni loca volvería.

Ella, la putilla, se ha liado con otro y él, el supermacho ibérico, no lo ha podido aguantar y la ha largado, como hizo en su momento conmigo, salvo que el motivo no era el mismo: yo no le fui infiel jamás. Ahora vive solo, casi como un ermitaño, en un pueblecito de la Costa Brava. Se ha comprado una casa al lado del mar. Los niños —¡niños!, ¿cuándo dejaré de llamar «niños» a ese par de adultos?— van a verle de vez en cuando y ahora tienen buena relación con su padre. Me dicen que está muy cambiado, que todo lo que ha sufrido con la separación de Beatriz lo ha transformado en otro hombre. La vida pone a cada cual en su sitio. Ella intentó volver con él varias veces, pero eso es algo que el macho ibérico herido no puede aceptar de ninguna manera. La ha dejado sin nada, como es su estilo; a mí si me dejó algo fue por los niños, si no, sin compasión, como con ella. Creo —y eso ya lo encontraría yo muy fuerte e impropio de la educación que tiene, vaya— que dicen las malas lenguas que hasta el Birkin de cocodrilo le quería quitar, pero que la tía, muy lista, no se lo quiso dar de ninguna manera y lo escondió en el jardín, parece que lo enterró y luego lo fue a buscar por la noche. No sé si creérmelo, suena a película de risa... o de terror.

Ahora me han dicho que está sola y amargada. Empezó a beber y su adicción a la cocaína fue a más, y ha tenido que ir vendiendo todo lo que le regaló Javier. Bueno, todo lo que se pudo llevar, que sé de buena tinta que es poco, muy poco. Hace muchísimo que no la veo, pero los comentarios no paran de llegarme y parece que no es ni una sombra de lo que fue. En esta vida, todo el mundo acaba pagando por el mal que hizo, tarde o temprano.

A Javier lo he perdonado a medias, quiero decir que no del todo, pero no quiero malos rollos ni con él ni con nadie. Me ha costado tiempo, porque lo he llegado a odiar con todas mis fuerzas. Lo que me hizo no tiene nombre y sólo de pensarlo se me revuelve el estómago de nuevo, pero no hay que vivir con rencor, no es bueno para mí ni para mi salud; genera malas vibraciones, como dice Niní. Y no, no volvería a vivir con él, aunque no tenía sentido estar sin hablarnos. Así está bien, como gente civilizada.

—Gloria, Gloria —oigo que me llaman—, parece que estás en otro mundo — me dice Marta tocándome el brazo—, llevas al menos diez minutos mirando aquella pared. Mira quién acaba de entrar y está en la puerta hablando con tu hija. —Esto lo dice bajito y muy sobreexcitada—. Carla lleva horas lanzándote miraditas y gestos y tú ni te enteras. ¡Hija, cómo estás hoy! A lo lejos escucho la voz de Carmen, la joyera que tiene su *showroom* en el paseo de Gracia, y no me sorprende nada su visita, no veo qué tiene de extraño ni el porqué de tanto revuelo, si se pasa por aquí a todas horas. A veces me trae alguna de sus importantes clientas de fuera y yo se lo agradezco; lo mismo hacemos con ella cuando alguien nos pide una buena joyería, la verdad es que tiene piezas maravillosas.

—Carmen —le digo dándome la vuelta—. ¡Ah! —exclamo sorprendida al ver que no está sola ni mucho menos. A su lado hay dos hombres fornidos con pinta de guardaespaldas que rodean a una mujer joven, de larga melena castaña, alta y muy delgada. Fuera, en la calle, hay fotógrafos y en la *boutique* se ha montado un revuelo alucinante. Ahora me doy cuenta del porqué. Cuando se da la vuelta puedo ver claramente quién es, no hay lugar a dudas: ¡Rania de Jordania! ¡Rania en mi tienda! No me lo puedo creer... Me levanto de la silla de un salto, tropiezo con mi propio bolso, que estaba en el suelo, desparramando gran parte de su contenido, y haciendo equilibrios para no caerme cuan larga soy atino a balbucear algo así como—: Perdón, *sorry*... Ehhh... No me había dado cuenta, yo... —No sé a quién me estoy dirigiendo, yo diría que a todos en general. Me he quedado tan cortada que no sé ni qué tengo que hacer.

—Ya... Tranquila, mamá. Todo controlado —me dice Carla tomando las riendas con desparpajo, como si toda su vida hubiera tratado con reinas—. Mamá, la reina Rania de Jordania acaba de llegar —suelta como si fuera lo más natural del mundo, mientras Rania me dirige una sonrisa amable—. Dice que le gustaría ver algunas prendas de nuestra *boutique*, que le han hablado mucho de nosotros; la ha acompañado Carmen.

Se acercan las tres a mí, mientras Carla me la presenta en inglés y Carmen me dice:

—Estaba en mi joyería y quería venir aquí, así que...

Me he quedado pasmada, no sé qué decir ni qué hacer. ¿Cómo se llama a una reina? ¿Majestad? ¿Alteza? No tengo ni idea y, ante la duda, opto por hacerle una especie de estúpida reverencia inventada por mí misma sobre la marcha, torciendo una pierna hacia la derecha mientras me desequilibrio hacia el otro lado pisando sin querer algunas cosas que habían caído de mi bolso y que crujen sospechosamente; parece que en algún momento de esta ridícula pantomima que yo sola acabo de protagonizar he perdido pie, y ella extiende la mano hacia mí, no sé si para tranquilizarme o para evitar que me caiga, no lo tengo claro, pero gracias a Dios la ayuda no es necesaria, porque yo sola recupero el equilibrio y me enderezo lo más dignamente posible, mientras ella se dirige decidida hacia el maniquí que lleva nuestra mejor prenda. Un Dior años sesenta, sencillo y de manga corta, cuello redondo y rematado con un fino cinturón blanco. Lo señala y le dice a Carla que lo quiere. A mí supongo que me ha dejado por inútil, por la cara de pasmada que pongo, y yo sigo así todo el tiempo, con una sonrisa bobalicona y sin saber qué decirle. Afortunadamente, mi hija se encarga y le va mostrando todo lo que ella le pide.

Es guapa y con mucha clase; se la ve amable y cercana, y muy joven, más de lo que parece en las fotografías de la prensa. Va vestida de Prada, muy en su estilo, falda *évasé* gris antracita, camisa masculina de seda color crema y cinturón estrecho un tono más claro que la falda; lleva un gran bolso de Céline. Va a la última, pero sin estridencias, discreta y correcta. Le explica a Carla que le encanta Barcelona, que viene a menudo, sobre todo si hay fútbol. Esta tarde irá con su hijo mayor a ver jugar al Barça, del que se considera fan, le dice riéndose, y también le comenta que cuando viene a Barcelona nunca deja de ir a ver a Carmen en su *showroom*, que le encantan las joyas que tiene y que siempre le compra algo. Mientras lo explica, extiende el brazo y les muestra unas pulseras con hilo de distintos colores y unos brillantitos en el centro; se ríe, está contenta con sus compras y se la ve feliz.

Quedamos en entregarle todo lo que ha comprado en el hotel Mandarín, en el paseo de Gracia, donde se hospeda con sus hijos y su séquito.

Se despide de todos dándonos la mano uno a uno. Cuando me la da a mí, intento de nuevo otra reverencia y ella me dice que no, que no hace falta, ¡menos mal!, y le da dos besos a Carla, como si fueran amigas. Nos da las gracias por todo... ¡A nosotras! Y nos dice que le encanta todo lo que tenemos, que volverá seguro y que, por favor, la llamemos cuando tengamos una pieza de su estilo. ¡Madre mía! ¡Faltaría más, será un honor!

Carla le regala un pañuelo de seda en tonos neutros de Céline, de los años sesenta, con un estampado floral muy tenue que le hace juego con todo lo que lleva; se lo quiere dejar puesto, duda entre el cuello, como un fular, o anudarlo al bolso. Al final se decide por el bolso. Fuera, en la puerta de la *boutique*, los fotógrafos captan este instante. Los guardaespaldas no tratan de impedirlo, ella tampoco; al contrario, les saluda con la mano y les sonrío.

Otro revuelo en la puerta, justo cuando ella va a salir. Más hombres con pinta de guardaespaldas, tres o cuatro, que casi tropiezan con los que ya estaban, en su afán de proteger a su «cliente». Los de Rania intentan salir y los otros entrar. ¡Menudo follón se organiza! ¿Y ahora qué pasa? ¿Quién es el nuevo vip que casi tiene que forcejear para acceder a la tienda?

Pronto nos queda claro, cuando se cruza con Rania. Se paran las dos y se saludan sorprendidas dándose dos besos en las mejillas. También está muy delgada, mucho más que Rania, y tiene exactamente el mismo pelo e idéntico peinado. En cuanto a su *look*, nada que ver: va vestida con un pantalón de estampado geométrico de Mango, un poco corto, por encima del tobillo, de colores negros y azulados, y una sencilla camiseta de seda blanca, todo rematado por un cinturón ancho rojo, que acentúa aún más su delgadez, y unos altísimos *peep toes* beis, unos letizios, vaya. ¿Pero quién...? ¡La reina Letizia! ¡No me lo puedo creer! Estamos todos alucinando. Marta se ha quedado sin palabras; Maika, la dependienta, sigue sosteniendo la puerta abierta para que toda esa multitud de guardaespaldas y reinas entren y salgan a su gusto... Carla es la primera en reaccionar y se dirige veloz hacia la entrada; allí los fotógrafos, sin poder creer la suerte que han tenido, están acibillando a fotos a las dos altezas. Por fin una se va y la otra se queda.

—Bienvenida, Alteza, está usted en su casa. Nos hace un gran honor al visitarnos. Si podemos servirla en algo... —Carla parece que se haya criado entre la realeza. ¡Qué seguridad y aplomo demuestra! Menos mal, porque las demás nos hemos quedado pasmadas de nuevo. Yo me acerco un poco tambaleante por los nervios y le hago a Letizia directamente una genuflexión, como si estuviera en la iglesia. Sé que no es exactamente así, pero prefiero no volver a jugármela con el fiasco de reverencia que he intentado con Rania. Una genuflexión siempre queda bien, pienso mientras la hago, y aquí sí que no tengo problema. Son muchos años de colegio de monjas como para no acordarme.

—Mamá, deja de hacer tonterías —me dice Carla bajito y al oído— y estate

quieta de una vez. —Y se dirige sonriendo a la reina de España, que ya está en el interior de la *boutique*.

—Me gustaría quedarme las mismas prendas que ha comprado la reina Rania —nos suelta a bocajarro Su Majestad, mirando nerviosamente las barras y las estanterías de la *boutique*—, ¿me las podéis enseñar, por favor?

—Es que... aquí sólo tenemos piezas únicas, Alteza —atino a decirle yo, lanzándome—. Eso que nos pide es imposible.

—No es posible... ¡Qué lástima! —murmura Letizia—, me habría gustado exactamente lo mismo, porque la reina Rania y yo tenemos el mismo estilo; todo el mundo nos dice que nos parecemos mucho físicamente y vestimos dentro de la misma línea... Aunque, la verdad sea dicha, yo siempre he creído que ella me copia.

Nos quedamos perplejas por el comentario, pero nos ofrecemos voluntariosas a buscarle algo parecido, o al menos del mismo estilo de lo que se ha quedado Rania. Misión imposible, aquel Dior era único, no hay nada en la tienda que se le parezca ni remotamente, pero como ella no lo ha visto... En realidad no tiene ni idea de lo que se ha quedado la otra, con lo cual, con un poco de picardía...

—Sí, es lo más parecido a lo que ha comprado ella, Alteza —le digo mientras le muestro un dos piezas de Chanel años setenta de pata de gallo blanco y negro, que no se parece absolutamente en nada al que se ha llevado la otra—. Es también una pieza única, ella estuvo dudando y al final se quedó con otro muy similar.

—En azul marino y blanco —añade Carla para que la mentira lo sea menos.

—Bien, pues me lo quedo, no se hable más. Encantada de conocerlas y volveré a menudo a su *boutique*. Gracias por el trato que me han dispensado, lo comentaré con la reina Sofía.

—Es muy generoso por su parte, Alteza... Majestad... —le digo yo despidiéndome, mientras Carla se acerca para obsequiarla con un pañuelo de Gucci estampado en tonos verdes oscuros y con grandes dibujos de estribos para montar a caballo.

—Oh, muchas gracias —le agradece a Carla sonriendo—. No sé si ponérmelo atado al cuello o que me cuelgue del asa del bolso.

—Del bolso —le aconsejamos las tres a la vez—. La reina Rania también se lo ha colgado del bolso. Y sí —añado yo—, es verdad que se parecen mucho las dos, y yo también estoy de acuerdo con usted, la reina de Jordania la imita descaradamente.

—¿Verdad? Bueno, son cosas sin importancia... Ya se sabe... Por favor, no quiero fotos. ¡Que se vaya la prensa! —ordena con voz de mando a sus guardaespaldas—. Si no se van, no salgo —anuncia malhumorada. Nos mira haciendo un mohín y levantando las cejas, como queriendo decir: «¡Qué pesado es ser de la realeza! ¡Lo que tenemos que aguantar!».

XIV

París, otra vez París

-Mamá, ¿a qué hora es tu vuelo? —me pregunta Carla al ver el *trolley* de Louis Vuitton que tengo en el suelo, a mi lado.

Estoy sentada en el despacho de la *boutique*, ultimando unos encargos antes del viaje. París. Otra vez París, pero esta vez será muy distinto, voy a trabajar. Y aunque me apetece mucho, no tendrá nada que ver con la última vez que estuve. Allí fue donde empezaron los problemas, cuando encontré a Javier y Alfonsito sentados en el bar del Plaza con Beatriz.

Mi despacho, al fondo de la *boutique*, es totalmente acristalado, naturalmente, se pueden ver gatitos de la suerte de todos los colores por todas partes, moviendo frenéticamente su bracito. Hemos hecho especialmente una estantería para colocarlos y que se vean desde fuera y desde dentro, parece ser que es importante que yo no los pierda de vista nunca, algo imposible de veras, ya que la *boutique* está inundada de ellos.

Desde allí controlo todo lo que pasa. Quién entra y quién sale; y controlo también si es necesaria mi ayuda con una clienta especial, o si alguien requiere mi consejo para acabar de decantar una venta. Mis clientas suelen ser mujeres caprichosas e indecisas, pero se dejan convencer muy fácilmente por mí. No sé por qué, pero es así.

Maika, la joven empleada que tenemos, hace de secretaria y de dependienta, y la verdad es que es un tesoro; sin embargo, a veces la clienta quiere que la aconseje yo. Y bien, pues aquí estoy, para eso y para lo que haga falta.

El otro día, una rusa de esas despampanantes con un novio que les paga todo lo que quieren, a la que no conocíamos de nada, ya que no había venido

nunca antes, se empeñó en que quería todo lo que yo llevaba puesto. Todo. Pues me lo quitó, en el probador, por supuesto, si no igual habría corrido el riesgo de que también quisiera mis bragas y mi sujetador, ¡son tan alucinantes algunas clientas!, y se lo vendí y santas pascuas. Ah, bueno, y lo más fuerte fue cuando en el momento de pagar vio mi bolso y mi abrigo en una silla del despacho, y dijo que también los quería. «¿El abrigo?», le pregunté yo, levantándolo con las dos manos para mostrárselo. «Y el bolso también», añadió ella, afirmando con la cabeza y señalándolo. Pues vacié el bolso delante de ella, pensando con recochineo que a lo mejor me querría comprar también algo de su contenido. Por cierto que, aunque suene a chiste, en el bolso llevaba un gatito de la suerte, era para una clienta que me lo había pedido y se lo entregaba esa tarde a su conserje; son de esos customizados que ahora hace Niní, los pinta, les pega cosas, en fin, una horterada, para mi gusto, pero no veas cómo funcionan. Niní no da abasto en hacerlos, por eso éste lo entregaba yo, iba con retraso. Pues nada, que la rusa cuando lo vio, se volvió como loca, que lo quería y lo quería. Así mismo; intenté explicarle por señas y como pude que no podía ser, que estaba vendido, que era un encargo, que la clienta lo esperaba desde hacía días, que le harían otro igual o más bonito o lo que quisiera... Pues no, quería aquél. Pagó diez veces más su precio, es decir, su precio customizado, que ya es decir, pero se puso tan pesada que se lo vendí. Lo envolví todo con un papel de seda y lo añadí a las bolsas con las otras compras. Ojalá todo fuera tan fácil en la vida. La verdad es que ya no le tengo apego a casi nada material. Desde que tuve que desprenderme de todas mis cosas para ir vendiéndolas se me ha formado una especie de coraza que me ha hecho fuerte. La vida es mucho más fácil así.

—Dentro de un par de horas salgo para el aeropuerto —le digo echando un vistazo al diminuto Cartier antiguo cuajado de minúsculos brillantes que llevo en la muñeca—. Me encantaría que pudiésemos ir juntas, Carla, sobre todo después de lo duro que hemos trabajado todo este año. Aunque dos días de trabajo allí tampoco dejarán tiempo para gran cosa más. Ya sabes, tengo que visitar atiborrados guardarropas de señoras arruinadas que fingen venderlo porque necesitan espacio o herederos de verdaderas montañas de trastos inútiles en los que tengo que rebuscar para encontrar algo que valga la pena; discutir precios, escoger bien pero sin demostrar interés, porque si no ellos fingen que ya sabían que la pieza era buena y te triplican su valor, y después que sea fácil venderlo en Barcelona, que aquí no tienen el mismo gusto que en Francia.

—Sí, bueno —replica Carla soltando una carcajada—. Si quieres voy yo y tú te quedas aquí aguantando el rollo de todas estas pijas —«Otra que ya las llama

pijas», pienso— que no pararán de preguntarme «por mamá» y que a ver cuándo vuelves y que a ver qué traes y que naturalmente cada una de ellas «se muere por ser la primera en verlo»... Y además, no sé por qué te preocupas, si al final se lo venderás todo. ¡Eres una crack, mamá!

—Sí, sí, una buena crack soy, ya... Lo que pasa es que ahora ya tengo experiencia y sé dónde buscar sin perder el tiempo. Pero me ha costado, ¿eh? ¿Te acuerdas al principio? Metí la pata más de una vez, y eso que yo me creía una experta en moda... Cuánto me faltaba por aprender aún... ¡A ver si en París encuentro algo de alta costura! —le digo cambiando de tema—. Tengo dos clientas que andan locas por un Dior de los años cincuenta. No es nada fácil encontrar una pieza así, pues imagínate lo que será conseguir dos; aunque si hay suerte y lo consigo, les sacaré lo que quiera. Son amigas, y para ellas es como un reto. Lo quieren a toda costa y pagarán lo que sea. ¡Qué mundo de rivalidades y competitividad! No lo entiendo, te juro Carla que no puedo entender a esas mujeres, es ahí cuando me doy cuenta de lo mucho que he cambiado.

—¡Venga, mamá! ¿No lo entiendes? Es verdad que has cambiado bastante, pero hasta hace poco tú también eras así. Igual que ellas o peor. Las habrías ganado a todas. Por eso te adoran, porque saben que las comprendes.

—¿Que yo era como ellas? Venga, venga, ¡anda ya! No me digas eso, no exageres, hija. Yo nunca he sido tan imbécil.

—Imbécil no, pero esnob y obsesionada con ser «lo más»... ¡No me digas que ya no te acuerdas! —suelta Carla riéndose a carcajadas, mientras yo pongo cara de ofendida—. Me encanta este trabajo, mamá. ¡No sabes cómo he disfrutado, sobre todo este último año! En el fondo, ha sido una suerte que papá nos dejase, si no yo ahora continuaría estudiando Derecho y jamás habría sabido que el mundo de la moda es lo mío, porque, no es por nada, pero se me da de coña. Por cierto, la semana que viene es tu cumpleaños. ¿Quieres que te preparemos una fiesta sorpresa? —me suelta con ironía.

—¡Para sorpresa ya tuvimos bastante con la de hace dos años! Será imposible de igualar jamás —digo, recordándolo horrorizada—. No, cariño, no. Ya sabes lo que quiero este año, una cena tranquila, contigo y con tu hermano, ¡no sabes la ilusión que me hace que vuelva de Nueva York! Hace más de tres meses que no le vemos, ¿verdad? Ya ha pasado otro trimestre, el tiempo vuela.

—Es cierto, mamá, lo vemos muy poco, pero él está feliz y eso es lo más importante; en el fondo, poco a poco todos hemos ido encontrando nuestro camino hacia la felicidad. Hasta papá está muy bien y muy tranquilo en su casita de la Costa Brava, se le ve feliz. ¿Sabías que tiene un huerto y lo cultiva él mismo?

¡Ah! Y no te lo pierdas, ha empezado a hacer yoga y meditación.

—¿Yoga y meditación, tu padre? Con lo que se burlaba de «mis cursos», como él decía. Si me lo hubieran jurado, no me lo habría creído nunca. Me alegro por él. Todos lo hemos pasado muy mal.

—Bueno, yo me voy —dice Carla, dándome dos besos y recogiendo sus cosas apresuradamente—. Al final he decidido que sí, que me apunto al curso de diseño. Lo he pensado mucho y creo que es lo que más me apetece hacer en este momento. ¡Me apasiona la moda, ya sabes!, y creo que hoy acaba el plazo de admisión. Sólo faltaría que después de pensármelo tanto no llegara a tiempo.

—Me alegro por ti, Carla, creo que has tomado una buena decisión, aunque al menos hasta que empieces las clases me ayudarás un poco con la tienda, ¿verdad? Así lo dejaremos todo organizado y te irás más tranquila, porque sé que te preocupa dejarme sola, piensas que no lo haré bien —le digo riéndome.

—¡Por supuesto que sí! Puedes contar conmigo para lo que sea, pero el año que viene desde Nueva York ya poca cosa podré hacer por ti —musita con cara de pena y se lanza a mi cuello y me abraza fuerte, fuerte...

—Venga —le digo con lágrimas en los ojos—, lárgate ya de una vez, que si no aún llegarás tarde y tendré que utilizar todas mis influencias para que te admitan fuera de plazo.

—Tienes razón, me voy pitando. Que tengas un buen viaje y disfruta todo lo que puedas de París.

—Empieza a andar hacia la puerta y de repente se para, se da la vuelta y me dice—. Pero, mamá, con Pablo en Nueva York y yo también allí... El año que viene te quedarás sola... ¿Qué harás?

—Bueno, al menos vosotros dos estaréis juntos y os tendréis el uno al otro, y, como comprenderás, con mis dos niños allí me pasaré la vida viajando para veros. Puede que incluso monte algo en Nueva York —digo medio en broma, medio en

serio—. No se sabe nunca... La vida da tantas vueltas... Al final si vosotros no estáis, aquí no me ata nada, puedo empezar de cero en cualquier parte. Dos años o tres en Nueva York no son mala idea... —comento más que nada para mí misma—. ¡Menuda experiencia!

—¡Mamá! ¿Lo dices en serio? Pero qué divertido sería... Eso hay que hablarlo tranquilamente. Qué buena idea.

—Anda, vete, que llegaremos tarde las dos adonde sea que tengamos que ir ahora. Lo demás son fantasías. Ya veremos. Estamos locas de remate.

Al salir casi se da de bruces con una mujer que entra atropelladamente y mira aturdida a su alrededor, como si no supiera qué hacer o como si no hubiese estado nunca en la *boutique* y se sintiera muy desorientada. Sin embargo, en cuanto me ve en el despacho al fondo de la tienda avanza hacia mí con paso vacilante. Va muy cargada, lleva una gran caja que sostiene con las dos manos. A medida que se va acercando percibo que es bastante joven, pero muy descuidada. El pelo, aunque muy largo y oscuro, está sucio y desgredado. Viste con desaliño unos pantalones negros arrugados y un jersey largo y ancho que ha conocido mejores tiempos. Agarra con fuerza una gran caja naranja de Hermès, que deposita bruscamente en la mesa de mi despacho.

—Esto creo que puede interesarte —me suelta a bocajarro y casi sin respirar. Su aliento apesta a alcohol, está muy nerviosa, tiene la mirada perdida y le tiemblan las manos al abrir la caja—. Necesito dinero y tú siempre has querido tenerlo; ahora será tuyo.

No me hace falta mirar lo que hay dentro de la caja que me trae Beatriz, lo sé de antemano. Pero, aun así, mis ojos no pueden evitar recorrerlo con la mirada. En todo su esplendor, aparece el codiciado Birkin de cocodrilo negro por el que yo habría matado hace tan sólo dos años.

Sin decirle nada, saco un talonario de cheques del cajón de mi escritorio y le extiendo uno por el importe del bolso. Es exactamente lo que valía hace dos años. Ni un euro más ni uno menos. Es su precio. Le tiendo el talón y lo coge rápidamente, como si tuviera miedo a que yo fuese a cambiar de opinión. Sin decir nada más, se da la vuelta y se va. Intenta andar con dignidad, pero no lo consigue. Da un traspié, se repone, intenta mantenerse erguida sin lograrlo y echa a correr como puede hacia la puerta.

Adiós, Beatriz, hasta nunca...

Saco el bolso de la caja y lo acaricio, como aquella vez hace dos años.

Veo a Maika, que ha estado observando la escena y se me acerca para admirarlo.

—Es precioso —me dice—. ¿Quieres que lo ponga en el escaparate, o ya tienes pensado para quién será?

—No, no lo pongas en el escaparate de momento —le digo, indecisa. Mientras, lo abro y observo su interior—. Y sí, creo que ya sé para quién será, lo acabo de decidir.

—Fíjate —dice la dependienta—, parece que tiene un poco de tierra en el interior. ¿Qué extraño, no? Un bolso así no se lleva de excursión...

Es verdad, tiene un resto de tierra en el interior. Así que la historia era cierta: lo enterré para que no se lo quitaran, luchó por él hasta el final. Aún me gusta más tenerlo, saber que ahora es mío y pensar en lo mucho que le habrá dolido desprenderse de él. Casi me da un poco de pena, pero no. Ahora es mío y me lo llevaré a París. Esta vez nadie se burlará de mí en el Plaza Athénée. Seré lo más. Nadie llevará uno mejor. Por fin quedaré en paz conmigo misma.

El bar del Plaza Athénée, l'Arcade, está lleno a rebosar, como siempre a esta hora. Son las doce del mediodía y todos, de hecho, la mayoría mujeres, sostienen en su mano una copa de champán mientras charlan animadamente.

Entro con paso decidido, tranquila y segura de mí misma, sobre todo segura de mi triunfo sobre las demás, esta vez sí. Ganaré.

—*Du Dom Perignon, comme d'habitude, je suppose, madame Arnau?* —me saluda sonriendo el *maître* mientras me indica dónde sentarme con una afectada reverencia.

—*Merci, Charles, oui, comme d'habitude* —le digo como si el tiempo se hubiera

detenido para todos, como si no hubieran pasado dos años desde la última vez que estuve aquí.

Sin embargo, yo sí he cambiado, me siento muy distinta, soy otra mujer, ¡me han pasado tantas cosas...! Afortunadamente, todo lo que he vivido ha hecho de mí una nueva Gloria, más humana, más segura de mí misma. Ya no me preocupan las frivolidades, como a todas esas. Todas pendientes de lo último que se lleva y de ser las primeras en tenerlo. Pero es cierto que me quedó una espinita clavada en el corazón la última vez que estuve aquí con mi «Birkin extra grande de color beis» y todos se rieron y burlaron de mí; no era el color adecuado para invierno. ¡Qué vergüenza pasé, Dios mío! Ahora ha llegado el momento de sacármela para siempre. Ya tengo el bolso —el más adecuado y el más alucinante—, pocas llevarán uno igual, sólo falta lo demás: obtener reconocimiento.

Cojo el bolso y orgullosa lo pongo encima de la mesita, no en la butaca como hice la última vez. Ahora quiero que esté en el centro, que nadie se quede sin verlo, que todos, todos lo vean, dispuesta, esta vez sí, a saborear mi gran triunfo.

A mi lado, un grupo de cuatro chicas de unos treinta y pico años, charlando entre ellas y con sus bolsas de compras —Chanel, Vuitton, Prada, etc.— depositadas en el suelo. Enfrente, una pareja, él un ruso gordo y sesentón, con una chica que no creo que llegue a los veinte, también con sus compras al lado. Todo es como siempre, visten todas de marcas y de negro como yo y sus Birkins están desperdigados por todas partes. Observo el mío, orgullosa, y... ¡¡no puedo dar crédito a lo que estoy viendo!!, se repite la película de nuevo, como una pesadilla vuelve a mí. Lo veo como en cámara lenta. Esto no me puede estar pasando de verdad. El mío es el único negro y estamos en primavera, los suyos son de colores vivos y claros.

¿Cómo he podido cometer de nuevo ese error? Veo que me miran, cuchichean entre ellas y me miran de nuevo, alguna me señala y todas empiezan a reírse. Tengo la sensación de que todos, todos los clientes se están riendo a carcajadas de mí. Me da vueltas la cabeza, cojo el bolso con furia, ya no intento ni disimular y me marcho furiosa. Al levantarme, con los nervios doy un golpe con el bolso y sin querer tiro toda la copa de champán, que naturalmente aterriza encima del Birkin de cocodrilo negro; eso hace que todos miren más y que el *maître* venga corriendo, seguido de la señora del guardarropa, esta última blandiendo un gran trapo blanco para limpiarlo.

Los dejo plantados con el trapo en la mano y, sin darme la vuelta, me marchó. Huyó de mi ridículo. Lo dejo detrás. No soporto que se burlen de mí. Estoy rabiosa, furiosa, y contengo las lágrimas. ¡No hay derecho a que me pase esto a mí! ¡No hay derecho!, grito en mi interior, esto me lo pagarán. No volverá a sucederme nunca más.

Una vez en la calle, entro en un taxi.

—A la *boutique* Hermès —me escucho a mí misma decir—. Sí, a la *boutique* Hermès —repito sin pensármelo dos veces. Ha sido un impulso, lo acabo de decidir: voy a comprarme un bolso, de cocodrilo, por supuesto, y de un brillante color rojo, por supuesto. El más brillante que encuentre, el más rojo.

Me lo puedo pagar, claro que sí, ahora sí, por algo soy otra persona, no tengo que esperar a que me lo regale nadie. Y lo tendré, porque es lo que más deseo en este momento, lo que más quiero poseer. De mí no se burla nadie y menos esas esnobs del Plaza. Si quieren guerra, la tendrán.

Sonrío por la decisión que he tomado, orgullosa de que, a pesar de haber cambiado tanto, aún soy capaz de querer ganar. Porque he cambiado, ¿no? Ya no soy ni de lejos como esas pijas... Y me río sola. El taxista mueve la cabeza y también se ríe. Debe de pensar que estoy loca, loca o borracha. Pues no, ninguna de las dos cosas.

Simplemente soy Gloria.

Agradecimientos

A mi marido, por la paciencia infinita que ha tenido escuchándome mientras le releía mil veces mis textos. Sin él, no existiría este libro.

A mis dos hijas, por su ayuda indispensable; por corregirme, sugerirme y orientarme siempre que lo he necesitado. Sin ellas no existiría este libro.

Y para finalizar y sobre todo, a mis amigos del grupo Son-Risas. Me apoyaron hasta el límite más insospechado, me animaron y creyeron en mí, y lo más importante: hicieron que yo también creyera en mí.

Entre todos hicieron posible que este libro hoy vea la luz. Sin vosotros este libro hoy no existiría.

Gracias

Acerca de la Autora



Soledad Mora Sagués nació y vive en el Principado de Andorra. Cursó estudios de Derecho en la Universidad Central de Barcelona. ¡Hasta luego, cocodrilo! es su primera novela publicada; sin embargo, cuenta en su haber con numerosos cuentos y relatos, fruto de su paso por el Ateneo barcelonés, en el que cursó desde el primero al último curso.